

MONS. JOSÉ IGNACIO
MUNILLA

DIOS
TE
QUIERE
FELIZ



PALABRA

MONS. JOSÉ IGNACIO
MUNILLA

DIOS
TE
QUIERE
FELIZ



PALABRA



MONS. JOSÉ IGNACIO MUNILLA

DIOS TE QUIERE FELIZ

Ediciones Palabra

© José Ignacio Munilla, 2018
© Ediciones Palabra, S.A., 2018
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
palabra@palabra.es

Corrección de estilo: Marta Moreno Candel
Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Diseño y maquetación: Antonio Larrad
Diseño ePub: Juan Luis Romero Martos
ISBN: 978-84-9061-788-5

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*¡Doy gracias a Dios por el don de mi familia,
a la que quiero dedicar este libro!*

PRÓLOGO

Sí, no lo dudes, ¡Dios te quiere feliz!... Ojalá estas páginas te ayuden a descubrirlo, o quizá a afianzarte en este convencimiento. El título del libro no nace solo de una formulación teológica, sino que brota también de una experiencia personal. Deseo compartir contigo mi fe hecha experiencia. Por alguna razón este libro ha llegado a tus manos, y en cierta manera, nuestros caminos se han entrecruzado. Le pido al Espíritu Santo ser instrumento suyo para tu enriquecimiento.

Nuestra cultura actual es hija de los maestros de la sospecha. Puestos a dudar de todo y a no fiarnos de nadie, hemos llegado a proyectar en Dios nuestros miedos y desconfianzas. Se trata de una sospecha tan antigua como el mismísimo pecado original. Supongo que recordarás cómo la serpiente inoculaba desconfianza en el corazón de Adán y Eva: «Es que Dios no quiere que comáis de este árbol, porque entonces seríais como dioses en el conocimiento del bien y del mal». ¡Menuda bomba lapa había metido el tentador en el corazón humano! De repente, se introduce la sospecha de que Dios tenga unos intereses ocultos, y que su voluntad hacia nosotros no sea desinteresada.

La única respuesta posible a esta distorsión tan grave y maliciosa, que supone dudar del amor de Dios, la encontramos en el Corazón de Jesús. ¡No podemos poner en duda las intenciones de quien ha dado su vida por nosotros! Fue san Juan Pablo II el que, en uno de sus libros entrevista, lo formuló así: «Si no hubiera existido esa agonía en la cruz, la verdad de que Dios es Amor estaría por demostrar».

Me presento ante ti como un obispo que tiene en su escudo la imagen del Sagrado Corazón, con el lema «IN TE CONFIDO» («EN TI CONFÍO»). Fundado en esta confianza, comparto contigo mi experiencia de felicidad y de cruz. Cuando alguien me pregunta si soy feliz, acostumbro a responder: «Soy feliz, pero sufro. O si quieres, te lo digo al revés: aunque sufro, soy feliz». Algunos pensarán que ser feliz y sufrir es una *contradictio in terminis*, pero esa contradicción ha sido resuelta por Jesús en la cruz. En

realidad, solo hay un motivo de infelicidad en la vida: no amar como Cristo crucificado. La causa de la infelicidad es, simple y llanamente, el no ser capaces de amar.

Mostremos con plena convicción a esta sociedad llena de heridas el signo del Corazón de Jesús, cuando precisamente están a punto de cumplirse los cien años de la consagración de España al Sagrado Corazón, que tuvo lugar el 30 de mayo de 1919, ante la imagen del Cerro de los Ángeles, en Getafe.

Esta es la gran respuesta que nuestra sociedad necesita: ¡Dios te quiere!... ¡Dios te quiere feliz!... ¡Dios te quiere santo!...

Te invito a adentrarte en estas páginas, pero, sobre todo, te invito a profundizar en esta gran verdad, llena de bondad y belleza.

* * *

Quisiera también explicarte muy brevemente cómo ha nacido este libro, ya que siempre es conveniente contextualizar las cosas, para llegar a entender adecuadamente muchos detalles.

A estas alturas de la vida, yo no hubiese sido capaz de escribir solito un libro de 272 páginas. De hecho, en los últimos años no he tenido más remedio que declinar diversas invitaciones de editoriales para escribir algunos libros. Es verdad que una de las tres dimensiones del ministerio episcopal es la del ministerio de la palabra, pero la agenda del obispo es muy exigente en sí misma. Como popularmente suele decirse, «a un obispo no le da la vida». Además, en mi caso concreto, las circunstancias me han llevado a priorizar el género oral sobre el escrito, de forma especial en Radio María, así como en el género ordinario de las homilías, charlas y conferencias.

El 15 de agosto de este año, solemnidad de la Asunción de María a los Cielos, llegó a mi correo electrónico una propuesta de Marta Moreno Candel, una agente literaria a la que no conocía. Me presentaba la transcripción de algunas de las charlas que yo había impartido en los últimos años, proponiéndome la posibilidad de retocarlas hasta convertirlas

en un libro. La verdad es que no me pude negar ante el ofrecimiento de una ayuda tan experta y eficaz. Me pareció un regalo de nuestra Madre del Cielo.

Durante un tiempo hemos trabajado el texto porque, obviamente, el traslado del género oral al género escrito exige adaptaciones, al tiempo que permite precisiones. A lo largo de los quince capítulos del libro, que están basados en otras tantas charlas o conferencias, podrás apreciar que existen niveles diferentes de lenguaje. No en vano, algunas de las charlas habían sido impartidas en contextos juveniles o coloquiales, mientras que otras habían sido pronunciadas en un ámbito más académico. En cualquier caso, aunque este libro que llega a tus manos no tenga un estilo compacto, propio de una obra redactada linealmente, pienso que puede contener un plus de frescura por la forma en la que ha nacido.

Agradezco a Ediciones PALABRA todas las facilidades dadas para acoger este proyecto. Da gusto comprobar la existencia de proyectos editoriales al servicio de la evangelización.

+ José Ignacio Munilla Aguirre

Obispo de San Sebastián

CAPÍTULO 1

Sanar las heridas afectivas

Capítulo basado en la conferencia «Las heridas espirituales de nuestro tiempo».

EMERGENCIA EDUCATIVA Y EMERGENCIA AFECTIVA

El Papa Benedicto XVI recurrió al término *emergencia educativa* para subrayar la gran crisis de pensamiento que sufrimos, así como la dictadura del relativismo en la que estamos inmersos. A muchas personas les falta entender el sentido de la vida para poder responder a estos interrogantes: «¿qué pinto yo en esta vida?»; «¿existe una verdad por la que merezca la pena luchar?»; «si no tengo un sentido, ¿para qué?». Esa sería precisamente la tesis del famosísimo libro *El hombre en busca de sentido*, de Víctor Frankl, en el que el autor defiende que si no hay sentido, si uno no tiene un porqué, no merece la pena ningún esfuerzo.

Junto a esta emergencia educativa coexiste una gran crisis afectiva. Recuerdo que, cuando faltaban unos cinco meses para la llegada del Papa Francisco, me pareció oportuno aprovechar la reflexión del Papa Benedicto XVI sobre la emergencia educativa para realizar una reflexión paralela sobre la *emergencia afectiva*. Tan erróneo sería pensar que el problema al que nos enfrentamos es meramente de educación de los ideales y que los aspectos afectivos son secundarios, como el pensar que las ideas no mueven la vida, que solo son consideraciones abstractas y que lo único importante son los retos afectivos. Ambos aspectos de la existencia caminan de la mano. Estas dos emergencias son la cara y la cruz de una misma moneda. Creo que existe el riesgo de abordarlas sin entender que se deben acometer al mismo tiempo. El Dr. Fernando Sarráís, psiquiatra, lo resume muy bien en pocas palabras: el problema está en la separación entre la razón y el

corazón. Entonces, ¿qué emergencia es más urgente, la educativa o la afectiva? Si uno analiza los interrogantes sobre el sentido de la vida, puede concluir: «Lo primero es tener luz en la razón. Si yo no tengo una luz que dé sentido desde la razón, si no ha habido alguien que me haya ayudado a entender el sentido de la vida, que paren este mundo que yo me apeo, porque no entiendo nada. ¿Para qué todo esto?». Y si a ello le sumamos una gran falta de cultura, que es a lo que Benedicto XVI llamaba la *emergencia educativa* —la falta de una explicación global de sentido, unida a un nivel de desconocimiento increíble—, llega un momento en que nos encontramos ante una dificultad muy grande para la evangelización. Estamos llenos de anécdotas de hasta dónde hemos llegado por la falta de explicación del sentido de la existencia. ¿Cuál es hoy el problema principal: que el mensaje cristiano es rechazado o que en realidad no es conocido? Porque una cosa es que se proponga y no le guste a uno y lo rechace, y otra distinta, que lo desconozca. Para muestra, un botón. Me voy a servir de una anécdota que me ocurrió no hace mucho con una joven, para ilustrar hasta dónde llega el desconocimiento. Era una joven, como tantos otros, que no había recibido formación religiosa. El caso es que habíamos visto una película muy emotiva, de forma que al encender la luz de la sala su amiga no pudo disimular que había llorado durante la proyección. En tono de broma me dijo: «Es que esta llora como una Magdalena». Yo le pregunté: «¿Tú sabes lo que significa la expresión “llorar como una Magdalena”?». Ella se me quedó mirando y me contestó: «Pues no lo había pensado nunca. Eso será que, cuando tú estás desayunando y metes la magdalena en el café con leche y luego la sacas, gotea». Yo le aclaré: «No, no es por eso, aunque tienes una capacidad imaginativa impresionante. Pero no es esa la explicación. ¿Tú sabes quién era María Magdalena?». «Pues no», me respondió. Y le conté que había una María Magdalena que lloró y por qué. Hasta ahí llega la anécdota referida a nuestro desconocimiento.

Pero centrarnos exclusivamente en la emergencia educativa sería un error. Podría ocurrir que alguien que estuviese bien formado en unos principios teóricos, al mismo tiempo tuviese unas heridas afectivas que impidiesen que esos principios se transformen en algo existencial. ¿Son más importantes entonces las heridas afectivas? ¿Debemos atenderlas primero?

No hace mucho estuve en un encuentro de terapeutas de un programa de rehabilitación de toxicómanos, en el que un ponente defendía la teoría de que el factor afectivo era determinante, ya que, si un joven no tiene un entorno en el que sentirse querido, no será capaz de dejar la droga. Y él, que se manifestaba agnóstico, añadía: «Luego no importa el tema del sentido, no importa si existe un sentido verdadero o no. Lo vital es sentirse querido». Yo, lógicamente, le dije: «Cuidado, que también la afectividad puede ser usada como una pequeña droga si no está basada en una verdad». Como él insistía, objeté: «Si a ese joven lo abandonara su novia, ¿no crees que recaería en la droga?».

Por lo tanto, vemos que existe la posibilidad de hacer una propuesta meramente racional del sentido de la vida y otra meramente afectiva. Ambas propuestas son erróneas. Las dos cosas tienen que estar integradas, para evitar una visión sesgada en la que se acaben contraponiendo lo racional y lo afectivo. Para mí, la gran herejía de nuestro tiempo es contraponer verdad y caridad. De hecho, pienso que esta es la principal tentación a la que nuestra generación se enfrenta. Entre la verdad y el amor, ¿cuál de estas dos realidades resulta más antipática en nuestra cultura? La respuesta es clara: la verdad. Pero eso no quiere decir que se viva verdaderamente la otra, el amor; porque un amor que no sea *en verdad* o *verdadero* es una deformación, una caricatura. Por eso, aunque en teoría se aprecia el amor y parece que es un valor en alza, estamos llenos de heridas afectivas, porque lo que prima es una imagen de una afectividad romántica desligada de la verdad.

Creo que hablar de las heridas espirituales de nuestro tiempo supone tener en cuenta las dos dimensiones. El Señor, educando la mente, educa el corazón; y educando el corazón, educa la mente. En el Evangelio, el Corazón de Cristo no solamente expresa afectos, sino que también nos enseña a discernir. Jesús reprendió con fuerza a Pedro cuando le dijo: «Tú piensas como los hombres, no piensas como Dios»^[1]. Por lo tanto, se trata de sentir según el Corazón de Cristo, y para ello es importante ver según los ojos de Cristo y juzgar según los criterios del Evangelio. Todo eso es inseparable, al igual que resulta indispensable educar los afectos al mismo tiempo que se explica la cosmovisión de la vida.

LAS HERIDAS AFECTIVAS Y LA RESPUESTA DEL EVANGELIO

En el primer Congreso Nacional de Pastoral Juvenil que se celebró en Valencia en el año 2012, hablé sobre las crisis afectivas. Al terminar, uno de los delegados se me acercó y me dijo: «¿Se da cuenta de que ese retrato que ha desarrollado sobre las heridas afectivas de los jóvenes es también un problema que tenemos los sacerdotes?». Yo le contesté: «¡Y los obispos!». Nadie está fuera del ambiente social y cultural que todos respiramos y, consecuentemente, todos padecemos de ese mal.

Voy a hablar de las que, a mi parecer, son las tres heridas más importantes que caracterizan nuestro tiempo, aunque estoy seguro de que podrían ser muchas más. Pero como aquí no basta solamente con diagnosticar el mal, junto a cada herida afectiva voy a proponer la respuesta que el Evangelio nos proporciona como remedio sanador. Tenemos que pararnos a pensar: «Señor, desdichado de mí. ¿Qué haré yo para salir de esto? Me doy cuenta de que yo tengo tal o cual herida. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ser sanado?». Creo que el Evangelio es verdaderamente sanador. Es más, considero que el Evangelio no solo da remedios sintomáticos para bajar un poquito la «fiebre», sino que es capaz de sanar las heridas desde su raíz.

1. La herida del narcisismo

El narcisismo consiste en quedarse encerrado en la contemplación de uno mismo. Es conocido el mito griego que nos cuenta que una ninfa se enamora de Narciso, quien no le corresponde. Mientras huye de ella se queda pasmado al contemplar su propia imagen reflejada en las aguas del río, hasta el punto de enamorarse perdidamente de sí mismo, lo que le lleva a lanzarse al agua y morir ahogado.

El narcisismo es la incapacidad, o cuando menos la seria dificultad, de amar a alguien distinto de uno mismo. Está ligado a la hipersensibilidad, a la absolutización de los propios sentimientos y temores, a la percepción errónea de que todo gira en torno a uno mismo. Uno se llega a creer que es el ombligo del mundo —o vive como si lo fuese—. Este es un problema que nos incapacita para recibir la Revelación de Jesucristo, porque si algo nos transmite la Revelación judeocristiana es que amar consiste en un éxodo, un salir de uno mismo y del propio entorno para caminar en la confianza y en la esperanza de lo que Dios nos muestre en el futuro.

El narcisista, en lugar de amar, tiende a poseer a las personas. Intenta manipular la realidad a su medida. Por cierto, es interesante subrayar que, en una de las versiones del relato del mito griego de Narciso, se narra que la tragedia comenzó a gestarse desde el mismo momento de su concepción, porque él había sido fruto de una violación. Como su vida había comenzado sin sentirse querido, eso le había provocado una falta de autoestima, lo que le había llevado a estar siempre dando tumbos en la vida.

El narcisismo tiene dos tipos de manifestaciones distintas, que parecen contradictorias y, sin embargo, no lo son. A veces el narcisista se manifiesta de una manera muy eufórica, con la pretensión de sentirse «la novia en la boda y el niño en el bautizo». Piensa que todo gira en torno a él y crea una imagen de sí mismo falsamente triunfalista. Otras veces se manifiesta de una manera depresiva. En ese caso, el narcisista sería como «el muerto en el entierro», siempre lamentándose: «¡Pobrecito de mí! Todo me toca a mí. Soy un incomprendido. Nadie me hace caso». Son dos versiones distintas de una misma realidad: bien sea queriendo dar pena, bien queriendo brillar sobre los demás. En ambas situaciones, el narcisista mendiga afectividad y atención. Podría darse el caso de que una misma persona tenga momentos eufóricos y otros depresivos, incluso en el mismo día, dependiendo delante de quien esté.

Sin superar el narcisismo, es imposible conocer, amar y seguir a Jesucristo con profundidad y coherencia. Por eso es tan importante sanar esta herida.

¿Qué nos ofrece el Evangelio?

1. El anuncio del amor de Dios, que funda la autoestima. La razón última del narcisismo radica en no sentirse querido. Cuando uno no se sabe amado, mendiga afectividades. Lo primero, pues, para poder sanar el narcisismo es recibir el anuncio del amor de Dios, que es la fuente de la autoestima. El principal enunciado que funda la verdadera autoestima es el siguiente: «soy amado, luego existo». ¡Yo soy amado incondicionalmente! Yo no estoy aquí por error. ¡Qué heridas tan grandes suele dejar a una persona el descubrir que no fue querida, que no fue amada, que su nacimiento fue casi por equivocación! Para Dios, sin embargo, nadie ha sido concebido por equivocación y llegar a esa convicción es determinante para el propio equilibrio interior. La autoestima no proviene de hacer muchas cosas, ni de lograr éxitos, ni de tener una buena apariencia física, sino de sabernos amados por Jesucristo. La autoestima nace de haber tenido experiencia del amor de un Dios que nos ama sin condiciones y de haber recibido esa experiencia también en la familia. Los que tienen el don de tener una familia que les ha amado incondicionalmente sienten sus espaldas cubiertas y pueden afrontar muchos retos porque se saben anclados en suelo firme. Se pueden meter en muchos líos, pueden vapulearlos aquí y allá sin que pierdan esta certeza interior: «Bueno, Dios me ha dado una base sólida y me lo puedo permitir. Que zurren si hace falta». Pero si no tienes esa base, tu capacidad de aguantar ataques y golpes será limitada.

Esta es la clave: Dios no hace basura, Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza. Autodespreciarse es ser un ingrato con Dios, es no conocer el don de Dios.

2. Una espiritualidad equilibrada: mística y ascética. El Evangelio de Jesucristo no se reduce a una mística del amor, sino que integra la ascética del olvido de nosotros mismos y la oblación generosa. Algunos proponen una mística con tintes románticos y poéticos, una mística de «payasitos y florecitas». Todo eso está muy bien, pero como no lo traduzcas en una experiencia ascética en la que compruebes que ese amor de Dios te da la capacidad de renuncia, de sacrificio y de olvido de ti mismo, lo otro quedará en pura poesía. Si la mística no va unida a la ascética, termina por confundirse con la poesía.

Jesús, al mismo tiempo que en el Evangelio nos expresa que nos ama, que nos quiere incondicionalmente y que da su vida por nosotros, también nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga»[2]; «El que no está conmigo está contra mí»[3]; «Nadie puede servir a dos señores»[4]; «Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará»[5].

La mística y la ascética tienen que estar unidas. Si no, estamos jugando a palabras bonitas. La cumbre de la ascética y de la mística está en la Pasión y Muerte de Jesús. En la Pasión de Jesús vemos la cumbre de la mística porque Jesús entrega su vida por amor. Pero también hay un aprendizaje ascético: tenemos que morir a nosotros mismos y a nuestra carnalidad para poder vivir una vida auténtica. Sin embargo, curiosamente, lo de la mística sin ascética se ha puesto de moda. Ahora bien, es como si «jugásemos» a la mística, recurriendo a la oración como una mera técnica de relajación. Sin embargo, esta devaluación de la mística no puede sanar el narcisismo, porque es un anuncio de un amor irreal.

3. El acompañamiento. El narcisista es alguien que no se deja acompañar. Mendiga afectividad, pero en realidad lo que quiere es poseer a la gente y utilizarla sin dejarse ayudar por ella. Para la sanación del narcisismo, uno debe aceptar: «Me voy a dejar ayudar por la experiencia ajena. Sin eso no voy a poder salir de este bucle de *yo conmigo mismo*». Es muy importante dejarse acompañar, dejar que la experiencia de la Iglesia forme parte de mi sanación, dejar que haya un carisma, una metodología de la que Dios se sirva para que yo me sane.

4. El encuentro con los pobres. Tiene una gran potencia sanadora. Como el narcisismo consiste en ir de «victimilla», encontrarse con las víctimas reales de la vida tiene una gran fuerza de sanación, porque le lleva a uno a sentir una sana vergüenza al comprobar las nimiedades por las que se está quejando. Cuando uno se mete en la historia de otro que tiene una cruz objetiva —no como la suya, que es subjetiva—, aprende a relativizar sus cosas y toma distancia del falso drama que muchas veces hace de sí mismo. Aprende a objetivar. ¡A cuánta gente le ha hecho un bien inmenso ir a las misiones! Esa experiencia les ha llevado a pensar de un modo diferente: «Yo tengo que cambiar los parámetros de mi vida. Esta gente, en

su situación, ¿cómo puede ser así de feliz?». Estuve unos días en Ruanda con unos misioneros y me llamó enormemente la atención la capacidad de felicidad de aquella gente, en medio de su pobreza, sin quejarse nunca de nada. Celebramos una ordenación sacerdotal en una aldea; habría allí unas tres mil o cuatro mil personas en pleno campo, de los que cerca de mil eran niños. La ceremonia se prolongó durante más de cuatro horas. Los niños permanecieron todos quietos, en primera fila, sin moverse. Recuerdo que yo me preguntaba: «Estos niños, ¿de qué pasta están hechos?». Cuando volvíamos en el avión, el 99 % de los viajeros eran de raza negra. Al despegar, se escuchaba el llanto inconsolable de un niño, con una intensidad que se oía en todo el avión. Le comenté a mi acompañante: «¿Qué te juegas a que ese niño es europeo?». Él, muy discreto, me dijo en voz baja: «No, hombre, si aquí todos son negros». Yo le invité: «Venga, vamos a verlo, vamos a dar una vuelta». En el fondo del avión vimos a una alemana que llevaba a un niño, que era el que lloraba. ¡Es que un niño africano no llora así! Han nacido en un contexto en el que el sufrimiento se sobrelleva de otra manera.

Los pobres nos evangelizan y nos ayudan a redimensionar la vida.

2. La herida del pansexualismo

«*Panta*» viene del griego y significa «todo». Pansexualismo significa que todo es sexo. Es la tendencia freudiana a explicarlo todo desde el sexo. Vivimos en una especie de alerta sexual permanente. No hay necesidad de demostrarla, porque no hay más que mirar a nuestro alrededor: todo está erotizado.

El erotismo es utilizado como un resorte para el consumismo. La *cultura del rollo*, que predicaba el amor libre, nos ha demostrado que aquella supuesta liberación conllevaba una esclavitud muy dura, llena de adicciones. Y esto también, al igual que el narcisismo, dificulta tremendamente el mensaje de la donación. Hay que poseerse para poder darse. El que no se posee a sí mismo, el que no vive una sexualidad integrada en su afectividad y en su vocación concreta al amor, difícilmente puede darse. La tendencia pansexualista llega a condicionar el dominio de

la propia voluntad; uno es arrastrado por las pulsiones sexuales hasta el punto de que puede llegar a hacerse incapaz para la donación. Existe un auténtico drama en torno a esta cuestión, porque a todo esto se le ha dado un marco ideológico, como diciendo: «Esto es así. El amor y el sexo son dos cosas distintas».

Somos hijos de una cultura que en este punto ha sufrido una gran herida, que comenzó en torno a la revolución sexual de Mayo del 68. En primer lugar hubo un divorcio entre sexo y procreación. Ese fue el origen de la herida, la introducción de la anticoncepción: «¿Qué pasa? Nos podemos seguir amando igual, sin que la anticoncepción ponga en cuestión el tema del amor». Pero después de haber disociado el sexo de la procreación, al poco tiempo vino el divorcio entre amor y matrimonio: «El amor es una realidad demasiado hermosa y demasiado grande como para que la encerremos en unos papeles. Yo no necesito unos papeles grises para amar». Y finalmente vino el tercer divorcio, que consiste en disociar el sexo y el amor. Todo esto ha ocurrido progresivamente de forma concatenada. Sin embargo, la palabra de Dios habla en otros términos: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre»^[6]. Es justo lo contrario de lo que ha acontecido en nuestra cultura: el divorcio entre sexo y procreación; entre amor y matrimonio; y finalmente, entre sexo y amor.

Estamos en una cultura en la que hay muchas personas que, sintiéndose heridas porque han jugado con ellas, han tomado la decisión de emprender una huida hacia delante: «Han jugado conmigo y me siento herido porque se han servido de mí sexualmente. Ya no voy a amar, porque hice una apuesta de amar y otros se han aprovechado de mí. Ahora yo también voy a jugar con los demás. Voy a devolver la pelota». Esta situación se da con frecuencia y es ocasión de gran sufrimiento. En las relaciones entre los jóvenes, el hecho de que no se entienda que la sexualidad está ligada al matrimonio y a la transmisión de la vida hace que las continuas rupturas de las relaciones entre ellos sean una especie de minidivorcios. ¿Por qué? Porque aunque en la expresión sexual nos estamos entregando sin reserva, en la realidad no tenemos un proyecto de vida consolidado. Cuando acontezca la ruptura de esa relación, esta será inevitablemente dramática, por mucho que intentemos disimular y aparentemos que no sucede nada. El

noviazgo es la etapa de discernimiento y el matrimonio es la etapa de la entrega. Cuando en el noviazgo se dedica uno a entregarse en vez de discernir, llega al matrimonio y comienza a discernir en vez de entregarse. El problema es que las etapas están alteradas y eso conlleva muchísimo sufrimiento.

Entonces, ¿no es cierto que el pansexualismo es la opción del hombre libre? No. Esa es una gran mentira; el sexo por el sexo está generando una gran esclavitud. ¡Cuántas personas hay que están sufriendo por no ser dueñas de sí mismas, por haberse generado en ellas unas adicciones ante las que no se sienten libres! Es un campo de esclavitud, que además plantea a la Iglesia un gran reto: el de cómo acompañar a estas personas adictas al sexo para ayudarlas a recuperar su libertad. En ese reto, junto al acompañamiento espiritual, tienen que integrarse también la psicología y otras especialidades. Y mientras el mundo dice: «¡Somos libres!», yo suelo pensar: «Tú no hablas con la gente a solas, ¿no? La gente está sufriendo mucho por sus adicciones y esclavitudes».

La combinación de pornografía e Internet ha generado muchas adicciones que luego cuesta sangre, sudor y lágrimas superar. En cada momento histórico, la Iglesia ha respondido de forma subsidiaria ante determinadas emergencias sociales sobre las que las administraciones públicas eran ciegas e inconscientes. Y así como en un tiempo la Iglesia creó universidades y construyó puentes, hoy tiene que ayudar a muchas personas a superar sus adicciones.

Un reto de la Iglesia hoy es el de rescatar la virtud de la castidad de su impopularidad y llevar adelante la formación afectivo-sexual. De ahí el intento de clarificar este tema que realicé, junto con Begoña Ruiz, al publicar el libro *Sexo con alma y cuerpo*[\[7\]](#), así como tantas otras iniciativas para ayudar a vivir la verdadera vocación al amor integrada en la sexualidad, o la sexualidad integrada en el amor. Nuestra respuesta tiene que ser la de desacomplejarnos a la hora de presentar el ideal de la virtud de la castidad. Nunca antes hemos tenido la oportunidad como ahora de presentarla bajo su verdadero rostro liberador e integrador, fuente de unidad interior. La Iglesia está ayudando también a muchos matrimonios a sanar sus heridas y a vivir en comunión en los Centros de Orientación Familiar,

los COF. Creo que en este momento la Iglesia está prestando un servicio absolutamente necesario en todos estos frentes —superación de adicciones sexuales, cursos de educación afectivo-sexual, apoyo a los matrimonios y a las familias, terapias reparativas y de sanación interior—, y que algún día la historia sabrá reconocerlo.

3. La herida de la desconfianza

¿En qué sentido se puede considerar la desconfianza como una herida? La desconfianza en sí, más que una herida, es un pecado contra el primer mandamiento; pero una cosa es el pecado y otra, el síndrome de desconfianza, que supone una cierta inseguridad en uno mismo, acompañada de una notable dificultad para confiar en los otros y en Dios. Ese síndrome suele surgir tras muchas decepciones. Lo lógico es que un niño crezca con referentes de los que sentirse muy orgulloso: «Mi papá es el mejor padre del mundo». Cuando eso falta, y cuando la persona tiene una decepción tras otra y ve que todo el mundo la utiliza más que amarla —e incluso ve que lo más sagrado para ella, que es la unión de sus padres, está colgando de un hilo—, esa persona se vuelve desconfiada. Recuerdo a un adolescente que me contó la angustia que había sentido una noche que estaba ya acostado y se tuvo que tapar la cabeza con la almohada para evitar oír la bronca que tenían sus padres en la cocina. Me decía el chaval: «Yo me dormí pensando en si al día siguiente el suelo que pisaba seguiría allí o no». Eso genera una herida muy grande. Las malas experiencias acumuladas pueden conducirle a uno a encerrarse en su soledad. Por mucho que uno tenga un montón de amigos en su cuenta de Instagram, todo eso no hace más que enfatizar su aislamiento.

Ante una mala experiencia, hay personas que construyen un falso recurso a la religiosidad: «En esta vida no te puedes fiar de nadie. Yo únicamente me voy a fiar de Dios, que no me va a fallar nunca». Pero alguien con ese planteamiento va a terminar desconfiando también de Dios, porque, si tiene una tendencia a la desconfianza fuertemente grabada dentro de sí, al final la va a proyectar en Dios. Le va a costar fiarse de Él. Dios te ayuda a confiar en los demás y, por lo tanto, es falsa la supuesta elevación

sobrenatural que funda la confianza en Dios partiendo de la desconfianza en el prójimo.

La desconfianza está caracterizando de alguna manera nuestra cultura. Existen pocas relaciones reales y, con demasiada frecuencia, nos aislamos en las redes sociales, en una experiencia virtual. ¿Cuándo una amistad es real y cuándo en el fondo no es amistad? Yo creo que una amistad es real cuando en ella se practica la corrección fraterna. Si existe corrección fraterna, entonces hay amistad; y si no, eso no es amistad, porque no me implico en el bien del otro.

La desconfianza nace de una gran orfandad moral. Es como aquel cura que le dice a un niño: «¿Tú quieres ser cristiano?». Y le contesta: «No, prefiero ser Messi». Bueno, pues parecerá una broma, pero es verdad que a muchos niños les faltan referentes que les provoquen un deseo de emulación. Un gran regalo que recibimos los niños de mi generación fue que nos dieran a conocer la vida de los santos. Francamente, yo prefiero tener a san Francisco Javier como referente antes que a las estrellas del fútbol. No me imagino a san Francisco Javier evadiendo impuestos, entre otras cosas porque era pobre y no tenía nada que evadir. Existe un problema de referentes. Cuando san Ignacio de Loyola hace la meditación del Rey eterno, busca un punto de partida significativo para el ejercitante de su tiempo: «Imagínate a un rey que a ti te gustaría que te llamase a su servicio... Imagínate a ese rey, ese líder de tu tiempo, que te pide ser colaborador suyo, imagínatelo... Pues ahora piensa que el que te llama es el Rey de reyes: Jesús...». En este momento lo que nos falta es el referente primero, porque claro, san Ignacio de Loyola parte de un referente humano de tipo quijotesco que hoy en día no se encuentra. Creo que los santos tienen que ser el referente y que la Iglesia tiene que proponer modelos de santidad; uno tiene que ser amigo de los santos para aprender a confiar. La santidad es posible. Hay mucha más gente buena de lo que pensamos. Como le gusta decir al Papa Francisco: *los santos de la puerta de al lado*. La experiencia de la desconfianza se sana así, teniendo experiencia de comunión en el seno de la Iglesia.

LAS COMPENSACIONES

Detrás de estas tres heridas que hemos analizado nos encontramos con el relativismo, que se traduce en no acabar de creer que hay una verdad objetiva: que hemos sido creados por Dios, que somos criaturas y que una criatura no se inventa a sí misma, sino que ha recibido una vocación al ser, que existe una ley de Dios que es la que construye nuestra libertad.

Hay dos modelos de concepción antropológica. Una es la que defiende que, si existe Dios, el hombre no es libre, porque está todo determinado. La otra concepción propugna que, para que el hombre sea libre, se requiere la existencia de Dios. Sin la existencia de Dios, el hombre no es libre, porque no tiene un norte, y la libertad requiere un norte. Es la verdad la que nos hace libres; la libertad no se sirve a sí misma, sino a una verdad de la que es hija.

Aquí se da una paradoja: las heridas afectivas impiden amar pero, al mismo tiempo, solo se pueden sanar amando. ¡A ver cómo se arregla esto! Si las heridas afectivas me impiden amar pero para poder sanarlas tengo que amar, esta es una paradoja que al final solamente se puede salvar en Cristo, en su cruz y en el milagro de un amor que supera nuestra propia limitación. Me contó hace poco una mujer mayor que ella oraba de la siguiente manera: «Señor, dame tu amor para que te ame». Pensé para mis adentros si esa mujer se daba cuenta de la gran verdad que estaba diciendo, porque inconscientemente estaba superando la paradoja por el único camino posible: «Señor, dame tu amor para que te pueda amar». Solamente puede alcanzar el crecimiento y la madurez aquel que tiene dos certezas: la conciencia de ser amado incondicional y gratuitamente —lo que le proporciona autoestima y le da seguridad—, y la conciencia de su vocación al amor y a la donación. Una persona es madura cuando ordena su vida haciendo depender todo de esas dos certezas, haciendo depender todo de Aquel que le ama y de Aquel que le llama a amar.

El Padre Amedeo Cencini, además de hablar de las heridas afectivas, se refiere a una alerta de la que tenemos que ser muy conscientes. Al ser humano se le plantea un dilema: amar o buscar compensaciones. No hay un punto intermedio. Las renunciaciones y los sacrificios de la vida son posibles cuando la motivación del amor es la que impera; de lo contrario, esas renunciaciones y sacrificios serán compensados secretamente por la puerta de atrás. Por eso es tan importante vivir con intensidad y coherencia nuestra vocación a ser célibes, casados o solteros, descubriendo sus motivaciones y disfrutándolas. Cuando no gozamos de nuestra vida ni de nuestra vocación terminamos buscando compensaciones. No hay mayor desgracia que ser «fieles», entre comillas, y no disfrutarlo. Es lo que le pasaba al hermano mayor de la parábola del hijo pródigo. A ese se le podría decir: «Tú eres un desgraciado. Tú estás aquí siendo fiel a tu padre y no lo disfrutas». La clave de la parábola del hijo pródigo es que tanto el hijo mayor como el menor tenían el mismo problema: no disfrutaban de vivir con su padre. Y la tentación inevitable fue la de buscarse un mecanismo de compensación: el hijo menor, por la puerta de delante, y el hijo mayor, por la puerta de atrás.

El recurso a las compensaciones es un mecanismo de defensa ante la infelicidad, al que recurrimos para soportar un matrimonio mediocre, la soledad de un soltero que está frustrado porque no se ha casado, o un celibato que no se vive esponsalmente. ¿Y cuáles son las compensaciones a las que recurrimos? Amedeo Cencini nos habla de ellas en su libro *¿Ha cambiado algo en la Iglesia después de los escándalos?*^[8]. Entre ellas he extraído las siguientes:

1. Afectividad apegada: no saber estar sin otra persona.

2. Afirmación del yo.

3. Ansia de poder. Sí, el ansia de poder también puede ser una compensación: «Ya que no me quiero a mí mismo, por lo menos voy a mandar».

4. Carrierismo o autorrealización: «Ya que no me quiero a mí mismo, por lo menos voy a tener títulos, a ver si con los títulos soy apreciado».

5. Agresividad. Esconde el no estar en paz con uno mismo.

6. Desequilibrios sexuales.

7. Recurso a las relaciones virtuales.

Ante nuestras carencias, cada uno respondemos de forma diferente. En esto cada uno somos un enigma, porque la misma necesidad puede estar cubierta con escapatorias distintas. La clave para luchar contra las falsas compensaciones está en combatir el cáncer de la mediocridad, al que dedicaremos el capítulo siguiente. Si el problema viene de no vivir en intensidad nuestra vocación al amor, la única respuesta posible es luchar contra la mediocridad.

CONSEJOS PARA SUPERAR LAS COMPENSACIONES

1. No basta con ser sincero. Es necesario ser veraz. Hoy en día se valora mucho la sinceridad y eso está muy bien, pero no es suficiente. Además de sincero, uno tiene que ser verdadero. Y cuando uno dice: «Voy a expresar lo que siento», tiene que ver si eso que siente se corresponde con la verdad o no. Es importante que peregrinemos de la sinceridad a la verdad, aprendiendo a desenmascarar el engaño de las compensaciones.

2. No conformarse con la perseverancia. Tener como objetivo la fidelidad. Esto supone renovar nuestras motivaciones para ser perseverante; supone estar siempre pronunciando un «sí, quiero» al Señor, como el día en que uno se casó o el día en que uno se ordenó sacerdote. Conlleva el tener una relación creativa que se apasiona por la propia vocación. El hermano mayor del hijo pródigo era perseverante, pero no era fiel. Ahora bien, en poco tiempo habría pasado a no ser perseverante, porque para poder ser perseverante hay que ser fiel.

3. Descubrir la clave sobrenatural del amor humano: la sponsalidad. Estamos llamados a vivir nuestra relación con Dios en clave sponsal, bien sea en el matrimonio, soltería, viudedad, virginidad... De hecho, en el Evangelio hay tres imágenes del amor de Dios hacia nosotros:

a) La imagen paterna: Dios nos ama como un padre, como una madre (lo vemos en la parábola del hijo pródigo).

b) La imagen de la amistad: Dios nos ama con amor de amistad, pues se revela, se descubre, no tiene secretos: «A vosotros no os llamo siervos [...], a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»^[9].

c) La imagen sponsal. Solemos hablar bastante menos de la clave sponsal. Sin embargo, me parece básica para iluminar la madurez afectiva

a la que estamos llamados. Hay un *plus* en esta imagen con respecto a las otras dos, porque en esta imagen sponsal el Señor se muestra más vulnerable que en la imagen paterna y en la de la amistad. Si me falla un amigo, bueno, ya me buscaré otro; los hijos terminan independizándose; pero cuando Dios se muestra como el esposo eterno, se hace especialmente vulnerable a nuestra respuesta. ¡No nos damos cuenta de hasta qué punto esa imagen nos compromete!

4. La devoción al Corazón de Jesús. La espiritualidad del Corazón de Jesús es una gran ayuda para cultivar la confianza y el abandono en la providencia. Recuerdo que, en un encuentro de matrimonios, un padre de familia nos daba testimonio de un conflicto laboral que le estaba generando una gran tensión, porque el gerente de la empresa le estaba obligando a hacer cosas contrarias a su conciencia. Era al comienzo de la crisis y no era fácil cambiar de trabajo. Él se planteaba: «En esta empresa me estoy manchando. Me debería ir a otro sitio, ¿pero cómo? En este momento y con esta crisis es muy complicado». En medio de su lucha interior, un domingo por la tarde estaba jugando con su hijo de dos años y medio en el salón. El niño se subió a la mesa y comenzó a lanzarse para que su padre le cogiese al vuelo. Cada vez se lanzaba más lejos, seguro de que los brazos de su padre llegarían a alcanzarle. Aquel hombre llegó a la siguiente conclusión: «O sea, que este mocoso se fía de mí, sabiendo que yo voy a hacer lo que haga falta para que no se estrelle contra el suelo, ¿y yo no me voy a fiar de Dios?». El lunes dejó el trabajo.

Creo que es la devoción al Corazón de Cristo, el saber abandonarse en Él, la que fundamenta nuestra seguridad interior, y evita que recurramos a cierto tipo de compensaciones que no son sino falsas seguridades.

Todos tenemos heridas. No partimos de una educación ideal y debemos jugar con las cartas que hay sobre la mesa. Pero hay esperanza porque, aunque tengamos muchas heridas —la del narcisismo, la impureza, la desconfianza y otras—, el corazón no es

de quien lo ha roto, sino de quien lo repara, que es Jesucristo. ¡Nuestro corazón es suyo! Hemos sido restaurados por el Corazón de Cristo. Él es quien tiene la última palabra. Y el que comenzó en nosotros la obra buena, si le dejamos, la llevará a feliz término.

CAPÍTULO 2

Educar los deseos

Capítulo basado en las conferencias «Educar los deseos» y «La santidad como culminación de nuestros deseos».

Para abordar el tema de los deseos humanos me baso principalmente en el libro de Gregory K. Popcak titulado *Dioses rotos: Los siete anhelos del corazón humano*[\[10\]](#).

Decía san Juan XXIII: «Consulta no a tus miedos, sino a tus esperanzas y tus sueños. No pienses en tus frustraciones, sino en tu potencial sin explorar. Que no te inquiete lo que has intentado y no has conseguido, sino lo que todavía puedes hacer». Esta cita de san Juan XXIII subraya que los auténticos deseos que anidan en el corazón del hombre son reveladores de los dones que Dios quiere darnos. No hay nada malo en tener grandes deseos; lo malo sería confundir la esperanza con los deseos devaluados. En efecto, con frecuencia confundimos esperanza con «esperanzas» —«esperanzas» en el sentido negativo del término, lo que se traduce por un horizonte de vida bajo—. Con todo, si bien es cierto que no se debe sustituir la gran esperanza por las pequeñas esperanzas, tampoco está bien mirar con recelo los deseos del hombre. Todos hemos oído expresiones del tipo: «En esta vida todo lo que te gusta o es pecado o engorda». Sin embargo, si leemos el Salmo 37, nos encontramos con estas palabras: «Sea el Señor tu delicia y Él te dará lo que desea tu corazón»[\[11\]](#). Vemos que la Sagrada Escritura no da a entender que los deseos sean algo contrario a la voluntad de Dios.

El que piense que la santidad cristiana consiste en que uno tiene que renunciar a sus deseos naturales para que venga Dios y le haga santo está muy equivocado, porque entonces la santidad consistiría en una renuncia a lo natural para que venga lo sobrenatural a compensarnos. Eso es contrario a la antropología cristiana y a la teología espiritual. Lo que sí debemos hacer es distinguir entre los deseos bajos y los deseos elevados, para discernirlos y purificarlos. Tenemos que educar nuestros deseos.

ACTITUDES ANTE LOS DESEOS

Existen tres actitudes principales ante los deseos:

1. La actitud del adicto

El adicto se rinde ante sus deseos y los convierte en ídolos; es, pues, esclavo de sus propios deseos. El drama del adicto es que el placer que le reporta la satisfacción de sus deseos es caduco, y le deja nuevamente insatisfecho; de ahí que necesite buscar la satisfacción de nuevos deseos. De este modo, la dinámica de la gestión de los deseos se traduce en una frustración continua, una búsqueda de la fuente de un placer que se escapa entre los dedos.

Hay una cita de Mark Shea que me parece muy luminosa: «Nunca se tiene bastante *de lo que en realidad no se desea*»[\[12\]](#). Ese es el problema: el adicto nunca tiene bastante porque, en realidad, no desea aquello que le procura la adicción, sino algo más, que no termina de identificar. Lo que le ocurre es que no se ha enterado de que Dios ha puesto unos deseos que apuntan a otra cosa. El adicto se ha instalado en el placer inmediato y momentáneo y está totalmente atrapado por él.

2. La actitud del estoico

El estoico vive rechazando los deseos o, más bien, negándolos o temiéndolos, pero no vive en verdad, porque lo cierto es que los deseos existen. Hay dos tipos de actitud estoica: la *negación represiva de los deseos*, en la línea del jansenismo, que viene casi a decir que deseo es igual a pecado; y la *actitud estoica de influencia oriental, zen*, que lo que hace es negar los deseos: «No existen los deseos. Vamos a negar los deseos, vamos a anular el deseo del hombre —partiendo de una antropología dualista falsa

en la que yo puedo abstraerme de mis deseos—. No hay dolor. Si yo no lo siento, es que no existe». Eso es absurdo. Hay dolor, hay sufrimiento y hay que aprender a abrazarlo. Los deseos existen y no se puede hacer como si no existiesen.

En resumen, la actitud estoica de negar el deseo no parte de la verdad y conduce a la frustración.

3. La actitud del místico: divinizar los deseos

Místico es aquel que descubre a Dios presente en cada deseo. Detrás de cada deseo hay algo que Dios ha sembrado en cada uno de nosotros. Para el místico los deseos son como los indicadores del camino hacia el cielo. El místico descubre que solo Dios puede colmar nuestras ansias más profundas y se plantea lo siguiente: «¿De qué manera mis deseos han sido sembrados por Dios y están apuntando a mi aspiración de vida eterna?».

Conscientes de que nuestros deseos tienen su origen en Dios, tenemos la responsabilidad de divinizarlos. ¿Cómo? Entendiendo cómo han nacido: como algo que nos conduce hacia la voluntad de Dios. Para eso hay que *purificarlos* por la vía purgativa, *iluminarlos* por la vía iluminativa y así llegar a la vía unitiva, que es la *unión plena* con la voluntad de Dios. En la vía unitiva se llegan a identificar nuestros deseos con la voluntad de Dios, coincidiendo nuestra apetencia con el querer de Dios. Ese es el momento cumbre, en el que después de la purificación y de la iluminación se produce la fusión de mis deseos con la voluntad de Dios. Pero claro, hay que caminar mucho para llegar a eso.

Es importante entender que Dios no es enemigo de nuestros deseos, sino todo lo contrario: solo Él es capaz de satisfacerlos, solo Él puede saciar nuestros sueños. Dios quiere colmar las aspiraciones más profundas de nuestro corazón humano —incluso las que no conocemos—. Por eso, en las predicaciones yo suelo insistir mucho en que felicidad y santidad coinciden. No se puede ser feliz sin ser santo. ¿Por qué entonces a mucha gente le parece que felicidad y santidad son dos cosas distintas, cuando no contrapuestas? Hoy en día está muy de moda una cierta literatura de la interioridad del hombre en una búsqueda imposible de la felicidad. El

problema está en que esa literatura, que puede aportar algunas cosas interesantes, no ha terminado de descubrir que el hombre solo puede alcanzar la felicidad plena en la santidad.

El libro *Dioses rotos: Siete anhelos del corazón humano* habla de los siete anhelos principales del hombre. Ahora bien, hemos de tener en cuenta que el tentador busca continuamente desviar estos anhelos puestos por Dios en nuestro corazón. Dice san Agustín en el Sermón del día de la Ascensión: «Nuestros propios vicios, si los pisoteamos, nos sirven para hacernos una escala con la que remontarnos a las alturas». Si nos sirven para escalar hacia las alturas, es porque, en el fondo, ahí había algo de Dios que había sido manipulado.

El cristianismo quiere enseñarnos que, si nuestros deseos naturales son purificados e iluminados por la acción de la gracia, entonces pueden servirnos como vehículo que nos conduce a la santidad. En consecuencia, lejos de tener miedo a los deseos naturales, deberíamos considerarlos como nuestros aliados. Me gustaría poner un ejemplo que sirva para ilustrarlo mejor. Imaginemos que en el circo romano un auriga conduce una cuadriga tirada por cuatro caballos. El éxito en la carrera dependerá de la fuerza de los caballos combinada con la destreza del auriga para guiarlos. De poco servirían unos caballos maravillosos si no están bien conducidos; o por el contrario, un auriga excelente que no dispone de unos buenos caballos. Pues bien, para alcanzar la santidad no es suficiente la virtud del sujeto, sino que es necesaria también la fuerza de la pasión (los deseos) que anidan en la naturaleza humana. Siguiendo el ejemplo, cuando falta la pasión es mucho más difícil ganar la carrera de la santidad.

El auriga que dirige desde las riendas a sus caballos tiene que ser un conductor «virtuoso», capaz de moderar, estimular y conjugar la fuerza de sus caballos (los deseos humanos). La conclusión a la que queremos llegar con este ejemplo es que las pasiones deben estar integradas en la llamada a la santidad. Pensemos en un san Francisco Javier, que antes de convertirse era el cabecilla, el líder de su grupo en la universidad de París, o en un san Ignacio de Loyola... Dios muchas veces se ha servido del carácter pasional de sus hijos para conducirlos a la santidad. No debemos tener una imagen

de los santos como si fueran personas de perfil plano, que casi ni sienten ni padecen. Esa no sería una buena base humana para la santidad.

En definitiva, si descubrimos los deseos que Dios insertó en la naturaleza humana y los purificamos y los alimentamos bien, estamos colaborando con el plan de santificación de Dios.

SIETE DESEOS DEL SER HUMANO, SIETE PECADOS CAPITALES Y SIETE ANTÍDOTOS

A continuación voy a ir exponiendo brevemente en qué consiste cada deseo, cuál es el pecado capital en el que ese deseo ha degenerado y qué antídoto o virtud nos ayuda a superarlo.

1. Deseo de abundancia-soberbia-humildad

Jesús dijo: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante»[\[13\]](#). Jesús no dijo que había venido para que tuviéramos «un poquito» de vida. No nos es suficiente ser «un poquito» felices, sino que buscamos serlo totalmente. Tenemos un deseo de plenitud absoluta. Hemos sido creados para una felicidad plena, que no se conforma con un poco. No tenemos sueños baratos: el corazón humano sueña con cosas grandes. Dios nos ha estructurado en nuestra psicología para desear la abundancia y eso es bueno; detrás de ese deseo de abundancia está el deseo de eternidad.

¿Cuál es el pecado capital con el que el demonio ha manipulado nuestro deseo de abundancia? Es el de la **soberbia**, que lleva al hombre a confiar en que «yo solo y por mí mismo voy a alcanzar ese deseo de abundancia, de plenitud y de totalidad que tengo». ¡Como si no necesitásemos de Dios! Y en lugar de abrirte a la vida, a la ayuda de los demás, a la ayuda de la gracia de Dios para poder alcanzar la plenitud, el «yo solo» se transforma en una absurda pretensión que no consigue su propósito.

La **humildad** es el antídoto contra la soberbia. Nos hace receptivos a los demás. Hace que todo lo que nos rodea sume. Por el contrario, la soberbia hace que todo lo que nos rodea reste.

En definitiva, es bueno estar lleno de ilusiones, tener sanas ambiciones o ser alguien soñador. Es una señal de que en nosotros anida el deseo de plenitud. Lo contrario es una psicología aletargada, con poca pasionalidad.

¿Cómo educamos el deseo de abundancia? ¿Y cómo lo trasladamos a nuestros niños? Creo que es importante que los niños sean ambiciosos, en el sentido correcto de la palabra. Es bueno que sean atrevidos y soñadores y que tengan deseo de plenitud. Es muy bueno que un padre encienda la ilusión de su hijo proponiéndole: «Vamos a subir al pico de tal monte», reafirmando así los grandes deseos y retos.

Ahora bien, la clave para que ese deseo de plenitud y abundancia no sea manipulado será el que se eduque al niño para que no lo viva en clave del *yo*, sino en clave del *nosotros*. Así evitamos que sea desviado hacia la soberbia. Es necesario educar el corazón del niño —¡ojo, y el nuestro!— en clave de primera persona del plural.

Que esos grandes deseos de plenitud que tú tienes no los vivas de manera exclusiva y excluyente de los demás, sino sabiendo que entre todos alcanzaremos el ideal de la plenitud y de la abundancia hacia la que nos dirigimos.

2. Deseo de dignidad-vidia-caridad

Es indudable que el ser humano necesita autoestima. Es un deseo natural que nos lleva a preguntarnos: «¿Yo quién soy? ¿En qué reside mi dignidad? ¿Por qué me valoro a mí mismo? ¿Cuánto valgo?». Uno necesita ser alguien en esta vida.

Dios ha tenido un plan creacional y ha pensado en cada uno de nosotros de una manera única e irrepetible. Nuestro enorme valor reside en que hemos sido amados personal y singularmente por un Dios de quien somos hijos. Basta ver a un niño que reivindica su ser personal ante el nacimiento de un hermano. Lo que se descubre en ese caso es un problema de dignidad: «A ver, ¿yo quién soy aquí? Yo tenía un estatus antes de que llegase mi hermano, ¿y ahora qué?». El tema de la dignidad está dentro de los deseos naturales más profundos del ser humano.

El pecado capital que va parejo a este deseo es el de la **vidia**. La vvidia corrompe la vida y la transforma en una competición con los demás para ser valorado por encima de ellos. Esto ocurre tanto en los niños como en los adultos, debido a los celos. La vvidia es el pecado que corrompe el

deseo de ser estimado y valorado. Y si la soberbia te lleva a convencerte de que no necesitas de nadie para alcanzar la felicidad, la envidia te lleva a mantener distancia con aquellos que podrían ayudarte.

El demonio ha sabido manipularnos: para tener una valoración positiva de uno mismo, es necesario hacerlo por encima de alguien. Si no tienes a alguien que esté por debajo de ti, no eres nadie. Es muy triste que me valore por el número de los que tengo debajo de mí, o por el simple *aplausómetro*.

La virtud para combatir la envidia es la **caridad**, que te ayuda a dar la espalda a todo tipo de envidia y que te permite socializar con los demás, entendiendo que no son en absoluto enemigos de tu dignidad. ¿Por qué iban a serlo?

Traducido esto a la educación de los niños, ¿cómo tenemos que encauzar el deseo de dignidad? Está claro que supone un gran reto el afirmar: «Hay que valorarse a uno mismo valorando a los demás. Ni complejos ni envidias». Debemos aprender a valorarnos a nosotros mismos—sin confundir nunca la humildad con la negación de los propios dones—, y aprender también a reconocer los dones presentes en los demás. Se trata de *valorarse valorando a los demás*. De igual modo, hay que cuidar la importancia de socializar y superar la falsa competitividad y los celos, evitando una visión hipercrítica de todo el mundo.

3. Deseo de justicia-ira-paciencia

Todos tenemos inscrito en nuestro corazón el deseo de que el mundo funcione mejor. Yo no conozco a nadie que diga: «No, yo no cambiaría nada». El deseo de justicia nace de la añoranza de una perfección que solo Dios tiene. En el fondo, detrás del deseo de justicia está el deseo del Cielo. Queremos alcanzar en esta vida lo que solamente en el Cielo vamos a encontrar en plenitud, pero, mientras tanto, debemos intentar construir aquí el Reino de Dios: «Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia»[\[14\]](#).

El demonio manipula el deseo de justicia con el pecado capital de la **ira**. La ira nos empuja a obrar de una manera que empeora todavía más las cosas: con nuestro enfado se agranda el problema. San Ambrosio, un gran

Padre de la Iglesia, afirmaba: *Nadie se cura a sí mismo hiriendo a los demás*. La tendencia iracunda destroza el deseo de justicia.

La **paciencia** es la virtud que contrarresta la ira y que permite dar una respuesta respetuosa y proporcionada a la injusticia. Es compatible con la necesaria indignación por la injusticia. La paciencia exclama: «Bueno, las cosas no se pueden solucionar aquí y ahora, en un abrir y cerrar de ojos. Tengo claro cuál es el objetivo, pero hay que dosificarse. No puedo matar una pulga a cañonazos».

El deseo de justicia debe acompañarnos a lo largo de toda nuestra vida. No debemos dejar de aspirar a que el mundo mejore. Sería un mal muy notorio que uno fuera idealista de joven, para luego, con los años, conformarse con tener un buen coche y una buena vivienda, hasta terminar pensando: «Mis deseos de justicia eran sueños de adolescencia. Aquí cada uno que se busque la vida».

¿Cómo aplicarlo a la educación de los niños? Es importante que los niños sepan que existe un orden justo que debe ser respetado, que no hay arbitrariedad y que, si una cosa se hace mal, hay que corregir o compensar mediante una sanción o corrección. Cuando el padre o la madre metan la pata, como hay un orden justo, deben saber pedir perdón, porque la justicia está por encima de todos. Es esencial que eduquemos a los niños en este orden de justicia. Al mismo tiempo, debemos enseñarles que hay que tener paciencia y saber esperar: las cosas tienen que ser, pero en su momento, a su medida y cuando tengan que llegar. Para que la justicia sea posible, no debemos malacostumbrar a los niños a obtener una satisfacción inmediata de todos sus deseos.

4. Deseo de paz-pereza-diligencia

Por mucho que haya conflictos y problemas, Jesucristo se nos presenta como dador de paz. Él sabe que en nuestro corazón anida la paz. Ahora bien, el deseo de paz no es sinónimo de que «me dejen en paz», ni tampoco de «me voy a largar de aquí y les voy a dejar a todos empantanados porque me tienen hartos». El deseo de paz es la capacidad de vivir en medio de muchos retos y problemas, habiendo centrado bien todas las cuestiones.

Pero cuidado: el deseo de paz tiene que convivir con el deseo de justicia. No se trata de decir: «Yo paso de todo y voy a vivir en paz».

La **pereza** es el pecado capital que corrompe el deseo de paz. Detrás de la pereza se esconde la indiferencia —«ojos que no ven, corazón que no siente»—. Decía san Maximiliano María Kolbe: «El veneno más mortal es la indiferencia. La pereza es la falsa paz de Satanás». ¡No se puede decir más claro!

La **diligencia** es la virtud que vence la pereza y nos ayuda a sostener nuestro anhelo de paz. Un corazón pacífico nos hace instrumentos de Cristo, según el espíritu de las bienaventuranzas.

De cara a la educación de los niños, ¿en qué traduciríamos ese deseo de paz? En hacer entender que el deseo de paz, o el deseo de disfrutar de un descanso, no es incompatible con la diligencia, sino todo lo contrario: ser diligente es lo que luego te va a permitir vivir en paz.

Es importante educar en abordar primero lo que más nos cuesta, sin dejarlo para el final: «Mira, si tú verdaderamente quieres tener paz y descansar, primero cumple tus obligaciones. Acomételas, sé diligente. Y así podrás ver como después tu deseo de paz lo disfrutas mucho más». La paz viene como consecuencia de haber afrontado los retos de la vida, «cogiendo el toro por los cuernos», como decimos popularmente.

Por mi propia experiencia, puedo dar testimonio de que esto es así. Muchas veces me pregunto a mí mismo: «A ver, José Ignacio, en este lío, en este follón, ¿hay algo más que podrías hacer? ¿Sí? Podrías hacer esto, podrías escribir esta carta, podrías llamar a esa persona... ¡Pues a hacerlo! Y luego, cuando ya no está en mi mano hacer más, entonces, paz». «Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios»[\[15\]](#).

La paz viene de la mano de la diligencia. De lo contrario, no es verdadera paz, sino un mero esconderse, como la tortuga debajo de su caparazón. Paz sí, pero con los deberes hechos.

5. Deseo de confianza-avaricia-generosidad

¡Qué felices seríamos si fuésemos capaces de confiar! Cuando Jesús dice: «No os agobiéis por el mañana»[\[16\]](#) es porque sabe muy bien que ese deseo de confiar es costoso, porque choca con nuestros miedos. Tenemos muchos miedos que nos impiden confiar y, a la vez, sufrimos por no hacerlo.

El pecado capital que pervierte el deseo de confianza es la **avaricia**, que consiste en agarrarse a cualquier cosa que calme nuestros miedos y temores. La avaricia es buscarse seguridades, apegarse demasiado a las cosas y no vivir en un abandono confiado. Hay adultos que necesitan que el balance de la Bolsa sea favorable para sentirse seguros, igual que un niño pequeño agarra a su osito de peluche para que le dé seguridad. Detrás de la avaricia se esconde un ansia por controlar: como no confío, necesito tenerlo todo atado, todo asegurado.

El antídoto de la avaricia es la **generosidad**, que supone ejercitarse en la confianza superando los miedos: si yo confío, soy generoso. Soy capaz de desprenderme de cosas porque confío. Sé que estoy cuidado por Dios.

El deseo de confianza se consolida con actos concretos. La confianza se adquiere en la medida en que yo me ejercito en desprenderme de mis falsas seguridades y afronto mis miedos. De cara a la educación de los niños, hay que enseñarles que tienen que confiar en quien verdaderamente les quiere. La confianza está en fiarse de personas, no en almacenar cosas. Esta teoría requiere en la práctica que el niño sea educado en la generosidad. En el Evangelio lo vemos reflejado en el pasaje de la multiplicación de los panes y los peces. Después del milagro, la gente quiere hacer rey a Jesús. Van a la montaña detrás de Él porque piensan: «Aquí tenemos a la gallina de los huevos de oro. A este le hacemos rey y tenemos todo solucionado. Ya no tenemos que trabajar, echaremos a los romanos, etc.». Jesús es consciente de nuestra tendencia a poner nuestra confianza más en la despensa llena que en Él —que es el Señor de la despensa, autor de toda la Creación y de toda Providencia—. Es por ello que dice: «Me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros»[\[17\]](#). A nosotros nos pasa lo mismo: no confiamos. Para poder confiar, tenemos que ejercitarnos en el desprendimiento. Si no compartimos lo que tenemos, no seremos capaces de valorar el milagro de la Providencia.

6. Deseo de bienestar-gula-templanza

Nuestro deseo natural no es solo el de supervivencia, sino también el de obtener bienestar en todas las facetas de la vida: la física, la psicológica, la social, etc. Quererse a uno mismo y saber disfrutar sanamente de la vida es natural y necesario. El deseo de bienestar es un preanuncio de la vida en plenitud que Dios nos ofrece para el Cielo.

¿Cuál es el pecado capital que deforma nuestro deseo de bienestar? El de la **gula**, que termina sustituyendo el cuidado de nosotros mismos por el ser atrapados por la autocomplacencia. Detrás de la gula se esconde un deseo de saciar nuestra hambre emocional, psicológica, relacional y espiritual. Detrás de nuestras visitas ansiosas a la nevera muchas veces se esconde un problema, una falta de equilibrio interior o una inseguridad. La obsesión por el cuerpo y por las dietas alimenticias son nuevas versiones de la gula, en las que se busca de una manera obsesiva y desordenada el complacerse a uno mismo, desconociendo dónde se encuentra el verdadero bienestar o en qué consiste.

La **templanza** es la virtud que reconduce el pecado de la gula, favoreciendo la vida equilibrada. Mientras que la gula responde a la dinámica de lo que me apetece, la templanza responde a la dinámica de lo que necesito.

Traducido a la educación de los niños, el gran reto está en educar el *me gusta* y *me apetece* que aflora ya desde la infancia en la «batalla» con la comida. Confundimos el deseo del bien con la satisfacción inmediata del gusto. Y no es lo mismo el *deseo del bien* que el *deseo del gusto*. Hay una diferencia sustancial. Estuve en el comienzo de curso de un colegio celebrando una Misa con todos los niños y se me ocurrió preguntarles en la homilía: «¿Qué diferencia creéis que existe entre “*me apetece algo*” y “*quiero*” una cosa?». Hubo un silencio hasta que uno levantó la mano y me contestó: «Cuando digo “*me apetece*”, es porque una cosa me apetece para ahora mismo. Pero cuando “*quiero*” una cosa, es que la quiero para más tiempo». Yo pensé: «Bueno, pues ya ha dicho algo el chaval». Comencé un poco a explicar su respuesta, que resultó muy luminosa, porque el «*me apetece*» es buscar un bienestar a cortísimo plazo, pero el *apetecer* se tiene

que conjugar con el querer, que es tu bienestar a medio-largo plazo. Y si no es a medio-largo plazo, no es bienestar; es un engaño, es gula. ¡Qué importante es esto! Ahí nos la jugamos todos.

7. Deseo de comunión-lujuria-castidad

Todos tenemos inscrito en nuestro ADN el deseo de amar y ser amados. Todos existimos en relación con los otros. Decía la Madre Teresa que la soledad y el sentimiento de no ser querido es la mayor de las pobreza. La forma más habitual de encauzar el anhelo de comunión es el matrimonio; nuestro cuerpo tiene una sacramentalidad para expresar su significado nupcial: «No es bueno que el hombre esté solo»[\[18\]](#). En el acto amoroso, el hombre y la mujer se unen por su vocación a la comunión, siendo una sola carne. La atracción del hombre y la mujer es un reflejo de la vocación a la comunión. El plan de Dios así nos lo muestra.

Pero luego viene el demonio y desordena todo mediante la **lujuria**, que es una manipulación del deseo de comunión que Dios sembró en nosotros. La lujuria nos hace creer que el mero contacto físico va a colmar nuestro deseo de comunión. El pecado de lujuria consiste en tratar a las personas como objetos de placer, de un modo que separa de forma antinatural el cuerpo del alma en nuestra relación con los demás.

Chesterton decía: «El hombre que llama a la puerta de un burdel está buscando a Dios»[\[19\]](#). Aunque pueda resultar una afirmación un tanto fuerte, es cierta: el hombre que toca la puerta de un burdel está buscando a Dios, aunque él no lo sepa. Y Richard Cohen, gran terapeuta, afirma que, «si la gente se abrazase más, no existirían tantos prostíbulos ni tanta pornografía». Es una frase muy atrevida también, pero yo creo que es muy verdadera. No estamos hablando de la *abrazoterapia*, a modo de técnica de expresión corporal, sino de algo más sustancial. La pornografía o la prostitución no dejan de ser una búsqueda compensatoria de una carencia afectiva. Puede que alguien se pregunte: «¿Esto puede ser verdad?». Yo creo que sí lo es. Lo que ocurre es que hay que analizarlo en su origen, en la raíz.

La **castidad** es la única respuesta posible ante la distorsión de la lujuria. Es la virtud necesaria para proteger la integridad de la persona; es la que unifica la corporalidad con la llamada vocacional al amor. El cuerpo es una expresión sacramental de nuestra vocación al amor, a la comunión. El hombre y la mujer están llamados a cultivar la vocación a la comunión, de una manera muy especial en el matrimonio, pero también en la vida consagrada y en la soltería. Y cuando vivimos este deseo de comunión de forma casta, somos capaces de descubrir y desarrollar la vocación al amor para la que hemos sido creados.

De cara a los hijos, ¡menudo reto tenemos en este tema! Voy a poner como ejemplo un anuncio publicitario televisivo sobre juegos de azar, en el que se quería enfatizar la necesidad de superar la ingenuidad para poder apostar con picardía. En el spot publicitario se lanzaba el siguiente dardo: «¡Pero qué ingenuo eres!... Cuando tú eras pequeño, serías de los que pensaban que los padres no tenían relaciones sexuales, ¿verdad?». En el anuncio queda patente la carencia que ha existido de una adecuada educación afectivo-sexual, en la que se debiera haber transmitido la conciencia de la santidad de la sexualidad. La sexualidad no es hacer guarradas, sino una expresión de la vocación al amor nacida de Dios.

Nos han robado el sentido y el alma de la sexualidad desde la lujuria y desde una sociedad hipererotizada. A nosotros nos corresponde decir: «Esa bandera no es tuya. La sexualidad proviene de Dios y forma parte de la vocación a la santidad». Esta es una bandera que nos toca recuperar.

Tenemos siete grandes deseos. Estamos llamados a discernir, purificar e iluminar nuestros deseos para integrarlos plenamente en nuestra vocación a la santidad.

Nuestros deseos no dejan de ser deseos de Dios inscritos en la naturaleza humana que marcan la divinización del hombre.

Lo natural y lo sobrenatural está integrado. Detrás de los deseos naturales se esconde el deseo de

eternidad al que todos estamos llamados.

CAPÍTULO 3

Superar la mediocridad

Capítulo basado en la conferencia «14 muletillas de la mediocridad».

Decíamos en el capítulo anterior que la causa de la mediocridad reside en no vivir con intensidad la vocación al amor a la que hemos sido llamados. En este capítulo vamos a desenmascarar catorce muletillas, autoengaños, *logismoi*, a los que recurrimos con frecuencia y que en el fondo son excusas para no entregarnos de lleno a Dios y a los demás. Las voy a llamar «muletillas de la mediocridad» para adaptar al lenguaje actual el término *logismoi*, que ya empleaban los Padres del desierto en los primeros siglos para referirse a ideas obsesivas sugeridas por el propio Satanás para minar la moral y quitarle la esperanza al cristiano. Los Padres del desierto daban mucha importancia al combate espiritual contra los *logismoi*. Nosotros, de forma errónea, pensamos que la batalla espiritual tiene lugar únicamente en el campo de la voluntad, y no es así; antes que en la voluntad, tiene lugar en la mente. Contra los *logismoi* contraponían los Padres del desierto los *logoi*, que eran los pensamientos correctos.

Evagrio Póntico, en el siglo IV, traza un mapa de los ocho *logismoi* que son la base de todo el resto de las ideas erróneas. Estos *logismoi* serían la gula, la lujuria, la avaricia, la ira, la tristeza, la acedia, la vanagloria y la soberbia. Partiendo de estas enseñanzas de san Evagrio Póntico, se formularían los llamados «pecados capitales». Lo que Evagrio Póntico proponía era combatir estos pensamientos con pensamientos positivos contrarios, que él extraía de las Escrituras. Nosotros vamos a hacer aquí algo similar, pero actualizándolo a nuestras categorías de pensamiento actual. Frente a cada *muletilla de la mediocridad* vamos a proponer una *palabra de vida*, una palabra de santidad.

14 MULETILLAS DE LA MEDIOCRIDAD Y 14 PALABRAS DE VIDA

1ª Muletilla: «¿Qué hay de malo?».

Esta muletilla plantea la vida en términos de, «si esto no es malo, ¿por qué no voy a hacerlo? Si yo voy a vivir este fin de semana como una fiesta total, ¿qué pasa? ¿Hay algún mandamiento que lo prohíba? ¿Qué hay de malo en que me plantee una vida lo más cómoda o divertida posible?».

Ese pensamiento, el ¿qué hay de malo?, es minador de la vida cristiana, porque el objetivo de nuestra vida no es un mero *evitar cosas malas*, sino buscar la voluntad de Dios: «¿Qué querrá Dios de mí?». Para discernir correctamente, no podemos limitarnos al *no es malo*. Puede que no sea malo, pero ¿lo quiere Dios para mí, o no? ¿Es esa su voluntad?

1ª Palabra de vida: «Señor, ¿qué quieres de mí?».

A la muletilla de la mediocridad *¿qué hay de malo?*, tenemos que saber responder con una palabra de vida: *Señor, ¿qué quieres de mí?* Se trata de conocer y amar el designio de santidad que Dios tiene para cada uno de nosotros. La voluntad de Dios no solo es universal (el cumplimiento de los diez mandamientos de la ley de Dios), sino también personal e intransferible. Nos va la vida en aprender a discernir cuál es esta voluntad, ya que nuestra felicidad coincide con el cumplimiento de la voluntad de Dios, al igual que el zapato que encontró el príncipe solo encajaba en el pie de Cenicienta.

2ª Muletilla: «Los hay peores».

Se trata de recurrir a las comparaciones para justificar la mediocridad. Esto supone que nuestra vida deja de tener como referencia lo que Dios espera de nosotros para pasar a buscar la aprobación de las mayorías. Pero claro, como alguien dijo: «Dime con quién te comparas y te diré a qué aspiras»... Y es que cada uno tenemos que responder ante Dios de los talentos que hemos recibido. El mal de mirar a la derecha y a la izquierda es una carcoma que corroe nuestra vida interior, una especie de tortícolis espiritual que nos condena a la mediocridad, y a vivir sufriendo por los complejos, las envidias y los celos.

2ª Palabra de vida: «Gracias por tus santos».

A la muletilla de *los hay peores*, contrapondría: *Gracias por tus santos*. En efecto, nuestra referencia son los santos, porque nuestra meta es la santidad. Y el rostro de Dios tiene la virtud de hacerse presente hoy a través de la irradiación de los santos. Estos son la estela luminosa con la que Dios ha atravesado la historia. Por ello, es importante hacernos amigos de los santos que Dios ha puesto en el camino de nuestra vida: nuestros patronos, los santos ligados a nuestro carisma, etc.

3ª Muletilla: «Lo hacen todos».

En este planteamiento, el punto de referencia ético es el que dice: «Si mayoritariamente esto es así, no será tan malo». Pero en materia de conciencia la ley de la mayoría no cuenta. Jesús nos dice: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán»[\[20\]](#). Cuando el criterio ético de la vida no tiene un punto de referencia objetivo, nos introducimos necesariamente en el campo del relativismo, que termina por generar una dictadura. Lo cierto es que, cuando se introduce el relativismo moral, los derechos básicos se relativizan y se abre la puerta al totalitarismo.

3ª Palabra de vida: «¿También vosotros queréis marcharos?».

Frente al *lo hacen todos*, a mí se me ocurre contraponer: *¿También vosotros queréis marcharos?*[\[21\]](#). Jesús fue insobornable ante la posibilidad de diluir su mensaje, de forma que se negó a bajar el listón. Empezaron a marcharse unos y otros ante sus palabras exigentes y cuando ya le quedaban solo unos pocos, les dirigió la siguiente pregunta: *¿También vosotros queréis marcharos?*, como sugiriendo: «¡El que quiera irse tiene la puerta abierta!», a lo que Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna»[\[22\]](#).

4ª Muletilla: «Sin exagerar».

Es el recurso a una falsa prudencia en nuestra vida. Detrás de ella se esconde también la mediocridad. De acuerdo con ese *sin exagerar*, habría que reformular el primer mandamiento de la ley de Dios: Amarás a Dios *en su justa medida*, en lugar de decir *sobre todas las cosas*.

Decía san Vicente de Paúl: «Me he convencido de que para ser bueno hay que ser demasiado bueno». Por la experiencia de la vida, podemos predecir que el que apunta a la santidad llega hasta donde verdaderamente puede llegar, pero el que hace el cálculo de la mediocridad tiene todos los boletos para quedarse corto.

4ª Palabra de vida: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

Ante ese *sin exagerar*, tenemos que responder con la frase del Evangelio: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*[\[23\]](#), algo que en sí mismo es imposible, pero que Jesús no deja de ofrecernos como milagro de su gracia. La santidad es un milagro a nuestro alcance.

5ª Muletilla: «Mañana».

Es la tentación de dar largas a lo que uno tiene que hacer, posponiendo la respuesta. No abordar las cosas se traduce en despreciar los momentos de gracia que Dios nos da y que no admiten dilación. No hay mejor manera de

ilustrar ese *mañana* que esta conocida poesía de Lope de Vega, que rezamos como himno en la Liturgia de las Horas:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?

¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

5ª Palabra de vida: «Si escuchas hoy la voz del Señor».

A la muletilla del *mañana* debiéramos responder con la siguiente palabra de vida: *Si escuchas hoy la voz del Señor, no endurezcas tu corazón*[\[24\]](#). El Señor tiene hoy una palabra para ti, en las circunstancias presentes, y te ofrece además la gracia para poder realizarla. ¿Por qué dejarlo para mañana si hoy es el día de gracia?

6ª Muletilla: «Ojalá».

San Josemaría Escrivá hablaba de una mística «ojalatera», que consiste en engañarse soñando con escenarios distintos de los reales: «Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes. Si yo tuviese tal posibilidad, si estuviese en otro entorno...». No tiene ningún sentido perder el tiempo imaginando situaciones distintas de aquellas en las que Dios nos ha puesto.

6ª Palabra de vida: «Hágase tu voluntad».

Frente al *ojalá* tenemos que responder con: *Hágase tu voluntad*^[25]. Señor, que tu voluntad yo la encuentre donde estoy, en las circunstancias en las que vivo. ¡Hay que saber florecer donde Dios nos ha plantado!

7ª Muletilla: «Es que no se lleva eso».

La categoría que nos debería importar no es la de nuevo o viejo, progreso o carca, sino la de verdad o mentira, bueno o malo, prudente o imprudente.

Nuestra cultura es fundamentalmente esnobista. Para que algo sea atractivo, tiene que ser nuevo; si algo es antiguo, no tiene fuerza de atracción. Chesterton, con su habitual intuición, decía: «Tener una mente abierta es como tener la boca abierta. No es un fin, es un medio. Y el fin es cerrar la boca sobre algo sólido». Hay que tener la mente abierta a cosas nuevas, sí, pero lo importante es que, además de nuevas, sean verdaderas-buenas-prudentes. Lo novedoso por lo novedoso no tiene entidad suficiente. El discernimiento sobre la conveniencia de esa novedad tendrá que ir de la mano con la adecuación al fin que perseguimos. Como diría san Ignacio de Loyola: «En tanto y cuanto se derive de ello nuestro bien espiritual».

7ª Palabra de vida: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre».

Frente al *no se lleva* hay que responder con la palabra de vida: *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre*^[26]. No hay que dejarse engañar por doctrinas extrañas. El cazador de novedades pisa terreno peligroso. ¡La verdadera novedad es el Evangelio!

8ª Muletilla: «Hay que ser hermanos, pero no primos».

El que tiene miedo de hacer el primo corre el riesgo de no ejercer de hermano. Cuando alguien se ha llevado varias decepciones puede llegar a encerrarse en su propia burbuja. Es preferible arriesgarse a volver a ser herido que renunciar al amor, porque quien renuncia a amar por no sufrir termina sufriendo por no amar. «Ama como si nunca te hubiesen herido y baila como si nadie te estuviese mirando», porque yo creo que esa es la gracia de vivir en presencia de Dios, sabiendo que cada día es una nueva oportunidad.

8ª Palabra de vida: «Setenta veces siete».

Ojo con eso de que *hay que ser hermanos, pero no primos*. La palabra evangélica nos habla de la medida del perdón al prójimo de forma muy contraria: *Setenta veces siete*^[27]. Un cristiano tiene la capacidad de poner el cuentakilómetros a cero tantas veces como sea necesario. ¿Acaso no lo hace Dios con nosotros cada vez que nos confesamos?

9ª Muletilla: «Para lo que te lo agradecen...».

«Para lo que te agradecen las cosas, no sé yo si merece la pena hacer nada». Es una muletilla muy potente, un retrato interior mucho más revelador de lo que suponemos. Nosotros lo que tenemos que perseguir es la santidad, no la orla de la santidad. Voy a recurrir, como ejemplo, a un vídeo viral en Internet, el de *La mujer invisible*. En él, sale una mujer vestida de negro sobre un fondo oscuro, a la que no se le distingue más que el rostro, comentando lo siguiente: «Me he dado cuenta de que soy la mujer invisible porque he ido al comedor, donde estaban mi marido y mis hijos, y les he dicho: “Apagad la televisión, que vamos a cenar”. Nadie ha respondido nada. “Que apaguéis la televisión”, y tampoco me han respondido. Entonces he pensado: “Anda, ¿me he vuelto invisible? ¿No me ven? ¿No me oyen?”». La mujer empieza a reflexionar: «Nadie me hace caso». Llega a su mano un libro sobre las catedrales de Europa. Se pone a mirar las

catedrales: «Mira, las catedrales han sido hechas por personas que no dejaron escrito ni su nombre. Algunas tardaron cien años en hacerse, de modo que es evidente que muchos trabajaron sin ver nunca su obra concluida. Y a treinta metros de altura alguien esculpió una filigrana sin que fuese previsible que pudiese ser apreciada algún día. Sin embargo, la esculpió con detalle y esmero, a pesar de dar por supuesto que nadie la vería, la apreciaría ni aplaudiría nunca». La mujer cierra el libro de las catedrales y escucha en su interior que Dios le dice: «Yo te veo. Puede que tú seas invisible ante los ojos de este mundo, pero no lo eres ante mis ojos».

Ahora hagámonos la gran pregunta: ¿Ante quién hago yo las cosas? O dicho de otra manera, ¿qué público busco?

9ª Palabra de vida: «Dios, que ve en lo escondido, te lo pagará».

La muletilla *para lo que te lo agradecen* ha de encontrar la respuesta en la palabra de vida que dice: *Dios, que ve en lo escondido, te lo pagará*[\[28\]](#). Dios ha de ser nuestro público.

10ª Muletilla: «No te comas la cabeza».

Es una muletilla muy propia de la cultura de la frivolidad: «Pon el piloto automático irreflexivo, o haz como el avestruz. Eso sí, déjate llevar por las emociones, porque lo emocional es lo más auténtico del hombre. Lo importante es ser intuitivo». Se confunde intuición con emoción, pasión u ocurrencia y no tener tabúes, con no tener principios. Esta tentación, que es una invitación a vivir superficialmente, implica negar la dignidad, el señorío y la capacidad de discernimiento con la que Dios nos ha creado. Hemos nacido para vivir en plenitud. Ese «no te comas la cabeza, déjate llevar» es renunciar a dirigir nuestra propia vida.

10ª Palabra de vida: «Lámpara es tu palabra para mis pasos».

Frente al *no te comas la cabeza* tenemos que responder: *Lámpara es tu palabra para mis pasos*[\[29\]](#). Estamos llamados a caminar conscientes de

nuestros sentimientos, reflexionando sobre los pasos que damos y buscando la estela del camino que Dios nos va revelando.

11ª Muletilla: «No puedo».

Nuestra capacidad es limitada y sin la gracia de Dios no somos nada, pero no nos confundamos: muchas veces el *no puedo* esconde un *no quiero*. Jacques Lafrance decía que la santidad nos la jugamos en la distinción de esos dos conceptos. El diablo hace todo lo posible para que no los diferenciamos. Es una gracia el saber desenmascarar el engaño que se puede esconder tras el *no puedo*.

11ª Palabra de vida: «Todo lo puedo en aquel que me conforta».

Frente al *no puedo* debemos hacer nuestra la afirmación paulina: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*[\[30\]](#). Cuando Dios pide algo, da su gracia para poder realizarlo, aunque nos cueste.

12ª Muletilla: «No me apetece».

Muchas personas viven atrapadas en el «no me apetece». La apetencia funciona en este contexto como esclavizadora de la voluntad humana. Cuando nuestra libertad se hace esclava, nos hacemos adictos a las cosas. Detrás del «no me apetece» se esconde un «te tengo atrapado». Jesús ha venido a liberarnos y por eso nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo»[\[31\]](#). En esta línea evangélica, san Ignacio de Loyola formuló el principio espiritual del *agere contra*, es decir, la importancia de disponer bien nuestra voluntad ejercitándonos en hacer lo contrario de nuestra apetencia. Si no nos ejercitamos en nadar en contra de la corriente de lo que nos apetece, no seremos libres para conducirnos en la vida e inevitablemente seremos arrastrados.

12ª Palabra de vida: «Lo que hacéis, hacedlo con toda el alma».

Frente al *no me apetece*, la palabra de vida que presentamos es: *Lo que hacéis, hacedlo con toda el alma*[\[32\]](#).

13ª Muletilla: «Estoy harto».

El «se acabó» es un recurso muy espontáneo. Aquí se nos presenta la batalla de la perseverancia. Dice el Papa Francisco que él asocia, frecuentemente, la santidad a la paciencia. Vence el que persevera. Ese supuesto acto de sinceridad, «estoy harto», en el fondo lo que deja al descubierto es que he sido vencido en el reto de la perseverancia. Un signo de la perseverancia es la alegría. Uno antes de decir que está harto ha experimentado la pérdida de la alegría, se ha amargado. Decía san Juan Bosco: «La santidad consiste en estar siempre alegres». Cuando la alegría se nubla, es que estamos siendo tentados contra la perseverancia.

13ª Palabra de vida: «En tu nombre echaré las redes».

Frente al *estoy harto*, a mí se me ocurre la siguiente palabra de vida: *En tu nombre echaré las redes*[\[33\]](#). Yo no sé cómo voy a recogerlas ni si volverán a salir vacías, pero yo en tu nombre echaré las redes. Y no me pienso cansar de echar las redes por mucho que sigan saliendo vacías, porque el recogerlas llenas o vacías es algo que no me corresponde a mí.

14ª Muletilla: «Yo no valgo».

He dejado para el final uno de los *logismoi* que Evagrio Póntico consideraba más dañino: el autodesprecio. Es posiblemente la tentación más minadora de la realidad. Conlleva desgajarse de Dios, que es el dador de nuestros dones; dejar de reconocer que estamos siendo sostenidos por Dios, que nos ha llamado a la existencia y que tiene un designio para cada uno de nosotros. Decir «yo no valgo» es sinónimo de decir: «Dios no me ayuda, Dios no me asiste, Dios me ha dejado de la mano». En el fondo es un acto de ateísmo revestido de victimismo.

14ª Palabra de vida: «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo».

¿Cómo que yo no valgo? ¿Acaso hemos olvidado que no actuamos en solitario? Hagamos de las siguientes palabras del Evangelio de san Juan nuestra palabra de vida: *Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo* [34]. Jesús vive en nosotros y actúa en nosotros. Decir *yo no valgo*, además de expresar una falsa humildad, supone negar la presencia fecunda de Jesús en nosotros.

En el Evangelio tenemos luz suficiente para ver de qué manera educar en la familia, en la escuela y en la sociedad. Os invito a confiar en el Evangelio y a recibir con atención las palabras de vida que se nos proclaman. Así nos iremos empapando de la personalidad de Jesús, lo que nos capacitará para ser educadores y testigos suyos.

CAPÍTULO 4

El amor humano y la familia

Capítulo basado en las conferencias «La verdad del amor humano» y «La conversión es el mejor regalo para tu familia».

En este capítulo vamos a presentar las características del amor conyugal, de forma que entendamos que el amor es la fuente de la felicidad: «Amo, luego soy feliz». La felicidad no consiste solamente en existir, para lo cual hemos tenido que ser amados, sino en responder a nuestra vocación de amor. No consiste solo en ser amado, sino también en amar.

Para desarrollar los puntos que aparecen a continuación me he basado en un documento magisterial que la Conferencia Episcopal Española publicó en 2012: *La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar*[\[35\]](#).

Hoy en día no resulta fácil hablar sobre estos temas y quizá una de las tentaciones que puede afectar a la Iglesia es más bien la de esquivarlos. Existe el riesgo de callarse, porque a pesar de que se trate de valores muy bellos, son muy contraculturales, y por lo tanto, puede resultar incómodo defenderlos. Pero si nosotros predicásemos la palabra de Cristo en función del desgaste que nos pueda generar, estaríamos siendo infieles al mandato de Cristo: «¡Ay de mí si no evangelizare, si redujese el mensaje de la predicación moral de la Iglesia a lo que en cada tiempo vaya a ser aceptado o no aceptado!».

EL AMOR, ANUNCIO DE ESPERANZA

La verdad del amor es un anuncio de esperanza. Podemos leer en la Primera Carta de san Juan: «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él»[\[36\]](#). Dios ha elegido la vía del amor para revelarse a los hombres. Esto significa que el origen del amor no se encuentra en el hombre, sino en un Dios que sale a su encuentro.

Para entender qué es lo que hay entre dos personas en un matrimonio, tenemos que remitirnos a Dios y recurrir a su amor originario, del que el amor humano es imagen y semejanza. La vida de Cristo es una revelación de la verdad del amor humano; en Jesucristo vemos la vocación al amor para la que hemos sido creados.

Soy amado, luego existo. De hecho, nuestra existencia comienza porque hemos sido amados: existimos porque hemos sido queridos por Dios. Pero eso estaría incompleto si no pudiéramos afirmar: *Amo, luego soy feliz.* Soy amado, luego existo, pero yo no quiero solo existir; quiero responder a una vocación de plenitud y felicidad.

El amor originario de Dios nos previene de muchas deformaciones. Nosotros tendemos a desnaturalizar el amor y, sin un amor originario fuera de nosotros, nos salimos del molde y vamos degenerando, inevitablemente, ya que existe una tendencia a tergiversar la realidad, fruto de nuestro pecado personal. El amor humano, en la medida en que se desvincula del amor divino, se va desgastando y/o deformando.

EL AMOR ESTÁ INSCRITO EN EL CUERPO

Cuando decimos que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, nos referimos a todas las dimensiones de la personalidad. Somos imagen y semejanza de Dios también en lo que respecta a nuestra corporalidad. Entrar en contacto con la corporalidad de una persona es relacionarse con la persona entera, no solo con su cuerpo.

La persona humana en su corporalidad existe como hombre o como mujer. El sexo no es un simple atributo. Afecta al núcleo más íntimo de la persona. La sexualidad forma parte de la capacidad de amar que está inscrita por Dios en el ser humano. La diferencia sexual entre el hombre y la mujer es indicadora de la recíproca complementariedad y está orientada a la comunión entre ambos.

Dios nos ha hecho distintos. Nosotros hablamos de una complementariedad entre el hombre y la mujer que afecta no solo al cuerpo, sino también a la personalidad. En nuestra personalidad somos complementarios y estamos llamados a la comunión. Puede haber una comunión entre el hombre y la mujer porque parten de una complementariedad entre ambos; el hombre es para la mujer como la mujer es para el hombre. Existe una complementariedad basada en la naturaleza y que no nace únicamente de una opción de la emotividad.

EL AMOR ESPONSAL, REVELACIÓN DEL AMOR DE DIOS

Dios se ha servido del amor esponsal para revelarnos su amor. La vida pública de Jesucristo comienza en unas bodas. Jesús quería servirse del marco de una alianza nupcial para proclamar que Él es el Esposo de la humanidad. La mística de la Iglesia está hecha en clave de alianza esponsal: los esposos se intercambian unas alianzas que son expresión de la alianza que se establece entre ellos; también la religiosa sella su profesión con una alianza en su dedo, como esposa de Jesucristo. La virginidad refleja este misterio, el desposorio de Cristo con su Iglesia. De igual modo, el anillo que llevamos los obispos es expresión de la alianza de Cristo, que se desposó con la Iglesia: «Como Cristo amó a su Iglesia»[\[37\]](#).

Pues bien, así estamos llamados a amar todos, tanto en la vocación virginal como en la vocación esponsal. La expresión bíblica «ya no son dos, sino una sola carne»[\[38\]](#) nos habla de la vocación a la plena alianza con la que Dios nos ha creado.

Las características del amor conyugal son tres: un amor plenamente humano y total; un amor fiel y exclusivo; y por último, y no por ello menos importante, un amor abierto a la vida.

La dificultad para poder vivir el amor matrimonial según la voluntad de Dios tiene su origen en la existencia del pecado. Solo con el auxilio de Dios podemos superar la tentación de replegarnos sobre nosotros mismos y abrirnos a la comunión en una entrega plena, sabiendo que el amor conyugal es una participación del misterio de la vida y del amor de Dios mismo, y un reflejo del amor de Cristo a su Iglesia.

LA DISOLUCIÓN DE LA IMAGEN ORIGINARIA DEL HOMBRE Y LA MUJER

En nuestra cultura se está produciendo una disolución de la imagen originaria del hombre y de la mujer. Existen dos corrientes aparentemente contrapuestas, una espiritualista (el puritanismo) y otra materialista (la ideología de género), pero con un denominador común: el dualismo antropológico.

1. Corriente espiritualista. Propugna la necesidad de despojarse de todo lo corporal, como si el cuerpo fuese algo negativo. Históricamente ha podido darse un cierto puritanismo, que se olvidaba de que el aspecto erótico está plenamente integrado en el amor de Dios. Actualmente esta corriente se puede apreciar con mayor frecuencia en espiritualidades de origen oriental, que buscan llegar al nirvana por medio de la anulación de los deseos y las aspiraciones corporales.

El cristianismo defiende que el *ágape*, que es el amor de olvido de sí mismo y de entrega al prójimo, integra al *eros*, sin despreciarlo.

2. Corriente materialista o ideología de género. Es la tendencia mayoritaria actualmente. Detrás del materialismo se postula una concepción de la libertad desvinculada de la naturaleza y de la verdad. Según esta corriente, lo único verdadero y auténtico son las emociones.

Recuerdo un debate que se produjo con motivo de una afirmación que el expresidente José Luis Rodríguez Zapatero había vertido en un libro entrevista: «No es la verdad la que nos hace libres, sino que más bien es la libertad la que nos hace auténticos»[\[39\]](#). Esta formulación es muy reveladora de los presupuestos de la teoría de género, que postula que la elección libre no debe sentirse condicionada por un orden natural objetivo, sino que es la misma elección la que funda la verdad. En este caso, la verdad no sería algo previo a mi elección personal.

La ideología de género trae consigo una deformación del concepto de familia, de matrimonio y de persona humana, basándose en una filosofía que surge de la combinación del marxismo y el liberalismo. El punto 52 del documento de la Conferencia Episcopal Española en el que me baso es muy elocuente en su exposición de la evolución que ha sufrido esta ideología: «[...] A partir de los años sesenta, alentado por el influjo de un cierto marxismo que interpreta la relación entre hombre y mujer en forma de lucha de clases, (la ideología de género) se ha extendido ampliamente en ciertos ámbitos culturales. El proceso de “deconstrucción” de la persona, el matrimonio y la familia ha venido después propiciado por filosofías inspiradas en el individualismo liberal, así como por el constructivismo y las corrientes freudo-marxistas. Primero se postuló la práctica de la sexualidad sin la apertura al don de los hijos: la anticoncepción y el aborto. Después, la práctica de la sexualidad sin matrimonio: el llamado “amor libre”. Luego, la práctica de la sexualidad sin amor. Más tarde la “producción” de hijos sin relación sexual: la llamada reproducción asistida (fecundación in vitro, etc.). Por último, con el anticipo que significó la cultura unisex y la incorporación del pensamiento feminista radical, se separó la “sexualidad” de la persona: ya no habría varón y mujer; el sexo sería un dato anatómico sin relevancia antropológica. El cuerpo ya no hablaría de la persona, de la complementariedad sexual que expresa la vocación a la donación, de la vocación al amor. Cada cual podría elegir configurarse sexualmente como desee»[\[40\]](#).

Lo que viene a decir el documento es que no hemos llegado al punto actual sino después de un precalentamiento. Hubiese sido imposible implantar la ideología de género tal y como se está haciendo hoy si no hubiese habido una deconstrucción progresiva de conceptos fundamentales. «Su idea fundamental, derivada de un fuerte dualismo antropológico, es que el “sexo” sería un mero dato biológico: no configuraría en modo alguno la realidad de la persona»[\[41\]](#). Lo definitivo para esta teoría es el «género», que es lo que proviene de las construcciones sociales. Así como para los cristianos el punto de partida es que somos imagen y semejanza de un Dios que nos ha creado por amor y para el amor, el dogma de partida de la ideología de género es que el hombre nace sexualmente neutro. El género,

sostienen, no tiene una base biológica, sino que es una construcción cultural. Cada uno tiene que optar por el género que desee, más allá de su corporalidad.

El problema actual radica en que afirmar todo lo anterior implica que la Iglesia sea acusada de mantener una postura homofóbica; se tacha a la Iglesia de inmisericorde con homosexuales, transexuales, etc. Y sin embargo, nada más lejos de la realidad. Es justamente lo contrario. La vida diaria de la Iglesia así lo demuestra, acompañando a las personas con tendencias homosexuales que piden ayuda para vivir libremente la vocación a la castidad a la que está llamado todo cristiano. Contrariamente a lo que mucha gente piensa, la Iglesia anima a acoger a las personas con atracción sexual hacia el mismo sexo con especial atención y esmero. Así lo recoge el documento de la CEE: «Ciertamente el Magisterio de la Iglesia católica enseña que es necesario distinguir entre las personas que sienten atracción sexual hacia el mismo sexo, la inclinación homosexual propiamente dicha (“objetivamente desordenada”) y los actos homosexuales (“intrínsecamente desordenados”); además, en la valoración de las conductas hay que diferenciar los niveles objetivo y subjetivo. Por eso, una vez más no podemos dejar de anunciar que los hombres y las mujeres con atracción sexual hacia el mismo sexo deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. **Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta.** [...] Las personas con atracción sexual hacia el mismo sexo deben ser acogidas en la acción pastoral con comprensión y deben ser sostenidas en la esperanza de superar sus propias dificultades personales. [...] Los obispos deben procurar sostener con los medios a su disposición el desarrollo de formas especializadas de atención pastoral para las personas homosexuales. Esto podría incluir la colaboración de las ciencias psicológicas, sociológicas y médicas, manteniéndose siempre en plena fidelidad con la doctrina de la Iglesia»[\[42\]](#).

EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

La institución matrimonial es una realidad anterior a la alianza del amor conyugal revelada en la Sagrada Escritura. El matrimonio no es un invento posterior, diseñado con la pretensión de encorsetar el amor humano. El matrimonio es algo prejurídico, prerreligioso y prepolítico, totalmente inherente a la propia condición del amor humano. La sociedad ha primado desde los comienzos de su existencia la relación entre el hombre y la mujer, a través de la cual puede regenerarse con nuevos hijos. La familia es la célula básica de la sociedad. Es una institución de derecho natural y, al igual que el matrimonio, es una realidad prepolítica y prejurídica. Constituye la primera escuela de socialización y no hay nada que la pueda suplir.

La revolución de Mayo del 68 supuso un intento de ruptura con el matrimonio y la familia. Se extendió una imagen del compromiso matrimonial como algo sobreañadido. La trampa consistió en reducir todo a la mera emotividad. Visto así, el vínculo matrimonial vendría a ser una especie de «cárcel del amor». Pero el error radica en confundir la emoción con el amor; de ahí se ha derivado una privatización del amor, como si el amor fuese una cuestión que permanece en la esfera privada entre dos personas. Sin embargo, aunque el amor sea personal, no es privado: tiene una dimensión pública.

Por otro lado, se han extendido los enlaces entre personas del mismo sexo, dándoles el nombre de matrimonio, y se han promulgado leyes que no apoyan a la familia como estructura básica de la sociedad. Quizá pasa desapercibido que los políticos están ejerciendo de ingenieros sociales, más allá de la ley natural, lo cual es una absoluta extralimitación de sus funciones. A la Iglesia le han llovido todo tipo de ataques, por el simple hecho de proclamar que la verdad del amor humano tiene una base antropológica natural que debe ser respetada. Subrayo que esta verdad del

amor humano no es una particularidad de la antropología cristiana, sino que se trata de una verdad que es patrimonio común de la antropología natural.

EL *NOSOTROS* PRECEDE AL *YO*

La Iglesia está a la escucha de las necesidades de la familia. Tiene puesto un oído en el Corazón del Señor para escucharlo y el otro, en el corazón de este mundo, y necesita tener los dos oídos bien afinados para sintonizar el deseo de felicidad del mundo con el deseo de Dios de hacernos inmensamente felices[43].

Lo cierto es que, a pesar de todas las crisis y ataques que sufre, la familia sigue siendo la institución más valorada en todas las culturas a lo largo de todos los continentes. ¿Por qué? Porque es el refugio de los valores más profundos y el lugar en el que el hombre hace experiencia de la primacía del «ser» frente al «tener». El problema es que Occidente marca las líneas ideológicas que sigue el resto del mundo. En este momento, en Occidente estamos condicionados por un fuerte individualismo, que mina el mismo concepto de familia. Me atrevo a destacar dos razones principales que se encuentran tras el ataque a la familia:

1. Por una parte, porque interesa al consumismo. Occidente tiene un falso dios: el dinero. El consumismo prefiere tener como interlocutor al individuo que a la familia, porque el individuo consume mucho más — consumen mucho más cuatro personas aisladas que una familia de cuatro miembros—. Dos consumen el doble de lo que consume uno; ahora bien, en una familia ese principio no es aplicable. Dice el refrán que «en la mesa de san Francisco, donde comen cuatro, comen cinco». La familia es austera.

2. Por otro lado existe una lucha ideológica, debido a que el Estado somete mucho más fácilmente al individuo que a la familia. El «pan y circo» del Imperio Romano se sigue aplicando hoy. Llámese «sexo, fútbol e Internet», pero básicamente sigue siendo lo mismo: una esclavización del individuo, un intento de colonizarnos, de hacernos dependientes del Estado y de lo políticamente correcto. Decía Chesterton que la familia fuerte es como un pequeño estado independiente, del que se puede decir: «Perdón,

pero está usted pisando un suelo que no es suyo. Aquí está la frontera. Respétenos». Ese «respétenos» solamente lo puede pronunciar una familia fuerte.

A pesar de todos los intentos de Occidente por debilitar la institución familiar, los cristianos decimos que lo sustancial, lo que nos configura, es la comunión: hemos sido creados a imagen y semejanza de un Dios que es comunión y llevamos en nosotros la huella del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que viven en perfecta comunión, y que han dejado la vocación a la familia inscrita en nuestro ser. En la familia, el *nosotros* precede al *yo*.

LA FAMILIA, FUENTE DE SANTIDAD

¿Qué sería de nosotros sin la familia? Dios se sirve del proyecto matrimonial para extraer del hombre y de la mujer lo mejor de sí mismos en su entrega generosa. El matrimonio es uno de los posibles planes de Dios para que podamos vivir nuestra vocación a la santidad.

Para prepararse bien al matrimonio, no basta con hacer un cursillo prematrimonial a última hora. El matrimonio se comienza a preparar ya desde una vivencia personal y profunda en la familia en la que se nace. A esto le llamaríamos la *preparación remota*, que debe fundarse en una triada: familia-parroquia-escuela. Es una triada en la que se nos educa en el amor. La educación afectivo-sexual tiene que desarrollarse en la infancia y en la adolescencia en el seno de la familia, apoyada desde la parroquia y desde la escuela.

Además de la preparación remota, es bueno que haya una *preparación próxima*: un acompañamiento para ayudar a los jóvenes a discernir si su novio o novia es la persona que Dios ha puesto en su camino para toda la vida. El noviazgo es un momento de discernimiento: discernir si el enamoramiento que siento es verdadero amor y si esta es la persona que Dios ha querido para mí. El matrimonio es un momento de entrega, un vivir la promesa de «*no serán dos, sino una sola carne*»[\[44\]](#). Pero cuando esto se olvida, en el noviazgo se juega a entregarse, como si se estuviera ya casado; mientras que en el matrimonio se pretende discernir si el cónyuge es la persona adecuada. En resumen, las etapas no se pueden quemar; cada una tiene un lugar y un orden en un proceso equilibrado.

La *preparación inmediata* se ha ido acortando cada vez más, de modo que se realizan unos cursillos prematrimoniales a última hora que resultan insuficientes. Sería recomendable que tras la celebración del matrimonio se mantuviera un seguimiento especial, cuando menos en los primeros años.

Por otro lado, es muy importante que la Iglesia eduque a los seminaristas, de forma que estén capacitados para la pastoral familiar. En primer lugar, cuidando de la selección de los candidatos al sacerdocio, y en segundo lugar, abordando su educación afectivo-sexual, así como la sanación de posibles heridas, ya que, de lo contrario, difícilmente podrán llegar a ser pastores de las familias. El sacerdote tiene una llamada al celibato, pero no a ser un «solterón», lo cual es muy distinto. El presbítero está llamado a vivir el celibato como un desposorio con el Señor. No es un «soltero». Esta diferencia esencial tiene que formar parte de su discernimiento y educación.

Este aspecto lo recalcó el Papa Francisco durante la consagración de un obispo auxiliar en Roma. En el momento de la entrega del anillo episcopal, signo de su desposorio con la Iglesia, el Papa dijo a este obispo: «Recuerde usted que antes de este anillo estuvo el de sus padres». Fue una expresión digna de una tesis.

El sacerdote se tiene que capacitar para poder acompañar a los matrimonios. Un sacerdote tiene que saber integrar amistades sacerdotales con amistades matrimoniales. Tan malo es que un sacerdote solo tenga amistades sacerdotales como que solo tenga amistades matrimoniales. A un sacerdote le ayuda mucho vivir la experiencia de una familia entregada. Recuerdo con especial cariño el bien que me hacía visitar a las familias en mis primeros años de sacerdocio. Cuando veías aquel ambiente familiar en el que había una disposición a darlo todo —los niños colocados alrededor de la mesa, cada uno dispuesto para ayudar a su hermano pequeño—, y eras testigo de que los padres no tenían para sí ni un minuto libre, ni un centímetro cuadrado de intimidad, salías conmovido por aquella entrega plena realizada con alegría. Yo me marchaba con un estímulo tremendo, pensando: «Vete y haz tú lo mismo». ¡Cualquiera iba a decirle a alguien que fuera a pedir un expediente matrimonial a deshora: «Perdone, ahora no se lo puedo dar. El despacho es de siete a ocho»! ¿Cómo decir nada parecido, después de haber visto la entrega de aquellas familias? No me imaginaba a un padre respondiéndole a su hijo pequeño al pedirle ayuda: «No, ahora es mi rato de descanso. Ven en otro momento». En un familia no hay horarios,

¿no? A mí eso me ayudó tremendamente a crecer en radicalidad en el deseo de servir al Señor.

EL ENRIQUECIMIENTO ENTRE LAS VOCACIONES

Forma parte de la pastoral familiar el enriquecimiento mutuo entre las vocaciones. No os podéis imaginar la ayuda que es para un sacerdote ser testigo de una familia santa. Y, sin duda alguna, para una familia que quiere vivir un camino de santidad, un presbítero o una religiosa son también un estímulo muy importante. Las vocaciones se estimulan y enriquecen mutuamente. Recuerdo haber dado una tanda de Ejercicios Espirituales en el seminario de Guadalajara, en México, que es uno de los seminarios más prolíficos del mundo. Al recibir a aquellos chicos te dabas cuenta de que la explicación de aquellas vocaciones estaba en la familia y en los mártires — eran hijos de una historia de mártires en Jalisco—. Uno de ellos me planteó con toda su inocencia una duda que le quitaba la paz. Pertenecía a una familia numerosa con ocho hijos, con unos padres volcados en su vocación con alma, corazón y vida. Él dudaba si no estaría siendo desagradecido con el Señor, porque, teniendo una familia así, se preguntaba si no faltaba a la gratitud por sentirse llamado al sacerdocio en lugar de seguir la vocación de sus padres. Yo le expuse: «Mira, me daría mucho más miedo que hubieses tenido una experiencia de familia desestructurada y que quisieses ser sacerdote, porque entonces habría un peligro: el de estar huyendo».

Las vocaciones no se restan unas a otras, sino que se suman. Una familia santa genera deseos de nuevas familias y de vocaciones religiosas y sacerdotales.

CAPÍTULO 5

La familia, reflejo de la santidad de Dios

Capítulo basado en la conferencia «La familia, reflejo de los atributos de Dios».

LA FAMILIA, REFLEJO DE LA SANTIDAD DE DIOS

Leemos en la Carta del apóstol san Pedro: «Vosotros sois **familia escogida**, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Los que en otro tiempo erais no pueblo, ahora sois pueblo de Dios; los que erais no compadecidos, habéis alcanzado misericordia»[\[45\]](#). Es importante resaltar la expresión «familia escogida para anunciar las grandezas de Dios», porque el conducto más frecuente por el que conocemos a Dios es a través de la familia. Esta es cauce para conocer a Dios en un doble sentido:

La familia, conducto de transmisión: generalmente uno empieza a escuchar hablar de Dios en el seno de la familia. La familia es llamada Iglesia doméstica y primera escuela de la fe. No se trata meramente de la transmisión de unos conceptos u oraciones, sino de una sensibilidad que nos introduce en la relación con Dios. El factor testimonial es determinante en la transmisión de la fe en el seno de la familia.

La familia como la metáfora más cercana para aproximarnos a hablar de Dios y de lo sobrenatural. Cuando uno intenta hablar de Dios y piensa en los ejemplos que puede poner, busca puntos de comparación para evitar que a la gente le resulte abstracto lo que dice. A un servidor le ocurre esto de continuo cuando habla en Radio María. Sin darte cuenta, la gran mayoría de las imágenes que te vienen a la mente a la hora de intentar explicarte tienen que ver con la familia. Por ejemplo, recuerdo que un día

estaba hablando de la conciencia como presencia de Dios en nuestra vida, y no como esa especie de refugio de conveniencia que nos hemos fabricado en nuestros días para que cada uno haga lo que le dé la gana —«¡allá cada uno con su conciencia!»—. Pues bien, empecé explicándolo con términos teológicos, exponiendo que la conciencia «es el vicario de Cristo», tal y como decía el Beato J. H. Newman. Es una verdad superior ante la que cada uno debe responder. Pero claro, ¿cómo hacerlo entender con alguna referencia cercana? Se me ocurrió exponer a los oyentes de Radio María la siguiente comparación: «Es como cuando uno ha hecho una pata de pequeño y se pone ante los ojos de su madre. El niño no va a ser capaz de aguantar su mirada en caso de que haya hecho algo por lo que tiene que pedir perdón. La madre tiene una mirada limpia que interpela, y para el niño es como un reflejo de su conciencia».

Algo parecido ocurrió el día que tuve que explicar el punto del Catecismo concerniente al mérito. Me preguntaba cómo podría hacer entender que todo es gracia de Dios, pero que, al mismo tiempo, también Dios quiere que colaboremos con Él. Se me ocurrió poner como ejemplo un episodio de la infancia: cuando íbamos los domingos a Misa con nuestros padres y llegaba el momento de pasar el cestillo de la colecta, nuestros padres siempre nos daban una moneda para que nosotros la echásemos en la cesta. Ante este hecho, uno podría preguntarse: «¿De quién es el mérito de esa limosna que has hecho? ¿El mérito es tuyo?». El mérito es de tu padre, imagen de Dios, que te da para que tú puedas dar, pero es verdad que Dios quiere que pase por tus manos y que tú la entregues y la eches. Porque alguno igual se lo quedaría en el bolsillo disimuladamente, ¿no? ¡Que de todo habrá!... Quizá esta sea una imagen aproximativa para entender en qué consiste el mérito. En realidad, son nuestros padres los que suscitan nuestra generosidad, pero nosotros debemos ejercitarla. El mérito ante Dios no es hacer algo por tu cuenta, sino ser dócil a la inspiración de Dios, hasta el punto de hacerla plenamente tuya.

Por eso tiene sentido decir que, cuando uno intenta hablar de los misterios de Dios y busca ejemplos que sirvan como punto de aproximación, al final se encuentra con la familia como metáfora más cercana. En otra ocasión, hablando sobre el querer de Dios, comenté: «Dios

es capaz de querernos a todos de una manera específica, ya que no por querer a todos deja de querer a cada uno personalmente. Eso quizá solo lo entienden un padre y una madre, porque nosotros tendemos a pensar: “Bueno, si es para todos, no es para nadie en concreto. Lo que es público, lo que es general, no termina de ser personal”. Sin embargo, que a un padre o a una madre no le digan tal cosa; ellos entienden perfectamente que se pueda querer de forma personal a cada uno de los hijos. Dios es como una madre, que no tiene cinco hijos, sino cinco veces un hijo único, que es distinto».

La familia es la metáfora por antonomasia para comprender cómo es Dios. De forma similar a como el Concilio Vaticano II utilizó la imagen *Iglesia, sacramento de Dios*, también la familia es como un sacramento de Dios.

LOS ATRIBUTOS DE DIOS

Hay un tratado de teología, *De Deo uno et trino*, donde se habla de los atributos de Dios. Por desgracia, se habla muy poco de esto. Los atributos de Dios son perfecciones que manifiestan su esencia. Son como Él mismo, pero en el sentido de que reflejan el ser de Dios y manifiestan algún aspecto particular y totalizante de su ser: la infinitud, omnipotencia, bondad, benignidad, misericordia, sabiduría, veracidad, justicia, belleza, simplicidad, unicidad, inmensidad, inconmensurabilidad, eternidad, inmutabilidad, inefabilidad, incomprendibilidad, singularidad... y así podríamos seguir nombrando una lista muy larga. Estos atributos de Dios son objeto de invocación en la oración colecta de la Eucaristía: «Oh, Dios infinito», «Oh, Dios inmutable», etc.

Pues bien, si decimos que la familia es como un sacramento de Dios, ¿por qué no nos fijamos en los atributos de Dios e intentamos ver cómo se refleja el ser de Dios en la familia?

1. La omnipotencia de Dios

Este es un atributo del que en ocasiones nos avergonzamos. He de confesaros que a veces un obispo va a una parroquia y al celebrar con el misal que tienen allí, se encuentra con que donde dice: «Oh Dios todopoderoso», el sacerdote ha tachado con un lápiz la palabra *todopoderoso* y ha puesto en su lugar «Oh Dios cercano» u «Oh Dios hermano», como intentando mejorar el original... No nos avergoncemos de decir que Dios es todopoderoso, porque nosotros necesitamos ver reflejado ese atributo de Dios en el seno de la familia. Que Dios es infinito y omnipotente, que tiene la sabiduría universal, que es el Dios de cielos y tierra, que nada se escapa de su poder, etc., es algo que está en la

experiencia de la familia. A nuestro nivel, en una aplicación bien limitada de ese poder de Dios, todos lo hemos experimentado.

La educación de un niño en el seno de la familia pasa por la experiencia, sobre todo en sus primeros años, de sentir a sus padres cuasi-todopoderosos. Sabemos lo que es ver en tus padres una roca firme donde tú te apoyas y no tienes miedo; tus primeros pasos en la vida los das bajo la certeza de sentirte seguro; tus padres son el remedio para todos tus apuros; te sientes orgulloso de ellos cada vez que pronuncias: «Mi papá...». El niño tiene esa experiencia interior de sentirse absolutamente respaldado. Y eso es muy importante para un crecimiento afectivo sano.

Dios da a la familia una especie de participación de su infinitud, de su autoridad y de su poder para hacer que el niño pueda sentirse seguro. Una de las crisis más graves que padecemos en el momento presente, fruto del machismo y del desenfoco del feminismo radical, es la crisis de la figura paterna, que hace que el niño no tenga una experiencia plena de seguridad y de protección en el seno de su familia. La crisis de la figura del padre en este paradigma antropológico que se está generando es muy negativa. Quizá no entra tanto en crisis la figura de la madre, porque al final parece que la madre te acaba sacando siempre las castañas del fuego. La figura del padre está en una situación más crítica, si cabe, debido a la crisis del sentido de la autoridad. Hoy en día un hombre sabe lo que *no* tiene que ser —«no tengo que ser machista», «no tengo que ser autoritario», etc.—, ¿pero sabe lo que tiene que ser? Parece como si no tuviese sitio ni lugar en el espacio de la familia. Es muy importante que un padre transmita seguridad en los albores de la infancia a su hijo, que le refleje a su pequeño esa autoridad moral de Dios, ese saberse cuidado en manos de su padre...

Los adultos vivimos la experiencia de la precariedad, mientras que un niño se siente plenamente seguro en los brazos paternos y maternos. A los adultos nos inquietan muchos interrogantes: «¿Y si me echan del trabajo?», «¿y si no puedo pagar la hipoteca?», «¿y si me pongo enfermo?». Los padres de familia viven una paradoja: al tiempo que experimentan su propia inseguridad y debilidad, por la gracia de Dios transmiten seguridad a sus hijos en el seno de la familia. Dios ha querido que el ser humano se abra a la vida sobre un suelo firme. Obviamente, a nuestros hijos no les hacemos

partícipes de todos nuestros problemas y angustias (ya las afrontaremos nosotros como podamos). Pero no queremos transmitírselas a ellos, porque en ese momento de su vida necesitan crecer con la seguridad de tener una base sólida en su familia.

Dios ha querido que nosotros seamos *todo* para nuestros hijos, a pesar de ser muy poca cosa; Dios ha querido que seamos *fuertes* ante ellos, a pesar de nuestra debilidad; Dios ha querido que les demos *seguridad*, a pesar de que estemos colgando de un hilo. ¿Cómo dar seguridad cuando yo cuelgo de un hilo? Ese es el milagro de la familia.

Escuché en Radio María un testimonio que me conmovió profundamente. Era de un misionero que estaba de vacaciones. Contaba él que durante el vuelo a España desde África sufrieron unas turbulencias más graves de lo ordinario. Habían repartido ya las bandejas de la comida y empezó a bailar todo por los aires. Las azafatas intentaban tranquilizar a los pasajeros. Al misionero, que estaba un poco impresionado, le llamó la atención un niño que viajaba solo, tan tranquilo, en la parte delantera del avión. Pasado el momento de crisis, el misionero se levantó y se acercó al niño para darle la enhorabuena: «Oye, tú qué valiente has sido, ¿no?». Y el niño le contestó: «Es que el piloto del avión es mi papá». El misionero explicaba en Radio María cuánto le había marcado esa respuesta del niño. Impresiona comprobar el grado de seguridad que le podía dar al niño el saber que era su padre el que pilotaba el avión. Ese niño hubiese podido exclamar en medio del nerviosismo de los pasajeros: «Tranquilos, que conduce mi papá». Aquel misionero, aplicándolo a su vida, reflexionó sobre el abandono en la providencia de Dios Padre: «¿Acaso no estoy yo siempre en manos del Padre celestial?».

Dios ha querido que en la familia se viva también ese reflejo de la autoridad y del poder de Dios, para que los pequeños puedan experimentar amor y seguridad. Lógicamente, cuando el niño va creciendo se va dando cuenta de que sus padres son débiles como todo el mundo, que pasan apuros y que no son omnipotentes. Pero ese descubrimiento, lejos de decepcionarle, le permite comprender que aquella seguridad que había encontrado en sus padres era un signo de la presencia oculta de Dios en la

familia, un reflejo de ese misterio que encierra la familia, sacramento del poder infinito de Dios.

Escribí por Navidad un artículo titulado «Los Reyes Magos existen», en el que reflejaba la siguiente experiencia: «De niño pensaba que existían unos Reyes Magos que colmaban nuestros deseos de felicidad. Luego de repente descubrí el pastel —yo me acuerdo incluso del asiento en el que estaba en la cocina, donde me quedé clavado cuando me enteré de la realidad de los Reyes Magos...—». Pero con los años vuelves a concluir que *realmente* existen. En mi infancia solía pensar: «¡Qué suerte tenemos en mi familia! Porque cuando sacan el pescado del horno y se reparte en la mesa, a mi madre le gusta la cabeza, así que es perfecto para poder distribuir el resto entre los demás. Y además, cuando en el bizcocho hay una parte que se ha quemado, ¡qué suerte tenemos, porque resulta que a mi padre le gusta lo quemado! Todo cuadra perfectamente». Pero tarde o temprano llega ese día en que te encuentras diciéndote a ti mismo: «Tú, chaval, eres un poco tonto, ¿no? ¿Ahora te enteras de qué va esto?». Y es entonces cuando te das cuenta de que los Reyes Magos sí existen, pero en un sentido más auténtico del que tú habías percibido en tu infancia.

Tus padres han sido el reflejo y el sacramento del poder de Dios en tu vida. Puede que un día descubras que son débiles como tú, pero son ellos quienes te enseñan a confiar en Dios en medio de sus dificultades. Uno aprende a confiar y a afrontar situaciones verdaderamente difíciles porque ha aprendido del testimonio de un matrimonio en el que se comparte todo, tanto la fortaleza como la debilidad. Y cuando dice san Pablo: «Nosotros los fuertes tenemos que llevar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos»[\[46\]](#), uno percibe que también eso es aplicable cuando se producen crisis en las familias, porque afortunadamente suelen ser por turnos. Hay una providencia gracias a la cual las crisis de debilidad se acompañan entre los distintos miembros.

Lo importante no es tener un superpapá y una supermamá, sino tener un padre y una madre que se quieran mucho. Lo que un niño necesita es tener un padre y una madre que se amen y que, en ese amor, sean capaces de ayudarse mutuamente en sus debilidades. Ese es el suelo firme de un hijo

sobre el que puede exclamar: «Mis padres serán débiles, pero he descubierto que en su compromiso de amor son fuertes».

Decía san Agustín: «Soy un niño pequeño, pero mi Padre es todopoderoso». Como el niño del avión. Esa experiencia es importante vivirla en el seno de la familia, en distintos niveles, en distintos momentos de la vida. Una de las heridas principales de nuestro tiempo es la herida de la inseguridad. Es terrible para un niño escuchar a sus padres pelearse y que el día termine sin reconciliación.

2. La bondad y la misericordia de Dios

Uno de los versículos más breves de la Sagrada Escritura es este: «Quien no ama no ha nacido de Dios, porque Dios es amor». La misma existencia es una consecuencia de este atributo divino: Dios nos ha creado por su bondad. No tenía obligación de habernos creado, pero como el bien es difusivo, el amor de Dios nos ha dado a luz. Así es el amor de Dios hacia nosotros, un amor de misericordia.

Somos hijos de un amor que nos estructura. Con permiso de Descartes, yo suelo tomar esa famosa frase suya, «Pienso, luego existo» —que es una catástrofe, porque supone que alguien quiera entenderse a sí mismo partiendo desde sí mismo—, para reformularla: «Soy amado, luego existo». Esta máxima anticartesiana con la que quiero sintetizar la Revelación de Dios es determinante: necesitamos tener conciencia de que no estamos aquí por casualidad. Existimos porque hemos sido amados. Es más, ni tan siquiera soy amado porque sea bueno. El amor de Dios no es un pago por los méritos de mis buenas obras. No me aman por lo que soy, sino que soy porque me han amado. Esa es la verdadera base sobre la que debemos fundamentar nuestra autoestima.

El amor incondicional que recibimos en la familia es una experiencia estructurante clave en el ser humano. Sin él, no podemos alcanzar el equilibrio ni descubrir la vocación a la que hemos sido llamados. Solo cuando uno sabe que proviene de un amor incondicional y que ha sido creado para el amor, es capaz de dar lo mejor de sí mismo. Si no, va dando tumbos por la vida.

Es cierto que un padre y una madre nunca alcanzarán el grado de amor que Dios tiene hacia sus hijos, entre otras cosas, porque Dios nos ha conocido personalmente a cada uno desde toda la eternidad, antes de que viniésemos a la vida. He aquí la razón fundante de la aceptación de uno mismo: «Si Dios me ha conocido y me ha querido como soy, si desde siempre soy amable para Dios, ¿quién soy yo para no quererme? ¿Quién soy yo para no aceptarme en mi forma de ser y en mis limitaciones?». La no aceptación de uno mismo, además de suponer una falta de confianza en Dios, es fuente de multitud de complejos y sufrimientos interiores.

Mención aparte merece el pecado que puede existir en la familia de considerar a un hijo como *no deseado*. ¡Ojo, que esto puede hacer mucho daño! ¿Cómo que un hijo no deseado? Podrá ser un hijo no buscado, por decirlo de alguna manera, pero ¿no deseado? ¡Pero si lo nuestro es buscar la voluntad de Dios! ¡Si el ser padre y madre es un reflejo del querer de Dios! Luego si Dios me da un hijo, ¿quién soy yo para no desear lo que Dios me ha dado? ¡Qué gran herida se genera en la familia cuando no se acoge gozosamente la llegada de la vida, o por lo menos, cuando no nos esforzamos por reeducar nuestro querer desde el querer de Dios! Esos padres tendrían que trabajar su aceptación: «Este hijo ha sido fruto del querer de Dios y nosotros tenemos que acompasar nuestro querer al querer de Dios. Si Dios lo quiere, ¿cómo no lo vamos a querer nosotros?».

3. La sencillez y simplicidad de Dios

Dios es único (si hubiera otros dioses, ya no sería Dios, ni sería todopoderoso) y Dios es simple e indivisible (simple es lo que no es compuesto de partes). San Ireneo dice: «Si Dios es sencillo, la vida es sencilla». Luego vamos nosotros y la liamos, pero la vida es sencilla. Es nuestro pecado el que la complica. La prueba es que, cuando uno va avanzando en la vida de fe y de gracia, ve que las cosas se van haciendo más sencillas, hasta el punto de llegar a pensar: «¡Vaya líos que me montaba yo antes!». Va comprendiendo que en Dios las cosas se simplifican y se unifican.

¡Qué difícil se nos hace reflejar este atributo de Dios! La sensación de que nos cuesta mucho vivir la unidad es obvia. De hecho, yo suelo decir — medio en broma— que Jesús en el Huerto de los Olivos rezó al Padre por la unidad: «Padre, que todos sean uno». No rezó diciendo: «Padre, que todos sean plurales y distintos». No, no le hizo falta pedirle eso al Padre, porque todos somos distintos y queremos hacer valer nuestra distinción ante los demás. Lo difícil, el milagro de Dios, es sembrar en nosotros la unidad y sembrar la comunión en el seno de la familia y en el seno de la sociedad.

Una familia fuerte es aquella en la que se habla más de *nosotros* que de *yo*. Por cierto que, en el idioma vasco (euskera), cuando se tienen más hermanos, no se acostumbra a decir «mi padre», sino «nuestro padre» —«gure aita», no «nere aita»—. Siempre se utiliza la primera persona del plural. Se trata de un detalle significativo de una cultura en la que la referencia no es individual, sino familiar. Cuando uno habla, es como si fuese portavoz del resto de la familia: no hablo a título particular, sino en nombre de todos. Si en una familia se habla más de *nosotros* que de *yo*, es porque está siendo marcada por el don del Espíritu, que tiende a unirnos en ese misterio de la unidad y simplicidad de Dios. El Espíritu tiende también a remarcar más lo que nos une que lo que nos diferencia y enfatiza la heredad común y los valores que hemos recibido en el seno de la familia, donde se nos educa más para la comunión que para la autosuficiencia, frente a una cultura que subraya justamente lo contrario.

En la madurez, cuanto más se acerca uno a Dios, más sencillas e integradas ve las cosas. Por eso se dice que, en la vida, «cuando Dios te implica, te complica y, finalmente, te simplifica». Tenemos por delante una gran tarea hasta llegar a la simplificación, pero al final nos espera la unidad: todo se simplifica en Dios. Y eso se vive y se comprende en el seno de la familia.

4. La eternidad y la inmutabilidad de Dios

Dios es eterno e inmutable. En Él no hay sucesión de acontecimientos ni de horas, no tiene principio ni fin, no cambia como los seres humanos (ni de ánimo, ni de pensamiento, ni de voluntad).

Es frecuente que tengamos una sensación de estar rodeados de continuos cambios vertiginosos. Mi madre, que ahora tiene ochenta y nueve años, suele decir que no habrá otra generación como la suya, en la que en el espacio de una vida uno pueda ser testigo de tantas transformaciones. Muchas veces, cuando se lo escucho, suelo contestar: «Sí, será así, pero tú, sin embargo, eres capaz de mantener conmigo, con tus nietos y tus biznietos una unidad envidiable». En la familia recibimos la capacidad de ser una unidad, a pesar de haber sufrido noventa años de continuas transformaciones.

El inmaduro confunde progreso con velocidad. El maduro, por el contrario, descubre que el progreso nace de la fidelidad a la herencia recibida. Si somos algo es gracias a que hemos podido subirnos a los hombros de los que nos precedieron.

En nuestra cultura, la propia palabra «tradición» está ausente. Y, sin embargo, es un concepto muy importante, porque nos permite tomar conciencia de que existe una continuidad muy superior a la que pensamos. La cultura del esnobismo, esa ansiedad de estar a la última tan presente en nuestra sociedad (que te sugiere que, como acaba de salir el iPhone nuevo, tienes que tirar el anterior), es una auténtica *enfermedad*. De ella se deriva una consecuencia muy grave, como es el hecho de que termina por faltarnos el hilo conductor de la vida.

El amor a la tradición es importante para el equilibrio interior, ya que nos ayuda a enraizarnos en el Dios eterno e inmutable. El progresismo como ideología es dañino; consiste en pensar que nos tenemos que reinventar continuamente. ¡Pues no! Lo esencial de nuestra vida está ya descubierto, por la gracia de Dios. Lo cual no excluye, sino todo lo contrario, que el buen espíritu nos haya de conducir a estar abiertos a la renovación de la vida. Pero tenemos que reformarnos en la fidelidad de nuestra vocación a responder al «amor primero». La mejor reforma y la mejor renovación que alguien puede hacer es su conversión. ¡Eso sí que es reforma! ¡Volver a la fidelidad de la llamada de Jesucristo!

Ojo, porque los cambios «veleta» de los padres pueden desorientar en una familia. Cuando nosotros no educamos suficientemente nuestros cambios interiores (yo suelo remarcar mucho en Radio María que la

mortificación más agradable a Dios es la de nuestros estados de ánimo), esos vaivenes llegan a perjudicar seriamente a la familia, porque transmiten arbitrariedad, confusión y relativismo: «Hoy sí y mañana no, dependiendo de mi estado de ánimo...».

5. La veracidad y la justicia de Dios

Dios es veraz y justo. Dios es la Verdad absoluta y Dios es la Justicia, que es lo contrario del relativismo. Según la definición más común, justicia es «dar a cada uno lo que le corresponde». En el lenguaje bíblico, la justicia es la perfección de la santidad.

En la familia se conoce la verdad de nuestra vida, en contraste con las falsas imágenes que solemos proyectar fuera. Una familia sana es aquella donde verdaderamente alguien es conocido, donde se manifiesta como es, donde no tiene caretas... En la calle, inevitablemente, todos hacemos un esfuerzo por buscar la convivencia. En casa nos quitamos la careta, a veces para mal, todo hay que decirlo, porque solemos descargar nuestros defectos allá donde tenemos más confianza.

La familia es también el lugar de la corrección fraterna. ¿Dónde se corrigen hoy en día los defectos? Pues en la familia, y no sé si en algún sitio más; en la vida religiosa, en el seno de los seminarios... Difícilmente se practica la corrección fraterna en el grupo de amigos. Pero cuando se llega a practicar, estamos ante una verdadera amistad. Por desgracia, con mucha frecuencia la corrección suele ser sustituida por la crítica.

La familia es el lugar de la verdad, el lugar donde resplandecen nuestros dones y nuestras debilidades, y donde se puede y debe ser corregido. Dios es veraz y Dios es justo, y la familia es reflejo de esos atributos. Eso nos llena de una gran esperanza.

6. La inefabilidad de Dios

Dios es inefable: es mucho más de lo que podamos decir de Él. Siempre nos quedamos cortos. Es más lo que no podemos decir de Dios que lo que podemos hablar de Él y, sin embargo, estamos llamados a hablar con Él y

de Él. Dios es trascendente pero, al mismo tiempo, se hace muy cercano a nosotros para que podamos comunicarnos con Él. Ese es el misterio de la oración.

En la familia estamos invitados a que la oración sea algo natural. Radio María emite un programa en el que se retransmite una catequesis en directo, y en el que frecuentemente han participado niños andaluces, que tienen mucha gracia. En una ocasión estaba la catequista hablando con una de las niñas y le preguntó: «¿Tú por la noche rezas?». Y ella le respondió: «Sí, yo rezo, pero últimamente no». La pregunta de la catequista era inevitable: «¿Y por qué no rezas últimamente?». Y la respuesta de la niña no se hizo esperar: «Porque antes venía mi madre a rezar conmigo, pero ahora dice que está cansada». Y yo pensé: «¡Si su madre está escuchando en este momento, se la querría comer!». Pero es que los niños son así, no ocultan nada. Aquella niña soltó su respuesta tan fresca y se enteró toda España. Esa madre ha recibido un buen correctivo radiofónico... Es obvio que los padres son una mediación en la iniciación a la oración de sus hijos. Si los niños ven que nosotros no oramos o sustituimos la oración con cualquier excusa, o simplemente rezamos de carrerilla por puro compromiso: «Padre nuestro, que estás en...», para de repente interrumpir con voz emocionada: «¡Calla, niño, que empieza el fútbol!», ese hijo, sin que nosotros le digamos nada, entiende perfectamente cuál es nuestra jerarquía de valores, con qué nos emocionamos y qué nos aburre, qué es lo sagrado para nosotros... ¿Podemos imaginar lo que supone para un niño comprobar que sus padres se han emocionado cuando rezaban? ¿O el grado de transmisión que tiene en unos niños ver que a sus padres se les ha escapado una lágrima mientras oraban? Eso tiene una capacidad inmensa de transmisión de la fe. Uno de los dramas que existen hoy en día es que un niño nazca sin el concepto de trascendencia, que no la haya experimentado nunca y que nadie le haya hecho entender que Dios es grande e infinito. Es muy complicado comunicar algo en términos racionales y que eso supla una experiencia que el niño debía haber adquirido con sus padres en su infancia.

La familia es el lugar en el que nos comunicamos con el Inefable, y crecemos en el sentido de la trascendencia.

Es un gran don entender la familia como reflejo de los atributos divinos. Dios permite que sus atributos se reflejen en la vida familiar para que el niño pueda crecer seguro, sabiéndose amado y protegido.

CAPÍTULO 6

Educar desde el Corazón de Cristo

Capítulo basado en la charla «Educar desde el Corazón de Cristo».

Hace años se hablaba mucho del gran reto que suponía el cambio generacional. Hoy en día apenas tiene sentido hablar de ello, porque las distintas generaciones apenas se diferencian. No olvidaré una anécdota de la que fui testigo en la Plaza de San Pedro, en Roma, descansando en torno a la columnata. Cerca de mí una madre francesa y su hija, de unos dieciocho años, contemplaban asombradas la plaza. Oí a la madre decirle a la hija: «Todo esto es un montaje, un cuento chino que se han inventado los curas para sacar dinero». A lo que su hija respondió: «Mamá, no sé. A mí me parece que esto es demasiado bello para ser falso». Me quedé impactado ante unas palabras que parecían intercambiar los papeles generacionales... Sí, está claro que hoy en día la crisis es intergeneracional. Es más, incluso puedes encontrar en los hijos unos valores espirituales que los padres perdieron hace ya algún tiempo.

El mejor modo de educar —y de reeducar— tanto a mayores como a jóvenes es hacerlo desde el Corazón de Cristo. En 2017, los Obispos del País Vasco y Navarra publicamos una Carta Pastoral conjunta llamada *Me enseñarás el camino de la vida*[\[47\]](#), en torno a los desafíos contemporáneos de la educación. No pretendo en este momento hacer un resumen del contenido de dicha Carta Pastoral, pero sí me voy a inspirar en ella para extraer unas claves de cómo educar desde el Corazón de Cristo.

LA PEDAGOGÍA DE JESÚS

Jesús es el paradigma del educador. Cuando decimos que Jesús es la revelación del Padre, pensamos que es debido a que transmite los contenidos de la Revelación: todo lo que ha oído al Padre nos lo ha comunicado a nosotros. Eso es verdad. Pero también es revelador por la forma en la que transmite estas verdades. Su forma de hablar con los demás, de ver la realidad y de relacionarse con nosotros, constituye una auténtica revelación. Jesús no solo nos revela el *qué*, sino también el *cómo*: cómo hablar, cómo hacer apostolado, cómo educar a los niños y a todos nosotros... Todo ello lo encontramos en el Evangelio si lo leemos atentamente.

ACENTOS EN LA PEDAGOGÍA DE JESÚS

Es importante prestar atención a los acentos educativos de Jesús. ¿En qué aspectos concretos puso Jesús el acento en su tarea educativa?

1. Oración de intercesión por aquellos que quiere educar: Jesús, antes de dirigir su palabra a los que van a escucharle, primero ora por ellos al Padre. Lo vemos en diferentes pasajes del Evangelio: antes de hablar a los hombres de Dios, Jesús primero ha hablado a Dios de los hombres.

2. Gratitud: Jesús invita a ser agradecidos por tantos dones recibidos. En su Evangelio nos enseña a reconocer que estamos rodeados de los dones de Dios, así como a expresar nuestra gratitud a Dios y a los que nos rodean. ¡Cuántos pasajes evangélicos subrayan la importancia de la gratitud! Lo vemos en la parábola de los diez leprosos sanados, de los cuales solo uno retornó para dar gracias, y también en las oraciones de explícita acción de gracias de Cristo al Padre: «Te doy gracias, Padre, por haberme escuchado; yo sé que siempre me escuchas»[\[48\]](#), etc.

3. Humildad y sencillez: Jesús no pone tanto el acento en que seamos fuertes como en que seamos humildes y sencillos. Recordemos el pasaje evangélico en el que Jesús pone en medio a un niño mientras afirma: «En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos»[\[49\]](#).

4. Interioridad: Jesús educa desde dentro hacia afuera, primero cambiando el corazón y después transformando las obras. En su Evangelio nos previene que es del interior del hombre, de su corazón, desde donde brotan tanto las obras buenas como las malas (cfr. *Mt 7, 21*).

5. Verdad y caridad, unión indisoluble. Para Jesús, la verdad y la caridad son dos caras de una misma moneda. Baste recordar el pasaje evangélico de la mujer adúltera. A Jesús le traen una mujer sorprendida en adulterio y le dicen: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante

adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?»[50]. Ante la ira de los que querían apedrear a aquella mujer, en un primer momento Él no contesta; se agacha y se pone a escribir en el suelo con el dedo. Y de repente, les dice a todos aquellos hombres: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra»[51]. Finalmente, después de que los acusadores se hubiesen alejado y Jesús hubiese reafirmado su misericordia («tampoco yo te condeno»), afirma con contundencia: «Vete y no peques más». La misericordia y la verdad son inseparables.

6. Testimonio. Pero Jesús no solo es pedagogo por compartir enseñanzas, sino, sobre todo, porque se presenta a sí mismo como modelo de imitación. Solo Él puede decir en verdad: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»[52]. Ciertamente, este aspecto de su pedagogía —ser modelo de imitación— debe ser compartido por todo educador, aunque es obvio que en una medida muy distinta. En efecto, Jesús es el único a quien podemos imitar, a quien podemos seguir sin riesgo ninguno de despersonalizarnos, sin riesgo ninguno de idolatría, porque es el verdadero Dios.

¿De dónde adquirió Jesús esa pedagogía? No hay la menor duda de que es el Hijo del Padre y que posee ciencia divina, pero también es verdad que Jesús tuvo como modelos humanos a María y José y aprendió de ellos. Cuando Jesús dijo en el Evangelio: «Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha»[53], ¿no estaría utilizando una expresión aprendida del ejemplo de san José, que hacía el bien y vivía la virtud oculto a los ojos de los hombres, pero siempre presente a los ojos de Dios? Cuando vemos las reacciones de Jesús, en ellas podemos reconocer también las de sus padres. Igual que nos pasa a nosotros: cuando yo escribo, cuando yo hablo, detrás de mí están Ignacia y Esteban, mis padres. Hemos recibido los dones de Dios a través de intermediarios que nos han dado signos de cómo ser testigos de la verdad.

Debemos enamorarnos del Evangelio, viendo en él a un Jesús que es revelador del Padre y revelador de lo mejor que se puede aprender de los mayores maestros que ha dado a luz el género humano: José y María.

CINCO CLAVES DEL RETO EDUCATIVO

Fruto de la suma de tantas enseñanzas de la pedagogía evangélica y de la experiencia educativa de la Iglesia, con una necesaria reflexión sobre la emergencia educativa del momento presente, me atrevo a presentar estas cinco claves del reto educativo actual.

1. El equilibrio afectivo

Para que la educación sea posible, es fundamental que la persona crezca en un entorno con el necesario equilibrio afectivo. Ese equilibrio solo será pleno si experimentamos el amor incondicional, tanto por parte de la familia como por parte de Dios: «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo nunca te olvidaré»[\[54\]](#). Ese versículo de Isaías es el que tiene que fundamentar la educación, porque posibilita el equilibrio afectivo.

El gran número de personas que sufren heridas afectivas en nuestros días es, en buena medida, la principal razón del elevado fracaso escolar y de la llamada emergencia educativa. Una familia estable es el mejor pilar para poder abordar con éxito cualquier proyecto educativo.

2. Creer en la verdad y desear conocerla

Educar bajo la perspectiva del relativismo resulta antagónico con la propia vocación educadora. Es como pretender enseñarle a alguien a nadar en una piscina sin agua. Si no hay agua, ¿cómo aprender a nadar? Si no hay verdad, ¿cómo vamos a educar?

El deseo de saber solamente encuentra una respuesta satisfactoria cuando se afirma la existencia de una verdad objetiva. El relativismo imposibilita la filosofía, la ética y, en definitiva, la educación.

El relativismo es inhibidor del esfuerzo educativo; viene a ser una especie de inmunodeficiencia, tanto en el terreno intelectual como en el moral. Con frecuencia, el relativismo nace de una hipertrofia sentimental del *yo*. En efecto, cuando alguien es un narcisista que solo piensa en sí mismo, sufre un profundo desequilibrio afectivo que suele desembocar en una formulación relativista. El narcisismo y el relativismo hacen una pareja perfecta, cuasi indisoluble, que se acaba condensando en un «todo vale» que termina por herir a las personas y les impide crecer.

Jesús es un verdadero antídoto contra el relativismo. Con frecuencia le escuchamos en el Evangelio: «En verdad, en verdad os digo». Es un enamorado de la verdad: «He venido para dar testimonio de la verdad»[\[55\]](#); «santificalos en la verdad: tu palabra es verdad»[\[56\]](#). Y cuando Pilato se dirige a Él para preguntarle: «¿Y qué es la verdad?»[\[57\]](#), Jesús permanece en silencio, sugiriendo el misterio que ha revelado a lo largo de su vida: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»[\[58\]](#).

El segundo reto de la educación, por lo tanto, es creer en la verdad y educar en la capacidad de acogerla. La educación ha de posibilitar el crecer en el deseo de ir conociendo una verdad a la que no tendremos acceso en plenitud hasta alcanzar la unión con Dios. Dios es la Verdad absoluta y nos ha creado con capacidad para conocerle, con hambre de Él. Así lo expresaba san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti».

3. La fortaleza interior

La fortaleza impide que nos derrumbemos ante las frustraciones, permaneciendo constantes en la lucha de la vida. Ninguna meta que merezca la pena se alcanza sin esfuerzo y sin cruz. El recorrido es largo y triunfa el que persevera.

Es importante distinguir entre tener fuerza y tener fortaleza. Hay gente que posee fuerza, pero no fortaleza. Para entender la distinción, no está de más reflexionar en el hecho de que, generalmente, los varones tenemos más fuerza física que las mujeres, pero no más fortaleza. Por ejemplo, en los hombres hay un índice de suicidio muy superior al de las mujeres, lo que

quiere decir que tenemos menos fortaleza para aguantar las contrariedades de la vida.

Se requiere más fortaleza para ser manso que para ser osado, para dominarse a uno mismo que para dominar a los demás. El Papa Benedicto XVI lo explicaba así en unas palabras que nos dirigió a los obispos: «El obispo ha de ser valeroso. Ese valor o fortaleza no consiste en golpear con violencia, en la agresividad, sino en el dejarse golpear y enfrentarse a los criterios de las opiniones dominantes»[59]. La mayor muestra de fortaleza es la paciencia con uno mismo y con los demás. Educar en la fortaleza es educar en la paciencia, que es hija de la esperanza y madre de la perseverancia.

El Corazón de Jesús nos educa en la fortaleza interior. Como decía nuestro querido san Juan Pablo II, Jesús no se bajó de la cruz. Él nos enseña a abrazar la cruz: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya»[60]. Nuestro director espiritual en el seminario nos animaba a tener devoción al *santo clavo*: «Si tú has tomado la decisión de hacer una hora de estudio, se lo ofreces al Señor. Pones ahí el reloj, haces la ofrenda y no te levantas hasta que no pase la hora».

La fortaleza interior hay que labrarla y sin ella no hay educación. No olvidemos que es un don del Espíritu Santo, y por lo tanto ha de ser pedido al mismo tiempo que ha de ser procurado. Educar bien es educar en la fortaleza interior, lo cual es incompatible con pretender comprar el cariño de los niños satisfaciendo todos sus caprichos.

4. Educar sobre una libertad anclada en la verdad

En este punto nos referimos al equilibrio necesario entre libertad y disciplina, entre el reconocimiento del sentido de la autoridad y el crecimiento en libertad, así como en capacidad de tomar decisiones. Existe una tremenda crisis del sentido de la autoridad, por lo que es muy difícil llevar adelante la tarea educativa. Nuestra cultura ha cuestionado y desdibujado en gran medida la figura del padre, dando a luz a una libertad huérfana, desnortada y autorreferencial.

Para entender bien el concepto de libertad es necesario analizar su mayor enemigo, el pensamiento ateo, que sostiene que, «si hay Dios, si existe una autoridad suprema, no hay libertad humana». Sin embargo, el pensamiento cristiano afirma exactamente lo contrario: «Si no hay Dios, no hay libertad en el hombre». Solo Dios hace posible la libertad humana, porque la nuestra es una participación de la libertad de Dios. Y cuando Dios nos da una ley —cuando nos da los Mandamientos, por ejemplo—, no nos resta libertad, sino que nos ayuda a liberarnos. Libertad no es sinónimo de libre albedrío, sino que es, como decía san Agustín, «la capacidad de hacer el bien». Una libertad perfecta es la del prudente, puesto que es una libertad anclada en la verdad.

Jesús unió para siempre verdad y libertad cuando proclamó: «La verdad os hará libres»[\[61\]](#). Solo la gracia del Espíritu Santo puede solucionar el conflicto entre libertad y obediencia, ya que el camino de la libertad pasa por habituarse a la obediencia. Miguel de Unamuno, un espíritu muy atormentado que durante años luchó entre la creencia y la increencia, tenía una esposa con una profunda fe. Su mujer constituía para él un testimonio de vida cristiana, hasta el punto de que le llevó a escribir: «Quiero vivir y morir en el ejército de los humildes, uniendo mis oraciones a las tuyas, con la santa libertad del obediente»[\[62\]](#). ¿Qué quería decir Unamuno con eso? Que se veía a sí mismo menos libre que su mujer, que era obediente a Dios. No olvidemos que la mujer más libre del mundo es la que afirmó ser la esclava del Señor.

5. Equilibrio entre educación personal y educación comunitaria

Jesús educa de forma personalizada en un contexto comunitario. Educó uno a uno a sus apóstoles, al mismo tiempo que los educó como «colegio apostólico». Cada uno de nosotros somos únicos e irrepetibles; Jesús nos conoce a cada uno personalmente, como una madre conoce a cada hijo y lo sabe tratar según su necesidad. Yo no he escuchado nunca a una madre de cuatro hijos decir: «¡Qué iguales son mis hijos!». Más bien oigo lo contrario: «¡Qué distintos son!». Y según sea cada hijo, así lo trata su madre.

Jesús hacía lo mismo con los apóstoles y eso le acarreó algún problema. Después de preguntarle a Pedro tres veces si le amaba, le pidió: «Ven y sígueme». Cuenta el Evangelio que por detrás se acercaba Juan[63]. Y aquí encontramos un texto verdaderamente iluminador de nuestra realidad. Pedro le pregunta a Jesús, refiriéndose a Juan: «Señor, y este ¿qué?». Y le responde Jesús: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme»[64]. Ese «¿a ti qué?» es muy significativo en los labios de Jesús. Parece estar queriendo decir: «Ya te estás queriendo tú comparar con el otro. ¿Por qué tienes tú que ser igual que Juan? Tú, Pedro, eres distinto de Juan. Yo tengo un designio para él que es distinto al tuyo». Ese «¿a ti qué? Tú ven y sígueme» subraya que la educación debe tener un carácter personal. Saber educar es saber acompañar a cada uno, discerniendo lo que Dios le pide.

Pero, al mismo tiempo, es esencial educar en un contexto comunitario, sin caer en singularismos. En el capítulo 71 de la Regla de San Benito hay un pasaje donde él habla de los grados de humildad y de soberbia. San Benito afirma que una tendencia típica de la soberbia es la del monje o del novicio que pretende ser diferente y tener siempre algún permiso especial. Lo que san Benito indica es que todo monje se tiene que poner en la fila y aprender a ser uno más. Jesús, cuando fue a bautizarse al río Jordán, se puso en la fila mezclado entre la multitud. Enseñó a sus apóstoles a purificar su tendencia a la singularidad en la vida comunitaria.

En el Evangelio tenemos luz suficiente para ver de qué manera educar en la familia, en la escuela y en la sociedad.

Os invito a confiar en el Evangelio y a recibir con atención las palabras de vida que se nos proclaman. Así nos iremos empapando de la personalidad de Jesús, lo que nos capacitará para ser educadores y testigos suyos.

CAPÍTULO 7

La aportación de la familia a la sociedad

Capítulo basado en la conferencia «La aportación de la familia a la sociedad».

NUESTRA VOCACIÓN SOCIAL

Todos tenemos una vocación social: estamos llamados a mejorar el mundo. Conviene recordar esto en un momento de hegemonía del individualismo, en medio del que se corre el riesgo de que cada uno quede encerrado en su propia burbuja. Tras la crisis de las utopías políticas y sociales, acontecida después de la caída del Muro de Berlín, teníamos la esperanza de que aquello se encauzase hacia un humanismo cristiano, en una Europa que redescubriese sus raíces, siguiendo el llamamiento que hizo san Juan Pablo II: «Europa, ¡sé tú misma!»[\[65\]](#). Pero no fue así.

Como elemento positivo, hay que destacar que la solidaridad está en alza como valor. Los movimientos solidarios están bien vistos, si bien es cierto que se trata de una solidaridad más ideológica que práctica. Con frecuencia es invocada a modo de bandera, sin que acabe configurando la vida. ¿Qué quiero decir con esto? Que hay un gran riesgo de que la solidaridad sea virtual. En realidad, para mejorar el mundo, todo lo que no parta de una verdadera conversión personal puede llegar a reducirse a una «pose» solidaria. Voy a centrarme en dos hechos que evidencian la posibilidad de que esto ocurra:

1. El hecho de que exista una crisis de natalidad tan grande en nuestra sociedad supone claramente una no apuesta por mejorar el mundo y constituye un olvido de nuestra vocación social. La crisis de natalidad tiene causas muy complejas, pero no es cierto que la causa determinante sean las dificultades económicas. La prueba es que las clases más pudientes no

tienen un índice de natalidad mayor, luego tampoco puede achacarse la crisis exclusivamente a los problemas económicos. El fenómeno tiene unas dimensiones preocupantes, y en Europa ya son muchos los países en los que el número de fallecimientos supera al de nacimientos. Una sociedad que sustituye la paternidad responsable por la paternidad confortable no es solidaria. Detrás de la crisis de natalidad se esconde una crisis de esperanza, así como de narcisismo.

2. El hecho de que ahora esté debatiéndose el tema de la eutanasia y se plantee el supuesto derecho a quitarse la vida es también muy significativo. Más allá de las creencias religiosas, uno ha de entender que no es dueño de sí mismo. San Agustín lo expresó claramente: «Yo soy yo, pero no soy mío», sin olvidar que nuestros actos condicionan los de los demás. ¿Cuántas personas, en momentos de crisis, habrán tenido tentaciones de quitarse la vida y no lo han hecho porque han pensado en su familia y amigos? Pues bien, esto también es tener vocación social o ser solidario.

La clave de nuestra solidaridad está en que configure toda nuestra vida: la maternidad, la paternidad, el cómo atendemos a los enfermos, de qué manera nos hacemos presentes en la vida de aquellos que están pasando momentos especialmente duros, etc. Si pensamos que vamos a ser capaces de transformar el mundo desde nuestras capacidades y desde nuestras iniciativas, inevitablemente nos llevaremos decepciones tremendas, que desembocarán, tarde o temprano, en el abandono de los ideales solidarios. Es frecuente que la decepción sea el fruto del choque entre las ilusiones humanas y la impotencia, la corrupción, etc.

Sin embargo, esto no le ocurre al que tiene una viva conciencia de que su vocación social nace de la iniciativa de Dios para la instauración de su Reino: «El Reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo»[\[66\]](#). El cristiano tiene que sembrar y regar, pero el Reino es obra de Dios, que se abre camino en medio de la historia. Dios va transformando el mundo y preparándolo para la parusía final.

El principal pecado de nuestro tiempo es el de no creer en la gracia y no contar con que Dios sigue actuando en la historia. En mi opinión, solamente

será perseverante en su acción social quien crea que Dios sigue presente en los acontecimientos, escribiendo derecho con renglones torcidos. A ese los fracasos no lo derrotarán, porque pensará: «Me ha salido mal, pero vete tú a saber cómo se sirve Dios de esto». No olvidemos que Dios tiene la capacidad de meter goles de tacón y con el tobillo roto. Él lleva adelante su *jugada* de salvación, mientras nosotros aprendemos a discernir dónde y de qué manera nos quiere Dios en el desarrollo de su Providencia.

Nuestra sociedad del bienestar corre otro riesgo: tender hacia una estatalización en la que las administraciones se encarguen de todo, de manera que no sea necesaria una acción social porque «para eso está el Estado». Lo que acontece en la educación es otro ejemplo que demuestra que nuestra sociedad no tiene tanta vocación social como aparenta en teoría. ¿De dónde nace esa reivindicación tan insistente en favor de una escuela pública unificada para todos, poniendo la educación bajo el pleno control del Estado? ¿Dónde queda entonces nuestra vocación a ser educadores? En la práctica, se está renunciando a nuestra vocación social cuando se aboga por una estatalización del sistema educativo, que arrebatara la responsabilidad educativa de las manos del ciudadano y de la familia. La ideología dominante califica de modo despectivo a la iniciativa social en el campo educativo, caricaturizándola como «club privado de selectos». Y obvia decir que no sirve de nada recordar la existencia de un grandísimo número de iniciativas sociales educativas dirigidas a las clases sociales más desfavorecidas. Lo cierto es que, para esta ideología dominante, el problema no es la existencia de elitismo entre las iniciativas sociales educativas, sino el mero hecho de que exista la iniciativa social.

El estado del bienestar tiene sus valores positivos, pero es ambivalente. Una vez conquistado el poder, las administraciones públicas suelen tender a controlarlo todo. El Estado se convierte en un nuevo dios, dueño y señor del destino de cada individuo; un ídolo al que hay que someterse para que solucione todos los problemas, ya sea la educación o cualquier otro capítulo del bienestar social. Así, el hombre va quedando a merced de un Estado providente, y con ello se consigue debilitar la iniciativa social, haciendo innecesaria cualquier institución intermedia entre el Estado y el ciudadano.

Vamos hacia un modelo en el que cada vez hay más Estado y menos sociedad.

Frente a esta tendencia, la Doctrina Social de la Iglesia reivindica el principio de subsidiariedad, desde el que cabe contrarrestar ese influjo estatista, especialmente en cuatro ámbitos: la familia, la educación, la empresa y la Iglesia.

LA APORTACIÓN SOCIAL DE LA FAMILIA

La experiencia nos dice que la fe es necesaria para defender el principio de subsidiariedad. La *dimisión* del hombre que lo deja todo en manos del Estado proviene de haber perdido los valores trascendentes. Recuerdo un artículo de Juan Manuel de Prada que me pareció magistral por cómo reflexionaba sobre la concatenación en este proceso: «Se comienza por el desarraigo espiritual, pues es en Dios donde se encuentra el fundamento de la razón de nuestro ser, nuestro origen y destino. Se sigue por el desarraigo existencial, pues una vida sin origen ni destino entra en una angustiada crisis de sentido. Continúa con un desarraigo intelectual, pues la carencia de metafísica se suple con individualismos y utopías, a la vez que el desarraigo moral, confundiendo la voluntad con los impulsos vitales, lo cual desemboca en el desarraigo de vínculos humanos y familiares, que nos lleva a un individualismo orgulloso, que nos condena a recurrir al poder político como única forma de la salvación del caos»[\[67\]](#).

La revolución marxista fracasó porque se concentró en la alienación económica, pensando que la clave para la revolución social se encontraba en la economía: «¡Si hacemos una revolución de clases sociales, cambiaremos el mundo!». Pero se equivocó, porque dejó en un segundo plano el factor familiar. Y cierto es que, en la vida del hombre, es bastante más determinante lo que acontece en la familia que lo que tiene lugar en la empresa. La prueba, ¡cómo son las cosas! —hay que seguir confiando en que el Reino de Dios sigue abriéndose paso en nuestros días—, es que, ahora mismo, la nación de Europa que tiene un índice de confesión religiosa y de fe más elevado es Rusia, junto con Polonia. El país que fue propuesto como modelo de un estado sin Dios, en el que la catedral de Moscú fue convertida en museo del ateísmo, es considerado hoy como baluarte del cristianismo en Occidente.

Un Occidente que, actualmente, sufre el embate de la ideología de género; la cual, como dice el Papa Francisco, viene a ser como una nueva colonización ideológica, una metástasis del marxismo, bastante más inteligente esta vez, porque en lugar de centrarse en el tema económico y en la lucha de clases, se centra ahora en la clave antropológica. La ideología de género es como un intento de decir: «No lo hicimos bien, no acertamos con la revolución marxista. En esta ocasión vamos a ir a lo central, lo antropológico, la familia». Por eso tiene algo de metástasis de viejas revoluciones fracasadas.

La gran aportación que podemos hacer a la sociedad y a las generaciones del futuro es ofrecer a nuestros hijos una familia estable. Nuestros hijos no necesitan un superpapá y una supermamá, sino unos padres que se quieran mucho y que sean maduros en su forma de amarse. Lo que necesitan es una expresión de ese proyecto conjugado, para poder decir: «Esto es posible. Yo lo he vivido. No me cuentes rollos, porque yo he experimentado que la familia estable es posible». Ese es el mayor tesoro y la mayor herencia que podemos dejar a las nuevas generaciones.

Otra gran aportación de la familia es la de presentarse como escuela de socialización, donde se aprende a conjugar el *nosotros*. Uno de los grandes dramas de nuestra sociedad estriba en la falta de experiencia de fraternidad, derivada de la carencia de hermanos y de hijos. Consecuencia de ello es que el narcisismo se introduce en nuestra cultura casi inconscientemente.

La familia es el ámbito en el que se aprende a ser uno más, al tiempo que se aprende a reconocer la singularidad de cada persona. La familia es un lugar donde se rechaza la falsa ideología del igualitarismo, que provoca también un gran daño moral por ser la coartada perfecta para la masificación social y un camino hacia la esclavitud. Cualquier cosa que se presenta como distinta es considerada inmediatamente como discriminatoria. ¿Discriminatorio? Diferenciar lo distinto no es discriminar. El pensamiento políticamente correcto identifica lo no igualitario con lo injusto. Sin embargo, tan discriminatorio es tratar por igual situaciones diversas, como tratar de forma diversa situaciones equiparables. Hay que aprender a ver la singularidad de las cosas. Eso también se aprende en la

familia. En su seno aprendemos que somos uno más entre los hermanos, pero también que somos únicos e irrepetibles.

Chesterton, a quien yo cito con frecuencia porque ayuda mucho a tener un sentido crítico ante la existencia, decía: «El capitalismo, al igual que el marxismo, está en guerra con la familia. Desea que sus víctimas sean individuos, o, dicho de otro modo, átomos. Sin la familia quedamos desvalidos frente el Estado. Cuando los hombres están solos y divididos, son débiles. En realidad, la familia es un pequeño estado libre».

Creo que tenemos que reivindicar mucho el presentarnos en familia ante los demás.

CAPÍTULO 8

Disfrutar de nuestra fe

Capítulo basado en la conferencia «Cómo ser católico y no morir en el intento».

¿Cómo ser católico y perseverar? Uno de los dones que tenemos que pedir a Dios es el de la perseverancia: «Señor, dame la perseverancia. Dámela, porque de muchos es el comenzar y de pocos, el ser constante hasta el final».

La primera respuesta es la de ser auténtico, es decir, disfrutar de nuestro ser cristiano. No vale con un mero cumplimiento. Nos encontramos en un momento en el que se hace necesario vivir el gozo que nace de la experiencia interior. Sin esa experiencia interior, la perseverancia resultará inalcanzable.

Recuerdo que escuché una parábola a este respecto, que me pareció muy ilustrativa. Todos hemos conocido, aunque solo sea de oídas, cómo se desarrolla la tradicional cacería del zorro, propia de la cultura británica. Una vez que han soltado el zorro, todos los perros de la jauría salen en su persecución. Al principio, todos ellos corren, saltan y ladran al unísono. Pero a medida que pasa el tiempo y el cansancio hace mella, los perros se van descolgando poco a poco. Finalmente, solo son dos o tres los que consiguen alcanzar a la presa. Y es aquí donde se formula la pregunta de la parábola: ¿por qué han sido estos perros los que han alcanzado al zorro? ¿Y por qué se descolgaron los demás miembros de la jauría? ¿Es que estos estaban mejor entrenados o alimentados, o es que eran más jóvenes? Y en la respuesta encontramos la moraleja de la historia: no, es que resulta que los perros que alcanzaron al zorro son los únicos que lo habían visto al comienzo de la cacería, mientras que los demás no habían visto nada; corrían porque veían correr a los demás, ladraban porque escuchaban ladrar a los otros... Pero llega un momento en que se cansan de correr sin ver nada, y se dicen unos a otros: «Oye, ¿tú has visto al zorro? Porque yo no he visto nada, y me estoy cansando». Y claro, como era de suponer, se van descolgando de la jauría uno tras otro.

La moraleja es clara: la perseverancia en la vida cristiana requiere una experiencia personal, un encuentro vivo con Cristo, porque el cumplimiento del deber por sí mismo no puede garantizar la perseverancia a medio o largo plazo.

Ahora bien, junto a la experiencia interior, también es muy importante estar arraigados en la tradición. A las culturas que han cortado con su tradición les sucede lo mismo que a un árbol al que le cortan las raíces: se seca. La fe no comienza conmigo. Si hemos podido llegar a tener una cierta experiencia personal del encuentro con Dios es porque hemos podido subirnos sobre los hombros de quienes nos precedieron. En realidad, no existe ninguna contraposición entre tradición y experiencia personal. Ambas se necesitan mutuamente.

EL ENCUENTRO PERSONAL CON JESUCRISTO

No se trata de llevar una vida de fidelidad en el sentido frío de la palabra. Dios no solo es verdadero, no solo nos pide el bien, sino que además es atractivo. Mientras no sintamos la atracción de Dios, es un peligro pretender ser fiel «por decreto». Estamos rodeados de regalos que Dios nos ha dado y no los disfrutamos porque nos falta una clave de comprensión. Imagínate que estás en tu casa y llaman al timbre. Abres la puerta y te encuentras con la sorpresa de que alguien te ha regalado un ramo de flores. Lo coges, das las gracias y una propina a quien las ha traído, y luego las colocas en el lugar más bonito del salón. Viene después tu hermana y te pregunta: «Oye, ¿quién te ha traído esto?». Y le dices: «Pues no lo sé, ¿pero a que son preciosas?». Ella insiste: «¿No tenían tarjeta?». Tú le respondes: «Sí, pero la he tirado». Asombrada exclama: «¿Cómo que la has tirado? Estas flores te las ha mandado alguien que piensa en ti. Te las ha enviado por algo. Mira que si alguien está enamorado de ti y tú no te has dado cuenta... ¡Busca en la papelera, a ver dónde está la tarjeta y léela!». Creo que, de alguna manera todos podemos vernos reflejados en esta situación. Estamos rodeados de cosas bellas —una familia, tanta gente que nos quiere, amigos que están pendientes de nosotros, etc.—, y no nos hemos enterado de que todo eso forma parte de un regalo de Dios. ¡No hemos leído la tarjeta! Nos conformamos con seguir adelante, diciendo: «Qué buena está la comida»; «qué bien se está en casa»; «qué bonito está el campo», etc. ¿No te das cuenta de que el sol ha salido *para ti*? ¿Que la comida de hoy Dios te la ha regalado *a ti*? La única manera de ser cristiano en plenitud es vivir la vida cotidiana encontrándole todo su sentido: *Dios te descubre su amor en cada signo que te está mostrando*. Es un drama que alguien pase por la vida y no se percate de ello. Por ello me parece que este debe ser el primer presupuesto.

UNA PERSONALIDAD FUERTE

En los tiempos que corren, otro aspecto a tener en cuenta es que necesitamos desarrollar una personalidad fuerte, ser libres, es decir, no estar condicionados por el lugar en el que hayamos nacido o por el tiempo que nos ha tocado vivir. Decía Chesterton que el cristianismo es «el único que nos puede liberar de la esclavitud de haber nacido en un tiempo y en un lugar determinado».

En más de una ocasión he puesto a los jóvenes el siguiente ejemplo: «Imagínate que estás en el centro del campo de fútbol de tu equipo favorito. En un lado hay un graderío con veinte mil personas que te miran. Su mirada te pesa. Te sientes observado y condicionado. En el otro lado hay otro graderío donde no hay nadie. Mejor dicho, sí. Está Jesucristo ahí sentado, solo, y te mira. Él también se fija en ti. La pregunta es: “¿A mí qué mirada me condiciona más, la mirada de esos veinte mil, que parece que se me clava en el cogote, o la mirada del Señor? ¿Qué mirada es más determinante en mi vida?”».

Porque aunque no nos demos cuenta, cuando pensamos, cuando hablamos y hasta cuando callamos, lo hacemos ante una presencia. Supone una gran liberación interior el llegar a decir: «Yo voy a hacer lo que tengo que hacer, me estén mirando o no me estén mirando, con la conciencia de saber que estoy en presencia de Dios». Como estoy en presencia de Dios, el que haya mucha gente delante o no es anecdótico. Es un don de Dios por el que tenemos que luchar, porque ¡cuánto nos pesan a todos los respetos humanos! Nos cuesta mucho ser libres de la imagen que proyectamos ante los demás. A menudo he comentado que las únicas fotos buenas que te sacan son las que te hacen sin que te des cuenta... Aun sabiendo que no lo vamos a conseguir automáticamente, hemos de pedir con insistencia la siguiente gracia: «Que Dios sea mi público, y no la mirada de los demás».

Siendo seminarista me iban a dar el ministerio del lectorado cuando aún ni siquiera me había subido a un presbiterio como monaguillo. La noche anterior esperé a que todos los compañeros del seminario se fuesen a la cama, quedándome yo el último. Encendí las luces de la iglesia y me dije: «Voy a subir arriba, a ver cómo se ve la cosa desde allí». Tenía miedo escénico por pensar que iba a hacer el ridículo. Este tipo de miedos surge como consecuencia de no vivir en presencia de Dios, lo que suele originar que la mirada de los demás nos condicione excesivamente.

AFRONTAR NUESTROS MIEDOS

A veces pensamos que el miedo es solo una debilidad psicológica. No digo que no exista un factor psicológico, pero a menudo nos olvidamos de que detrás del miedo pueda esconderse una tentación. De alguna manera, el que teme sufrir, sufre de temor. El tentador tiene la estrategia de asustarnos para hacernos retroceder. San Pablo nos enseña a mirar a nuestros miedos a los ojos: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? [...] ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?» [68].

Recuerdo con mucho cariño a una religiosa francesa que tuve como catequista en mi infancia. Una tarde nos habló de la existencia del ángel de la guarda, y nos dijo que la confianza en Dios vence cualquier miedo. Yo era muy miedoso, y no me gustaba nada que, en invierno, mis padres me pidieran que bajase a la bodega para echar leña a la calefacción, porque allí todo estaba oscuro y yo veía sombras por todos lados. Aquella tarde, tras la catequesis, al llegar a casa me pidieron que lo hiciera. Cuando empecé a ver las sombras, me dije a mí mismo: «Vamos a ver, pero ¿no me han dicho esta misma tarde que, si Jesús está conmigo, no tengo nada que temer? ¿No me han dicho a mí que el ángel de la guarda es mi custodio?». Lo recuerdo como un momento de gracia en mi vida, de esos que te hacen dar un gran salto: vi que la fe vencía al miedo. Así que reflexioné: «Quieto, no corras, echa cada tronco uno por uno, sin prisas». Al ver que era capaz de hacer aquello, me animaba yo solo: «¡Lo he hecho! Ahora me voy a dar una vuelta más por la bodega». ¡Es muy importante para el crecimiento en nuestra vida espiritual que exorcicemos nuestros miedos, agobios y temores! ¡Es importante que nos riamos de ellos!

CONTAGIAR NUESTRA FE

No se trata solo de estar a la defensiva, viendo cómo *me permiten* ser cristiano. La única manera de ser cristiano es contagiarlo, compartir lo que creemos. Para poder ser cristiano hay que estar enamorado; solo los enamorados enamoran. Cuando uno está enamorado de algo, lo transmite hasta por los poros, no puede quedárselo solo para él. Dice el Papa Francisco que el que no da a Dios al prójimo, le da muy poco. Por eso nuestro apostolado tiene que ser un apostolado que incluya la transmisión de la fe. La fe crece dándola. Ocurre como cuando siendo aún estudiante, al explicar a un compañero la lección de matemáticas, comprobabas que verdaderamente tú lo habías entendido. Cuando no eres capaz de transmitir algo es que no lo comprendes del todo. Eso mismo pasa con la fe.

Del mismo modo que crece cuando se transmite, la fe mengua cuando la entierras —por miedo a compartirla con los demás, por miedo a que te cuestionen, por miedo a no estar listo—. Tal vez uno puede pensar que no está suficientemente preparado, pero que no nos quepa la menor duda de que el principal apostolado es el que transmite convicción y amor en lo que comunica: «Este siente lo que está diciendo. Se lo cree de verdad».

¡ESTAD ALEGRES!

Benedicto XVI afirmaba en alguno de sus escritos que la cultura católica se caracteriza por la alegría. Como consecuencia de la secularización de nuestro pueblo, uno ve que se están generalizando las caras de tristeza. Y es que el olvido de Dios genera una gran amargura; cuando uno le da la espalda a Dios, lo único que ve es su sombra. De la pérdida de la fe viene la tristeza del hombre, porque se le apaga su luz interior.

Por supuesto que puede existir un factor psicológico, porque hay personas profundamente cristianas que tienen que luchar con una depresión —y no por eso dejan de ser profundamente cristianas—. Pero hay que caer en la cuenta de que, más allá de los condicionamientos psicológicos, hay razones para la alegría. Un cristiano tiene que tomarse en serio la mortificación de sus estados de ánimo. Como decía santa Teresa, no podemos dejarnos llevar por las «melancolías» y estar tan pronto de *subidón* como dentro de un rato de *bañón*. Esa es otra de las características de nuestra cultura, que nuestros estados de ánimo a veces parecen la Bolsa, que hoy sube y mañana baja.

José María Pemán escribió una obra de teatro titulada *El divino impaciente* en la que recreaba la vida de san Francisco Javier. Hay una escena de la obra en la que san Francisco Javier, que estaba deseando ir a misiones, no se atreve a pedírselo a san Ignacio de Loyola, ya que él quería que aquello respondiera a una llamada de Dios y no a un deseo suyo. San Ignacio, que era perspicaz, percibe la lucha interior de san Francisco Javier y un día le aborda: «Oye, ¿tú querrías ir a misiones?». San Francisco Javier, que estaba esperando oír aquello, le responde: «Yo iría allí y entregaría mi vida y derramaría hasta la última gota de mi sangre». Entonces san Ignacio matiza: «Un poquito menos...». Y san Francisco Javier, que se da cuenta de que se había dejado llevar por el ímpetu humano, responde: «Es verdad, porque soy un pecador, porque no valgo para nada...». A lo que san Ignacio

añade: «Un poquito más, ¿eh? Un poquito más...». ¡Y es que la cosa es así! Nuestra adhesión a Cristo, el saber que Él siempre está con nosotros, nos tiene que educar en el *un poquito menos y un poquito más*.

Insisto: la mortificación que más agrada a Dios es la de nuestros estados de ánimo. No olvidemos que Dios no quiere sino nuestra felicidad. Dios nos quiere libres y es obvio que nuestros condicionamientos anímicos pueden llegar a ser una gran esclavitud. Hay razones para la alegría y, por lo tanto, hay que mortificar esas tristezas que hacen que pequeños contratiempos nos aparten de disfrutar de los dones de Dios.

Siempre he creído que el cristianismo nos da la capacidad de tener sentido del humor. Me gusta repetir esta idea: «*Reírse de los demás es sarcasmo. Reírse con los demás es amistad. Pero reírse de uno mismo es virtud*». La muestra suprema del amor y de la fe consiste en saber reírse de uno mismo y relativizar los propios agobios. La fe nos da la capacidad de salir de nosotros mismos, vernos desde fuera y darnos cuenta de que quizá nos estamos agobiando porque mi *yo* pretende colocarse en el centro del mundo y que todo gire en torno a él. Cuando uno sale fuera de sí mismo y se contempla desde Dios, se ríe un buen rato, y luego afronta la vida mucho mejor. El sentido del humor cristiano tiene una gran capacidad de exorcizar los miedos.

NO AVERGONZARSE DE LA IGLESIA REAL

A veces uno quisiera pertenecer a una Iglesia ideal y se avergüenza de la Iglesia real. Tenemos que saber que el Señor eligió a la Iglesia como es; por eso hemos de querer a la Iglesia real y no avergonzarnos de ella.

Un adolescente no suele estar a gusto consigo mismo. También yo me veía inseguro e inmaduro, y pensaba: «Un cura tiene que ser alguien muy seguro de sí mismo». Luego resulta que un día te ordenan cura, y te sigues viendo inseguro e inmaduro. Entonces piensas: «No, pero los obispos no. Los obispos, esos sí que serán maduros». Y un día resulta que llegas a ser obispo, y piensas: «Pues yo me veo igual». Entonces te preguntas: «¿Y al Papa le pasará lo mismo?». ¡Pues seguro que sí! ¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que lo maravilloso en la Iglesia es que llevamos un tesoro en vasijas de barro. Ese es el milagro de la Iglesia. Por eso me parece muy importante que amemos a nuestra Iglesia real. Nos tienen que importar muy poco las cualidades personales de este o del otro; una cosa que he ido aprendiendo es que cada uno tiene unas cualidades y que ha sido elegido por Dios para llegar a alguien. Todo el mundo es necesario mientras Dios te pida un servicio. Y cuando no, cuando la Iglesia te dice «vete a otro lado», entonces queda claro que eres perfectamente prescindible. Eres así de necesario mientras la Iglesia te llame, y así de prescindible cuando te diga lo contrario. Eso ocurre porque la Iglesia la lleva adelante el Espíritu del Señor, y no nuestras estrategias personales.

En una ocasión dijo Jesús: «Y ¡bienaventurado el que no se escandalice de mí!»[\[69\]](#). Me imagino que esa respuesta la habría dado también si alguien le hubiese preguntado: «Oye, Señor, ¿y tú no podrías haber elegido un grupo de apóstoles con un poquito mejor ojo?». Seguramente, Él respondería de nuevo: «Bienaventurado el que no se escandalice de mí. He elegido a los que creía que tenía que elegir».

SER MISERICORDIOSOS

Ya hemos hablado de que nuestra cultura se caracteriza por arrastrar muchas heridas afectivas; por una insuficiente comunión dentro de la familia que luego se transmite a los hijos; por amistades heridas; por una educación desestructurada... Este mundo tan herido necesita sobre todo una medicina: la misericordia. Una de las cosas que te da la vocación sacerdotal, cuando entras en la vida de una persona o de una familia, es descubrir que «en todos sitios cuecen habas», que en la vida de todo el mundo hay heridas y que todos estamos necesitados de misericordia.

Nuestro modo de ser cristiano tiene que estar caracterizado por la misericordia y la paciencia. Pero, ojo, tenemos que aprender a saber compaginar ardor y paciencia, que no es nada fácil. Cuenta Jesús una parábola a los suyos sobre una higuera que había en una viña y que no daba fruto. El dueño le dice al viñador que la corte, pero este le responde: «Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar»[\[70\]](#). Jesús está mostrando la paciencia del viñador, que quiere esperar y cuidar la higuera, a ver si da fruto. Pero también encontramos en el Evangelio un pasaje donde Jesús procede de otra manera, al ver que una higuera no tenía frutos: «De mañana, camino de la ciudad, tuvo hambre. Viendo una higuera junto al camino se acercó, pero no encontró en ella más que hojas y le dijo: “¡Que nunca jamás brote fruto de ti!”. E inmediatamente se secó la higuera»[\[71\]](#)... Llegado a este punto, uno se pregunta con cuál de los dos pasajes quedarse. Pues los dos son verdaderos: el Evangelio nos lleva a estar totalmente enamorados y a ser absolutamente pacientes, a ser celosos del amor de Dios y a la vez misericordiosos. Nos llama a ser exigentes con nosotros mismos y misericordiosos con los demás.

Es muy posible que la misericordia se nos haga cuesta arriba en alguna ocasión, entre otras cosas porque hemos perdido la fe en la existencia de los

ángeles y los demonios. Nos pasa con frecuencia que nos olvidamos del demonio y entonces nos equivocamos de enemigo. Cuidado, porque el enemigo no es ese vecino de enfrente que me tiene frito, ni tal o cual persona. ¡Ni siquiera es Hacienda! El enemigo es Satanás y, si me equivoco de enemigo, el diagnóstico que haga resultará erróneo y además me resultará imposible ejercer la misericordia. Aquí todo el mundo es víctima; incluso los verdugos son víctimas. Todos compaginamos un poco la vocación de verdugo y la vocación de víctima: sufrimos y hacemos sufrir.

Como en torno a este tema de la misericordia a menudo surgen muchas dudas y preguntas, voy a dedicar el siguiente tema a tratarlo con mayor profundidad.

La Madre Iglesia es capaz de proclamar unos grandes ideales de santidad y acoger al mismo tiempo a los pecadores como hijos suyos.

¡Qué gran verdad la expresada por san Agustín: «Odia el delito pero ama al delincuente»! Los cristianos tenemos que procurar que el ser misericordiosos no sea una excusa para dejar de apuntar a la santidad, y que el apuntar a la santidad no sea una excusa para dejar de ser misericordiosos.

CAPÍTULO 9

El secreto de la misericordia

Capítulo basado en la conferencia «El concepto católico de misericordia».

TRES DEFORMACIONES DEL CONCEPTO DE MISERICORDIA

¿Cuál es el concepto católico de «misericordia»? Para que se entienda mejor, comenzaré por hacer primero una descripción de las que, en mi opinión, son las tres deformaciones principales en torno al concepto de misericordia:

1. Misericordia deformada por el relativismo. Esconde de fondo la negación del pecado o, cuando menos, el intento de *desdramatizarlo*. Se traduciría en posicionarse de la siguiente manera ante la realidad del pecado: «¡Tranquilos, que no pasa nada. No importa. Dios es misericordioso!». Sin lugar a dudas, es una deformación caricaturesca del verdadero concepto de misericordia. Se confunde la imagen de Dios Padre con la de Dios «abuelo» —perdónenme los abuelos; utilizo esta comparación intentando desenmascarar la imagen de un dios al que visitamos el fin de semana para obtener de él la «paga», pero del cual no esperamos que sea exigente hacia nosotros, puesto que ese sería el rol reservado a los padres—. Nos olvidamos de que Jesucristo nos urge en el Evangelio a la conversión y a dar frutos de buenas obras. Así lo expresa san Pablo en la Carta a los Corintios: «Nos apremia el amor de Cristo»[\[72\]](#).

Como ejemplo de esta confusión generada en torno a la deformación relativista del concepto de misericordia, en la línea de un *no pasa nada*, recuerdo algo que me ocurrió con un matrimonio que estaba en proceso de

separación. La mujer me llamó y me contó llorando que su marido se había ido con otra mujer. Me preguntó si yo podía hacer algo y, obviamente, le dije que lo intentaría, además de pedirle que nos uniéramos en oración. Cuando finalmente hablé con su marido, enseguida comprobé que no tenía disposición a la conversión y que mis palabras le estaban resultando incómodas. En un momento determinado, para defenderse y justificarse, invocó a la misericordia: me pidió que fuera comprensivo y le entendiera. Yo pensé: «¿Pero qué concepto de misericordia tiene este hombre? ¡Está invocando a la misericordia para justificar que él ha dejado a su mujer y se ha ido con otra!». Invocar a la misericordia para justificar el adulterio es como invocar a la Providencia para robar la cartera del que está sentado a nuestro lado.

2. Misericordia reducida a pura emotividad. Esconde un empobrecimiento del concepto de misericordia, hasta asimilarlo a una mera sensibilidad de empatía hacia los débiles: «Pobrecillo, qué lástima me da, me siento impactado». Obviamente, es importante y necesario tener la capacidad de compadecer, comprender y consolar, pero eso se queda corto. La misericordia divina no puede consistir únicamente en un «sufro contigo, te quiero, emotivamente estoy cerca de tu sufrimiento». En nuestra cultura el *sentir misericordia* es sinónimo de sentir pena y conmoverse, pero el concepto de misericordia de Jesús va mucho más allá. Es verdad que Él sufre con nosotros y se conmueve, pero además nos sana y regenera. Hablaremos de ello.

3. Misericordia desvirtuada por la desesperanza. Es frecuente encontrar personas que dicen creer en que Dios es misericordioso, a modo de artículo de fe; profesan la fe de que Dios es amor y el Corazón de Jesús es un signo que lo manifiesta, pero lo cierto es que lo creen únicamente en teoría, pues carecen de la esperanza necesaria para llegar a aplicarlo a su caso concreto. En el fondo, piensan que su pecado es imperdonable: «Me alegro mucho de que Dios sea misericordioso, pero eso debe ser para los demás». Recuerdo una charla que di cuando era párroco de Zumárraga a los padres de los niños de catequesis. En una de las sesiones les hablé del amor cristiano y de la vivencia de la sexualidad en el noviazgo y en el matrimonio, de la visión de la paternidad, etc. Abordé el tema en toda su

amplitud y constaté que el auditorio escuchaba muy atento la exposición. Cuando terminé, una madre levantó la mano y me dijo: «José Ignacio, mira, es maravillosa esa visión del amor, de la afectividad y de la sexualidad que acabas de exponer. Tú procura educar así a nuestros hijos, pero con nosotros ya has llegado tarde». Yo le respondí: «Pues tengo una buena noticia: este mensaje tan maravilloso no es maravilloso solo en la pizarra, sino también en la vida. No es verdad que yo haya llegado tarde, ni que tú no tengas remedio, ni que este discurso no esté pensado para ti». Esta misma experiencia acontece en lo que respecta a la misericordia.

EL CONCEPTO VERDADERO DE MISERICORDIA

1. Etimología

La etimología es muy clara: *misere-*, *cord-*, *-ía*. *Misere* significa «miseria, necesidad»; *cor-* significa «corazón»; *-ía* significa «hacia». Partiendo de esto, ya tenemos una primera definición de misericordia: *el corazón —la caridad— volcado hacia el mísero*. Así es el amor que Dios nos tiene. El amor con que Dios nos ama es principalmente un amor de misericordia. Jesús nos pide, además, que ese amor de misericordia sea nuestra forma de amar, que la misericordia sea un distintivo del amor humano: «Amaos unos a otros como yo os he amado»[\[73\]](#). En sí, la misericordia sería únicamente propia del amor divino, porque solamente Dios está exento de miseria, y solo Él puede volcarse así en nosotros, los míseros. Pero Dios quiere que esa sea una característica del amor humano también, en la medida en que nos volquemos en nuestro prójimo, que es tan mísero como nosotros mismos.

2. Concepto bíblico

La Encíclica *Dives in Misericordia* de san Juan Pablo II contiene una nota a pie de página, la número 52, en la que desarrolla una exégesis bíblica sobre el concepto de misericordia, aclarando que en el Antiguo Testamento había dos expresiones hebreas con matices semánticos distintos para expresar dicho concepto: una es el término hebreo *hesed* y la otra es el término *ra' hamim*. *Hesed* es el término bíblico del Antiguo Testamento que viene a significar misericordia, en el sentido de «lealtad»: Dios es bueno y no se arrepiente nunca de su bondad hacia nosotros. Dice san Juan Pablo II que *hesed* representaría el rostro masculino de la misericordia. Del otro

concepto, *ra' hamim*, dice que viene a referirse al rostro femenino de la misericordia; subraya la ternura, el cariño y la acogida. El significado de *ra' hamim* es «entrañas» y alude a la capacidad regeneradora. ¿Qué quiere decir esto? Que Dios no solo nos ama con ternura, sino que su ternura llega a meternos en el seno materno de Dios, que nos vuelve a engendrar, y nos permite nacer de nuevo. *Nacer de nuevo* es una idea clave para entender lo que es la verdadera misericordia.

Vemos, pues, que desde el punto de vista semántico hay una equivalencia entre «corazón» y «entrañas». En el lenguaje bíblico, el concepto de corazón y el de entrañas —referidas al útero materno— son sinónimos. Puede que nos resulte extraña esa similitud, porque solemos estar un tanto condicionados por la imagen romántica del corazón, cargado de puro sentimentalismo, habiendo llegado a proyectarla sobre la imagen del Corazón de Jesús. Pero el Corazón de Jesús no representa tan solo sentimiento; significa también entraña materna, capaz de refundar nuestra vida y de hacernos renacer.

La misericordia incluye la regeneración. Jesús le dice a Nicodemo que «el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios»[\[74\]](#). Cuando Nicodemo pregunta con incompreensión y con un punto de incredulidad: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?»[\[75\]](#), Jesús le contesta: «En verdad, en verdad te digo: El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios [...]. No te extrañe que te haya dicho: “Tenéis que nacer de nuevo”»[\[76\]](#). He aquí el milagro y el gran mensaje de la misericordia: sí se puede nacer de nuevo. La misericordia no solo es compasión hacia el mísero, sino que implica la gracia que le rescata de su miseria.

Dios, cuando se vuelca en nosotros, tiene la capacidad no solamente de aliviar nuestro sufrimiento, sino también de sanar el problema de fondo, posibilitando nuestra conversión a una vida nueva. No hay situación que no sea regenerable para la misericordia de Dios.

3. Justificación y redención

Antes de continuar es preciso que aclaremos una cuestión importante: el concepto de justificación y de redención que subyacen en el de misericordia.

Hay una imagen luterana del concepto de justificación latente en nuestra cultura. Lutero partía de la experiencia de su impotencia personal para luchar contra el pecado, como le ocurrió al propio san Pablo: «Soy de carne, vendido al poder de la carne, realmente mi proceder no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo que me conduce a la muerte? ¿Quién me librá de mis contradicciones?». Desde ahí, Lutero intenta solventar su contradicción interior defendiendo la justificación por medio de la fe y no por las obras: el hombre se justifica por su acto de confianza en Dios, aunque siga pecando. Lutero recurrió a una imagen muy ilustrativa: el hombre pecador es como un montón de estiércol en medio del campo. Pues bien, la misericordia divina es como una gran nevada que deja todo el campo blanco. Nadie diría que bajo ese montón de nieve está el estiércol... Así somos redimidos, según Lutero. Dios tapa con su misericordia nuestro pecado y somos justificados por un acto de confianza en Dios. El Concilio de Trento respondió a Lutero con contundencia, aclarando que la salvación que ofrece Dios, su justificación, no consiste solamente en que Dios vaya a tapar nuestro pecado, sino en que nos santifica y nos recrea.

La misericordia de Dios no es un «yo te tapo», sino un «yo te reengendo y te hago nuevo», lo que ofrece una esperanza muy superior. No hay justificación sin santificación. Y por este motivo podemos entender el lugar que ocupa el Purgatorio, que forma parte del misterio de la misericordia purificadora y santificadora de Dios.

4. Misericordia y justicia

¡Qué daño hace esa falsa contraposición entre misericordia y justicia! A veces desconfiamos de la palabra «justicia» porque nos sugiere las arbitrariedades de los jueces humanos; otras veces la palabra justicia está

deformada, porque hay personas que cuando la reivindican, en realidad, lo que buscan es venganza. Eso sucede porque los términos están contaminados. Tenemos que purificarlos y entender que, desde el punto de vista bíblico, decir que Dios es misericordioso es decir que Dios es justo. No es que tengamos que preguntarnos: «¿Pero Dios es justo o es misericordioso?». No. Justicia y misericordia no se contraponen.

El término «misericordia» aparece pocas veces en el Evangelio. Hay un texto que suele pasar desapercibido y que es muy interesante: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante, la justicia, la misericordia y la fe»[\[77\]](#). Lo interesante de este texto es que Jesús afirma la gran importancia de la justicia, de la misericordia y de la fe, sin exclusión alguna, por lo que la contraposición entre justicia y misericordia no tiene base bíblica.

Benedicto XVI dice en *Spe Salvi*: «La gracia no excluye a la justicia, no convierte a la injusticia en derecho, no es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener igual valor. Contra este tipo de cielo y de gracia ha protestado con razón, por ejemplo, Dostoievski, en su novela *Los hermanos Karámazov*. Al final los malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas como si no hubiera pasado nada»[\[78\]](#).

Dios es justo y es misericordioso. Una cosa no quita la otra. La tentación de nuestros días es la disociación de la caridad y la verdad, cuando resulta que son un binomio indisoluble. Sin embargo, en nuestra cultura, entre verdad y caridad, ¿cuál es la fea, la antipática, la que no resulta atractiva? Obviamente, todos conocemos la respuesta: la verdad. Y no es porque seamos muy caritativos, sino porque queremos una caridad sin verdad, para poder manipularla a nuestra conveniencia. Pero no existe caridad sin verdad, ni verdad sin caridad. Continúo citando a Benedicto XVI: «Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Este es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos marginales»[\[79\]](#).

¿Qué diferencia hay, pues, entre misericordia y justicia? La misericordia se refiere a Dios que te hace justo: te recrea y te santifica. Dios nos toma tal y como somos, pero no nos deja tal y como nos encuentra: nos cambia según la medida exigente de su amor. Su gracia nos llega desde lo alto para justificarnos y nos transforma.

Siendo indisolubles misericordia y justicia, sin embargo existe un *plus*, una primacía, de la misericordia sobre la justicia. La misericordia nos ayuda a no perder la confianza y la alegría, en medio de la exigencia derivada de la justicia. Santo Tomás de Aquino lo explicaba de la siguiente manera: «Justicia sin misericordia es crueldad». Y el Papa Francisco añade: «Si no somos capaces de unir la compasión a la justicia, terminamos siendo seres inútilmente severos y profundamente injustos»[\[80\]](#). ¡Incluso «injustos»! De hecho, hay una máxima en el mundo jurídico que dice: *Summum ius, summum iuria* («máxima justicia, máxima injusticia»). La clave está en que la gracia, la caridad y la misericordia preceden a la justicia y la dan a luz. No es que Dios nos ame porque somos justos, sino que nos ama aun siendo pecadores; y porque nos ama, tenemos la posibilidad de llegar a ser justos.

En el orden lógico-filosófico, primero es la justicia y luego la caridad. Afortunadamente para nosotros, la lógica divina es distinta. A este respecto, hay un pasaje evangélico que siempre me ha llamado la atención: el encuentro de Jesús con Zaqueo. Jesús le manda a Zaqueo que descienda del árbol: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa»[\[81\]](#). Lo primero que hace es compartir la mesa con aquel hombre pecador. No sabemos de qué cosas hablaría Jesús con él. El caso es que, en un momento determinado, Zaqueo se pone en pie y le dice: «Mira, Señor, la mitad de los bienes se la doy a los pobres». Y luego añade: «Y si he defraudado a alguno, le restituiré cuatro veces más». Podría parecer que debiera haberlo dicho al revés: primero, si has defraudado a alguien, restituye, y luego ya darás tu dinero a los pobres —primero la justicia y luego la caridad—. Pero el orden es el inverso: lo primero que le brota a Zaqueo tras la conversión que se produce en su encuentro con Cristo es la caridad, y después la restitución. Si no hay caridad, no se puede ejercer la justicia, porque no existen virtudes humanas si no se viven las virtudes

teologales. La experiencia nos dice que no es posible vivir conforme a la ley natural si no somos asistidos por la gracia sobrenatural.

Una cosa es el orden lógico y otra, lo que ocurre en la realidad: el amor de Dios va por delante de nuestra capacidad humana de obrar el bien y nos capacita para que podamos ejercerlo. Ese *arranque* de Zaqueo es fruto de la gracia. Lo que nos muestra este pasaje es que la misericordia precede a la justicia y la hace posible.

IMPLICACIONES PRÁCTICAS

1. Con respecto a la primera definición de misericordia, la «caridad volcada en el mísero», lo más grave que podría ocurrir es no tener conciencia de ser pecador, ni ser consciente de la necesidad de misericordia que tenemos, porque eso supondría autoexcluirse de la misericordia. La soberbia y la autosuficiencia conllevan renunciar al banquete de la misericordia.

La conciencia de la gravedad del pecado no se adquiere verdaderamente hasta que uno ha experimentado el perdón de Dios. El hijo pródigo llegó a ser consciente de la gravedad de lo que había hecho cuando regresó a casa y su padre lo recibió. La acogida y conmoción con que su padre lo recibió le ayudaron a comprender.

Cuando nos examinemos para ver nuestro pecado, es muy importante que no descendamos en solitario a los sótanos de nuestra vida interior. Es necesario descender acompañados por Jesucristo, porque, si uno baja solo, lo más probable es que el dolor le destruya. En cambio, si bajamos acompañados por Cristo, el dolor por nuestro pecado estará iluminado por la gracia del perdón, que nos llena de esperanza y alegría.

2. En la segunda acepción de misericordia decíamos que «no solo implica la compasión hacia el mísero, sino también la gracia de Dios que lo rescata de su miseria». El Papa Francisco, en la Misa del Gallo de 2015, dijo una frase que me pareció especialmente luminosa: «El mundo es duro con el pecador e indulgente con el pecado. Por el contrario, Cristo es inflexible con el pecado e indulgente con el pecador». Como cristianos, tenemos un compromiso con la verdad y con la caridad. El Padre Garrigou-Lagrange, un famoso teólogo dominico, habla sobre la Iglesia en este mismo sentido: «La Iglesia es intolerante en los principios porque cree, pero es tolerante en la práctica porque ama. Los enemigos de la Iglesia son tolerantes en los principios porque no creen, pero son intolerantes en la práctica porque no aman».

3. La misericordia de Dios es justicia que recrea al hombre. De aquí se deriva que la auténtica justicia tenga que integrar dos dimensiones: mística y ascética. Solemos tener la tentación de vivir o una ascética voluntarista o una mística que no se encarna en la realidad ni transforma nuestra vida.

La misericordia de Dios es gratuita, pero no es barata. La distinción entre gratuito y barato es importante. Bonhoeffer ataca una visión devaluada de la gracia con contundencia: «Cuando Dios da su gracia, el hombre suda». La gracia de Dios y el esfuerzo del hombre se integran y potencian.

4. Un último peligro del que me parece importante alertar es el de volverse intolerante después de haber sido rescatado por la misericordia de Dios. Podríamos compararlo con el exfumador que se impacienta con los que fuman. A ese se le podría argumentar: «Oye, tú estabas fumando hasta antes de ayer. Ahora no puedes ser un talibán contra el tabaco, puesto que hemos estado respirando tus humos durante mucho tiempo». La paciencia es un signo de la auténtica misericordia: ten mucha paciencia con los que siguen sin ser rescatados, porque Dios la ha tenido contigo.

No podemos olvidar que aquella experiencia que dio origen al concepto luterano de justificación la hemos vivido todos, en mayor o menor medida. No es verdad que «querer es poder». Eso es puro voluntarismo. Y el voluntarismo se traduce en presunción cuando las cosas nos van bien, y en desesperación cuando las cosas nos van mal.

¿Podemos superar esta experiencia de impotencia? Lo que es imposible para el hombre, no lo es para Dios. El Dios que nos creó de la nada y que nos resucitará al final de los tiempos, puede y quiere santificarnos. Así se explica la confianza de san Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta»[\[82\]](#). Dios nos promete el milagro de la resurrección y el de la santidad. La santidad no es proporcional a la capacidad de nuestras obras. Hay un milagro de gracia por el que Dios se compromete con nosotros a hacernos santos más allá de esta vida, incluso completando su obra con la purificación posterior a la muerte en el Purgatorio.

La misericordia es el corazón y la entraña materna de

Dios, que se ha comprometido a hacernos nuevos. El que comenzó en nosotros esa obra buena de la santidad en el bautismo, la va a llevar a término.

Estamos todos en «peligro inminente» de santidad, porque es una promesa que Dios va a cumplir y su voluntad es todopoderosa.

Pregunta santo Tomás de Aquino en la Summa Theologiae: «¿Qué hace falta para ser santo?». Y responde: «Quererlo». Dios, ciertamente, lo quiere. Si tú le dejas, verás qué bien lo hará. Hablar de la misericordia es terminar diciendo: el que nos creó de la nada nos va a hacer santos, porque es eterna su misericordia.

CAPÍTULO 10

Falsas espiritualidades

Capítulo basado en la conferencia «Mística cristiana vs. ¿mística natural? ¿Es compatible el yoga con el cristianismo?».

DISTINGUIR ENTRE LO NATURAL Y LO SOBRENATURAL

En las últimas décadas se ha generalizado un problema de comprensión adecuada de la oración y de la mística cristiana. La razón principal la encontramos en el influjo que han ejercido las corrientes orientales en determinados ambientes eclesiales. Pero a este influjo hay que añadir un factor previo, en el que estas corrientes orientales han encontrado terreno abonado. Me estoy refiriendo a la confusión existente en la teología moderna en lo que se refiere a la relación entre lo «natural» y lo «sobrenatural». En mis primeros años de sacerdocio, tuve la gracia de profundizar durante la tesina sobre esta cuestión, y me di cuenta de que el equilibrio entre lo natural y lo sobrenatural condiciona en gran manera la visión de la teología y de la vida cristiana.

Algunos autores de la *Nouvelle Théologie* subrayaron tanto el deseo natural absoluto de Dios, que llegaron a negar la posibilidad de que el hombre hubiese podido ser creado sin tener como destino el Cielo. Pero en la encíclica de Pío XII *Humani Generis* se subraya que «desvirtúan el carácter de gratuidad del orden sobrenatural quienes afirman que Dios no puede crear seres intelectuales sin ordenarlos a la visión beatífica»[\[83\]](#). Aunque esto parezca una cuestión abstracta, lo cierto es que ayuda a entender la gratuidad del don de Dios que nos llama a vivir con Él. Estamos llamados al Cielo por pura misericordia de Dios.

Entre el orden natural y el sobrenatural no existe una relación de exigencia ontológica. Lo primero está abierto a lo segundo, pero va mucho más allá de lo que por sí mismo pudiera alcanzar. Por no tener esto claro, algunos teólogos terminaron por afirmar que la distinción entre el orden natural y el sobrenatural es meramente teórica y que, en realidad, todo es uno: todo lo natural es sobrenatural, y todo lo sobrenatural es natural. Ahora bien, hacer esa afirmación es tanto como decir que nada es sobrenatural.

Pero pasemos a concretar los peligros que se derivan de estos errores de partida, exponiendo algunos ejemplos:

1. Error de pensar que todo es oración: «No es necesario que yo me ponga delante del Santísimo. Si Dios está en todas partes, no tiene sentido decir que está en la Eucaristía de una manera especial. Si todo es oración, entonces tampoco es preciso invocarle de una forma explícita. Ya lo dijo san Pablo, “en Él vivimos, nos movemos y existimos”, ¿no? Total, cuando respiramos, en realidad, ya estamos rezando. No hace falta dirigirse a Dios en un diálogo; basta con respirar en profundidad».

2. Error de identificar el establecimiento del Reino de Dios con los logros de la sociedad del bienestar. Eso podría llevarnos a concluir que en Suecia y Noruega el Reino de Dios está más establecido que en ninguna otra parte del mundo. Sin embargo, hay muchas razones para pensar lo contrario. El Reino de Dios no coincide con el bienestar social, aunque está implicado en ello.

3. Error de asumir la mentalidad semipelagiana, confiando más en los medios humanos que en la gracia de Dios. Si olvidamos que «nada somos sin la gracia de Dios», la Pastoral de la Iglesia será estéril y los esfuerzos humanos serán baldíos. Baste recordar el salmo: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas»[\[84\]](#).

4. Error de equiparar obras naturalmente buenas con obras salvíficas. Para que una obra sea salvífica —para que sea provechosa para

alcanzar la vida eterna—, no basta con que se trate de una obra naturalmente buena, sino que debe estar animada por la caridad.

A estos errores se ha llegado después de un largo proceso de secularización. Como se dice popularmente: «De aquellas lluvias provienen estos lodos».

Recuerdo haber visto una capilla católica en la que, en lugar de un retablo o una imagen sagrada, había un cristal para poder contemplar la naturaleza del exterior. Es cierto que eso podría haber tenido su explicación en un contexto determinado, habida cuenta de la belleza del lugar; pero por si quedara alguna duda, las únicas palabras escritas en las paredes de aquella capilla eran: «Dios está en la roca. Dios está en el viento». Nadie duda de la presencia subsistente de Dios en la naturaleza, pero parece que nos olvidamos de que ha existido la Revelación; parece como si la presencia de Dios se disolviese en lo natural.

MÍSTICA CRISTIANA Y MÍSTICA «NATURAL»

Partimos de que la secularización ha afectado a una parte de la teología, haciéndola más vulnerable para asumir los errores que provienen de la mística oriental. Os aconsejo a todos que escuchéis el testimonio que compartió con nosotros D^a Asunción Ruiz, bajo el título de «De la New Age al cristianismo». El vídeo está en YouTube y tiene muchos miles de visitas. Desde su experiencia, Asunción Ruiz cuenta cómo había buscado la trascendencia recurriendo a distintos movimientos de la New Age, quedando insatisfecha, hasta que finalmente se encontró con Jesucristo.

Su charla era experiencial y le pedí alguna pista para poder hacer una reflexión más teológica sobre ella. Así fue como llegué a tener noticia de Fray Joseph-Marie Verlinde, un belga que hoy es prior de un monasterio benedictino en Francia. Él había sido investigador de Química Nuclear y se había adentrado en el mundo de la mística oriental, llegando a ser asistente personal de Maharishi Mahesh Yogi, uno de los gurús más famosos de la India. Profundizó mucho en los parámetros hindúes y en las prácticas orientales, por lo que entiendo que su aportación resulta muy interesante. Pues bien, me voy a servir de sus reflexiones para describir los parámetros en los que se nos presenta la tradición oriental, a la que me atrevo a calificar como *mística natural*. Es obvio que, desde el punto de vista del cristianismo, la sola expresión de «mística natural» es una *contradictio in terminis*, ya que estamos negando lo que afirmamos: negamos con la segunda palabra lo que afirmamos con la primera.

La meta de todas las técnicas orientales es encontrar el absoluto, la divinidad, y llegar a alcanzar una especie de fusión con ese absoluto —algo tan genérico como carente de concreción—. Detrás de esa filosofía de la fusión se esconde, obviamente, un panteísmo, una concepción en la que se afirma que todo es Dios. No hay una distinción entre lo sobrenatural y lo

natural. Se borran los límites entre Dios y la criatura: todo es una manifestación de Dios. Es más, yo también soy Dios. Cada uno de nosotros somos un ser divino, de forma que la clave de la espiritualidad consiste en ir creciendo en la conciencia de lo que somos: seres divinos.

En el caso del orientalismo, el problema va mucho más allá de la confusión acontecida en nuestros ambientes teológicos secularizados, donde no se distingue suficientemente el orden natural y el sobrenatural. Y digo que va mucho más allá, porque carece en buena medida de un concepto personal de Dios. Asunción Ruiz contaba en su testimonio que lo que le producía una continua insatisfacción, tanto en el budismo como en el hinduismo, así como en otras prácticas de la Nueva Era en las que se introdujo, era el no poder tener un diálogo personal con la trascendencia. ¡Es obvio que con una energía no se puede dialogar!

De una forma especial, me impactó una intuición que ella compartió y que quizá a muchos no se nos habría ocurrido. Asunción Ruiz nos explicó que, si en la filosofía de la Nueva Era había un término radicalmente denostado, es el de «pecado». Desde esta perspectiva uno podría plantearse: «¿Qué es eso de pecado? El pecado es una ofensa a un ser personal. Pero si no hay un ser personal al que ofender, no existe el pecado, ¿no?».

En la teología secularizada se ha dicho muchas veces que la Iglesia católica corre el riesgo de traumatizar a la gente con el concepto de pecado, pero decía Asunción que ella lo sintió como *liberador*. ¿Por qué liberador? Porque ella llegó a la siguiente conclusión: «¡Hay Alguien a quien le importo! Si hay Alguien a quien puedo ofender, es señal de que le importo, de que me ama». El pecado, a pesar de ser algo muy grave, revela una esperanza para el hombre, ya que el mayor sufrimiento, la mayor frustración que uno puede experimentar, es sentir que no le importa a nadie. Es un drama pensar que uno se está destruyendo y que a nadie le importe... Así pues, la existencia del concepto de pecado implica un principio de esperanza para el hombre, porque si a alguien le duele que yo me autodestruya, alguien se alegrará con mi liberación.

En Oriente, el ateísmo es perfectamente compatible con el budismo e incluso también con el hinduismo, porque las divinidades del hinduismo — Visnú, Brahma, Shiva— son más bien fuerzas cósmicas que seres

personales. Por lo tanto, el problema no está únicamente en la relación natural-sobrenatural, sino en diluir la divinidad en un «todo» o «absoluto», carente de rasgos personales. El occidente secularizado se abre a estas tendencias orientales, que están —y esta es la paradoja— tan cerca del panteísmo como del ateísmo.

La meta es romper las limitaciones de la personalidad y fundirse dentro de la totalidad del mundo, en una energía cósmica. Las técnicas que se emplean para lograrlo conducen a una cierta pérdida de la consciencia. Se supera la distinción e identidad de la propia personalidad.

¡Qué diferente de la concepción judeocristiana, en la que en la creación del mundo se distingue claramente el Creador de la criatura! En la Revelación, Dios habla y se comunica, y se distingue de aquel a quien se está comunicando. Tanto la Creación como la Revelación parten de una concepción de la distinción entre lo natural y lo sobrenatural, así como de una concepción de la relación interpersonal que Dios tiene con nosotros. Dios es persona. Y ojo, que en el colmo de la confusión, he llegado a escuchar a un teólogo jesuita decir que los cristianos debemos superar la imagen personal de Dios que nos transmite la Biblia, porque a su juicio es deudora de categorías griegas y occidentales de las que tenemos que descontaminarnos. De esta forma, se produciría la deseada unión entre Occidente y Oriente.

Obviamente, estamos ante uno de los más claros ejemplos de sincretismo relativista, que termina por vaciar la Revelación de su contenido específico. La pretensión de superar el concepto personal de Dios afecta al mismo corazón de la Revelación, cuyo núcleo es que Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— nos ama personalmente, y se relaciona con cada uno de nosotros. Es importante que nos percatemos de que lo que está en juego no son cuestiones estéticas, sino verdaderamente nucleares.

ORAR ES HABLAR CON UN «TÚ»

La oración es uno de los elementos clave para distinguir la sensibilidad cristiana de la sensibilidad de la Nueva Era, porque en la oración cristiana hay una interlocución. No es una interlocución al mismo nivel: la iniciativa ha partido de Dios y ha nacido de su gracia. Es un don de Dios que se nos comunica. Para relacionarnos con Él no tenemos que despersonalizarnos; es más, Dios dignifica nuestra propia personalidad. Dice el Concilio Vaticano II en *Gaudium et Spes* que «Jesucristo revela al hombre lo que es el hombre»[\[85\]](#). Los cristianos no solo no tenemos que disolverse en un absoluto, sino que además estamos llamados a descubrir la dignidad de nuestra identidad personal como imagen y semejanza de ese ser personal que es Dios.

EL PELIGRO DE ALGUNAS PRÁCTICAS DE LA NEW AGE

¿En qué se traduce la mística natural? Es significativo cómo en las técnicas orientales se busca adquirir una postura fetal, volver al estado embrionario en la madre y fundirse en la naturaleza. El camino de la mística natural conlleva un conjunto de ejercicios físicos que tienden a dominar la energía física y mental. El yoga, por ejemplo, trata de desbloquear la energía cósmica de la que supuestamente somos dependientes. La ubicación de esa energía, que se llama *kundalini*, se encuentra —a juicio de sus defensores— en la base de la columna vertebral. La *kundalini* es una energía que simbólicamente duerme enroscada como una serpiente en la zona del perineo y que tiene que despertarse y salir de nosotros. Crece en los canales energéticos ubicados a ambos lados de la columna vertebral, cruzándose mutuamente para que los chacras se abran y se produzca la intercomunicación con la energía universal. Por lo tanto, estamos en el nivel de lo que podríamos llamar una *mística natural*, que no va más allá de unas energías naturales de nuestro interior. Se trataría de una ejercitación de autohipnosis de la mente en la que se busca alcanzar un momento de vacío, llegando a experimentar el llamado «nirvana», que es una pérdida de la conciencia personal y una fusión con todo lo que nos rodea. Este momento suele ir acompañado de estados físicos especiales, como una ralentización del metabolismo traducida en un bajo ritmo respiratorio y cardíaco —*samadhi*—. Es cierto que este tipo de estados los pueden experimentar personas iniciadas en estas técnicas; nadie niega que ese tipo de estados puedan llegar a ocurrir. Lo que ponemos en cuestión es que se trate de mística en el sentido estricto; es decir, de algo sobrenatural.

Los cristianos creemos que la verdadera mística es la que nos permite acoger el don del Espíritu Santo que se nos ofrece en Jesucristo. Hay una gran contradicción entre la introspección inherente al *nirvana-samadhi* y la

llamada cristiana de la vocación al amor. Lo propio de la mística cristiana es la entrega en el amor: uno tiene que salir de sí mismo para darse a los demás. La entrega del amor requiere un encuentro interpersonal: no se ama si no es a un *tú*.

Desde la perspectiva cristiana, la naturaleza es ambivalente, como consecuencia del pecado. La naturaleza, al igual que todos nosotros, está herida: en ella descubrimos, por supuesto, las huellas del Creador, pero también las heridas del pecado. Tenemos que huir de una fascinación desequilibrada hacia la naturaleza: *Ecología sí, ecologismos no*.

Santo Tomás de Aquino deja muy claro que a él no le fascinan las criaturas a la hora de formular su definición de pecado: «Aversión al Creador y conversión a las criaturas». Es decir, es un pecado «convertirse» a las criaturas. A las criaturas hay que amarlas sin entregarse a ellas. La tradición cristiana tiene una mirada crítica hacia una fascinación ciega por la naturaleza, incluyendo la fascinación por las llamadas «energías naturales». Ciertamente, las mira con prevención. No es que la energía cósmica sea mala; no se nos ocurre afirmar tal cosa. Pero es que la energía cósmica también está ligada a la herida del pecado y en ella pueden estar aconteciendo cosas sobre las que el espíritu del mal tiene influjo y poder. No nos olvidemos del texto de san Pablo que dice: «Nuestra lucha no es contra los hombres de carne y hueso, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire»[\[86\]](#).

EL TESTIMONIO DEL PADRE VERLINDE

El cristianismo dirige su mirada sobre la naturaleza descubriendo en ella la huella de Dios, pero sabe que está herida y que no se debe entregar a las fuerzas cósmicas sin el necesario discernimiento.

El Padre Joseph-Marie Verlinde cuenta la experiencia de que, en la medida en que él fue saliendo de todo ese mundo oriental en el que estaba metido, fue perdiendo los poderes «naturales» que había llegado a adquirir. Por ejemplo, había llegado a alcanzar un nivel de control hipnótico muy grande; tenía capacidad de leer la mente y practicaba el *channeling* — hablar con otros espíritus—. Cuando se convirtió al catolicismo y recibió varias sesiones de exorcismo durante un proceso largo de sanación, el Padre Verlinde fue perdiendo esos poderes. La entrada en la mística sobrenatural, su encuentro con Jesucristo y el vivir en gracia, le hicieron perder aquellos supuestos poderes «naturales». A mí me impresionaron y ayudaron mucho los detalles tan luminosos que el Padre Verlinde compartió al reflexionar sobre esta experiencia. Él afirmaba: «Y no nos olvidemos de que el poder del pecado también puede estar presente en esas energías naturales». ¿Quién me dice a mí que los espíritus malignos no puedan estar sirviéndose de esa especie de energía cósmica o del *channeling*? ¿Cómo puedo yo distinguir hasta dónde llega la energía cósmica y dónde empieza la influencia de los espíritus malignos? El Padre Verlinde afirma que él no puede trazar una línea de división que delimite dónde llega una cosa y dónde empieza la segunda.

La tradición bíblica prohibió a Israel recurrir a adivinos y a nigromantes, y a cualquier otro tipo de invocación de potencialidades naturales. A Israel se le pidió que confiara en la Revelación sobrenatural de Dios, que confiara en Yahvé, y que no pretendiera obtener falsos poderes y falsas seguridades de unas «potencialidades naturales», que están también sometidas a la herida del pecado. Dios no ha querido que estas sean el

conducto para hacernos llegar la gracia de la Revelación, sino que ha dispuesto comunicarse con nosotros a través de la Sagrada Escritura.

El hombre no está llamado a diluirse ni en las energías ni en la naturaleza, sino a reinar en el universo. Recordemos que la Sagrada Escritura manifiesta que el hombre está llamado a reinar participando del señorío de Jesucristo sobre la creación[87]. Sin embargo, eso está mal visto hoy en día: «Esa concepción de reinar con Cristo sobre el mundo es poco respetuosa con la ecología». Nuestra respuesta ha de ser la que integra ambas posturas: estamos llamados a respetar la ecología y también a reconocer que el hombre ha sido constituido rey de la creación en Jesucristo. No hay que divinizar la ecología, sino utilizar responsable y prudentemente lo que nos ha sido confiado. Por medio del bautismo, todos hemos sido configurados como sacerdotes, llamados a transformar y a ofrecer a Dios este mundo.

Cuenta el Padre Verlinde que a él le hacen con cierta frecuencia la siguiente pregunta: «¿No se puede practicar un yoga cristiano?». Existen respuestas muy distintas sobre el tema del recurso al yoga por parte de los cristianos, dependiendo del nivel de experiencia que hayan tenido: no te responden de la misma manera los que han profundizado que los que lo han practicado más superficialmente. Los primeros se han dado cuenta de que no es una simple técnica de relajación. El Padre Verlinde cuenta que cuando estaba en la India le comentó al gurú Maharishi: «En Occidente hay muchos que utilizan el yoga meramente como una relajación, sin ninguna otra pretensión», y este se sonrió y le respondió: «¡Que lo practiquen, que lo practiquen para relajarse! *Kundalini* se desbloqueará y hará lo que tenga que hacer». Es decir, aquel gurú ironizó sobre la pretensión de utilizar el yoga a un nivel de simple relajación natural.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

Aunque los nuevos movimientos religiosos son diversos en sus características y en su origen, no es difícil constatar que se han ido insertando en Occidente de forma gradual y progresiva, introduciendo numerosos elementos abiertamente contrarios al mensaje de la Revelación cristiana.

Todos hemos escuchado el famoso lema «**Cristo sí, Iglesia no**», inspirado en la reforma luterana, pero ampliamente introducido en ambientes católicos secularizados. La experiencia nos dice que, tras el rechazo de la eclesiología, se ha producido una reducción de la cristología a una mera «jesusología».

Con el paso del tiempo, y bajo el influjo del orientalismo y del llamado pluralismo religioso, hemos llegado al lema «**Dios sí, Cristo no**». En este caso, Jesús ha pasado a ser una manifestación más de Dios en la historia, en medio de tantas otras.

Y, finalmente, bajo el influjo de la Nueva Era, en nuestros días sobresale el lema de «Espiritualidad sí, religión no». Recuerdo haber escuchado la siguiente comparación, tan sugerente como falsa: «Las religiones son como un vaso y la espiritualidad es como el agua. Lo importante no es con qué vaso bebas, sino que bebas el agua». Es decir, la moraleja es que lo importante no es la religión, sino la espiritualidad. Pero claro, los cristianos no podríamos aceptar nunca esta comparación, ya que Jesucristo es el Revelador del Padre: Él es el vaso y Él es el agua; Él es el dador de los dones, el mismo don, y el que nos ayuda a acogerlos.

Con quienes nacieron bajo el lema «Cristo sí, Iglesia no», los católicos mantenemos un diálogo ecuménico. Con quienes se encuadran bajo el lema «Dios sí, Cristo no», mantenemos un diálogo interreligioso. Ahora bien, con quienes están bajo el influjo de la Nueva Era, «Espiritualidad sí, religión no», es difícil entrar en esos parámetros de diálogo interreligioso.

El camino cristiano y el de la falsa mística natural son inconciliables, entre otras cosas, porque está en juego la misma concepción de la religiosidad como encuentro entre Dios y el hombre.

El cristianismo es un diálogo amoroso que desemboca en el abandono confiado del hombre al poder providente de Dios, mientras que la mística natural es una técnica humana que procura el dominio de las fuerzas ocultas en la naturaleza, con el objeto de buscar el bienestar.

CAPÍTULO 11

Enamorados de Cristo

Capítulo basado en la conferencia «Enamoramiento de Dios».

El corazón del hombre está hecho para enamorarse de Dios. Dice san Juan: «Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha alcanzado el amor la plenitud en nosotros: en que tengamos confianza en el día del Juicio, pues según es Él, así seremos nosotros en este mundo. No cabe temor en el amor, antes bien, el amor pleno expulsa el temor porque el temor entraña castigo. Quien teme no ha alcanzado la plenitud en el amor»[\[88\]](#). Esta conocida expresión de san Juan —«hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene»— nos recuerda que, aunque hayamos «conocido» el amor de Dios, en realidad nuestro conocimiento es parcial, por lo que necesitamos renovar nuestra fe en que ese amor es infinito, así como la esperanza de poder llegar a experimentarlo plenamente en el Cielo, ya que aquí solo lo podemos experimentar de forma limitada a nuestra capacidad.

Alguno puede pensar que esto del enamoramiento de Dios es algo poco creíble, más bien un término piadoso un tanto forzado... Diría, utilizando un juego de palabras, que más que poco creíble, es poco creído. Sin embargo, aunque sea poco creído, intentaremos demostrar que es creíble. Me sirvo para ello de un capítulo del libro de Amedeo Cencini *Virginidad y celibato hoy*.

La primera clarificación que hemos de presentar es que hablar de enamoramiento de Dios no es hablar de un imposible. Con enamoramiento nos referimos a un amor intenso y creativo, total y totalizador, sin límites, sin condiciones, sin restricciones y sin reservas. Entendiendo así la palabra enamoramiento, resulta natural que la criatura se enamore de su Creador. Es más, en rigor, solo quien es Amor sin límites puede ser amado sin límites; solo la bondad y la ternura infinita pueden ser amadas así. Lo metafórico es, en realidad, aplicar ese término a las relaciones humanas. Esto no quiere

decir que el enamoramiento humano no sea verdadero, pero lo es en referencia a un Amor superior. El enamoramiento, en sentido pleno, solo puede darse respecto a alguien que pueda responder al deseo de totalidad, es decir, respecto a Dios.

Tanto el judaísmo como el Islam —religiones monoteístas que comparten con nosotros un concepto personal de Dios— han utilizado este mismo término, enamoramiento, para referirse al amor a Dios. Amedeo Cencini narra el testimonio de una judía holandesa, Etty Hillesum, que fue asesinada en el campo de concentración de Auschwitz a los 29 años. De su *Diario* extrae la siguiente frase: «Las cartas a Dios son las únicas cartas de amor que se deben escribir y esa es la sensación que yo tengo de manera perpetua y constante, la de estar en tus brazos, Dios mío, protegida, abrigada, impregnada de una sensación de eternidad»[\[89\]](#). Es impresionante que una mujer judía haya escrito estas palabras, máxime si tenemos en cuenta que en el judaísmo no existe el concepto de celibato ni de virginidad en el sentido que adquieren en el cristianismo.

La segunda clarificación es que el enamorarse es la condición natural de todo hombre. Enamorarse no es una peculiaridad de quien tiene un carácter pasional. Todo ser humano está hecho para eso, para entregarse y abandonarse totalmente. Sin enamoramiento, al hombre le falta algo esencial. En el Apocalipsis podemos leer: «Porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca»[\[90\]](#). Parece que esa recusación tan fuerte de la tibieza fuera una recusación del no enamoramiento.

Antes de continuar adelante, es importante hacer una aclaración: no estamos utilizando la palabra «enamoramiento» en un sentido reductivo, aludiendo a una primera fase del amor, sino como algo presente en todas sus fases. Con la palabra enamoramiento nos referimos a un amor totalizante.

EL ENAMORAMIENTO DEL VIRGEN O CÉLIBE

Amedeo Cencini dice en su libro que a él no le gusta hablar tanto de celibato cuanto de virginidad, puesto que en el lenguaje común el término celibato suele referirse a un estado de vida, mientras que la palabra virginidad hace referencia a la esponsalidad. Por mi parte, utilizaré de forma indistinta los dos términos —célibe o virgen—, porque me parece importante redescubrir el sentido esponsal del celibato.

PASOS DEL ENAMORAMIENTO

1. Seducción de Dios: El origen del enamoramiento no está en el *yo*, sino en el *tú* de Dios. Esto es particularmente evidente en el caso del virgen, porque es Dios quien toma la iniciativa; más aún, es Él quien está enamorado y seduce más que cualquier enamorado. Eso nos recuerda la necesidad de aprender a formular también en pasiva el primer mandamiento de la Ley de Dios: *de jarse amar por Dios sobre todas las cosas*.

Ahora bien, cuando Dios nos seduce, lo hace desde la cruz, y su elección nos invita también a la renuncia. Jesucristo pide sacrificio y atrae a la soledad del desierto. Ante esta llamada, hay personas que huyen, porque la soledad de la oración les resulta dura; pero con ello están resistiéndose a la seducción de Dios que les llama al enamoramiento.

La seducción de Jesucristo es verdadera, no como esas seducciones al uso, que muestran su cara de color rosa por delante, escondiendo los problemas por detrás. Ciertamente, el Señor no es de los que esconden las dificultades.

2. Enamoramiento que ilumina la autoconciencia. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser»^[91]. Es decir, para amar a Dios son necesarias la decisión, la acción, la razón, la sensibilidad... Hace falta poner en juego toda la vida y todo latido del corazón, porque Dios es el más amable de todos los seres. En cierto sentido, el amor de Dios nos desvela quiénes somos, ya que nos hace caer en la cuenta de que tenemos muchas potencialidades aún ocultas que debemos poner en práctica para responder a su llamada.

Cuando Dios dice: «Estoy enamorado de ti» quiere decir que está totalmente enamorado. En Dios no hay partes. Dios es simple. Dios es sencillo. Sin embargo, nosotros no; nuestra complejidad interior hace que esa respuesta al amor de Dios se convierta en un gran reto para nosotros. La necesidad de responder a ese amor de totalidad te hace ver hasta qué punto

tienes que movilizar toda tu vida para que la respuesta sea total y no solo parcial, tomando conciencia de tus miedos, de tus resistencias, del vértigo que te da ese horizonte infinito que es Dios. Nadie como el enamorado de Dios conoce los muros y los subterráneos de su propio corazón.

3. Enamoramiento que funda la libertad. Ponemos bajo sospecha al que vemos «colado» por otra persona, porque suponemos que ha perdido la autonomía y la libertad. Con Dios sucede todo lo contrario, porque el enamorarse de Dios autentifica la libertad; el enamorado goza de la certeza de ser amado y de amar, que son las dos certezas de las que brota la libertad afectiva. Saberse amado libera de muchos miedos y el saberse llamado a amar libera de muchas esclavitudes, entre ellas la de mendigar afectividad y buscar compensaciones.

Ahora bien, «libre» no quiere decir aislado en una nube, al estilo zen, ajeno al sufrimiento y al dolor. Esa no es la libertad cristiana. Quien está enamorado de Dios se siente amado y amable, pero no por ello queda insensibilizado ante el amor humano como si no tuviese necesidad de él, o como si fuese indiferente ante lo que les acontece a los demás. Desde la pureza del amor de Dios crece en nosotros la sensibilidad para apreciar con agradecimiento los gestos de amor que vemos a nuestro alrededor, así como los sufrimientos, pues no podemos dejar de sufrir con el mundo.

4. Enamoramiento que extiende nuestros límites. El enamorado no fagocita al otro —«tú eres mío»—, sino más bien todo lo contrario. Soy yo el que extendiendo mis propios límites hasta los del amado, desplegándolos hacia él, hacia sus valores e intereses, para ser como él e identificarme con su destino. El amor une a los semejantes o los llega a hacer semejantes. Es una auténtica acción transformadora.

Si el corazón del célibe no está enamorado de esta forma, entonces sufrirá el peso de la vida, y carecerá de la fecundidad asociada a la paternidad de Dios. El enamoramiento de Dios, a diferencia del humano, no es exclusivo, sino inclusivo: incluye de inmediato a los otros como parte integradora de ese amor. Es capaz de abrirse en las relaciones humanas, querer a más gente y tener capacidad de empatía con los demás. Al mismo tiempo, ama sin poseer y sin exclusiones, sin sentir bloqueos.

Recuerdo una anécdota que contaba un sacerdote siciliano sobre una pregunta que le hizo un niño en catequesis: «¿Tú eres amigo de Jesús o solo trabajas para Él?». Estoy seguro de que aquel niño no era consciente de la carga que tenían sus palabras. Parece como si Dios hubiese escogido a aquel niño para que el sacerdote se examinara de su grado de enamoramiento.

5. Enamoramiento que madura la identidad. En un enamoramiento sano, debe existir un sano equilibrio entre dependencia y autonomía. El amor crea un vínculo, pero sin anular la autonomía. Esto se hace particularmente evidente en el caso del virgen o célibe. La relación intensa y apasionada con el Señor te revela tu propia identidad: lo que eres y lo que estás llamado a ser. Dice la *Gaudium et Spes*: «El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»^[92]. Es de suponer que existan algunos enamoramientos que, por el grado y la forma de dependencia, dificulten y hasta impidan la autonomía de la persona. No es el caso del enamoramiento con Dios; a mayor enamoramiento de Dios, mayor libertad y autonomía para poder amar a los demás.

6. Crecimiento en la libertad afectiva. En nuestro mundo asociamos el concepto de libertad al de independencia. Sin embargo, el amor crea un profundo vínculo, que no es compatible con la independencia. Por otro lado, amor y libertad no son incompatibles, como algunos piensan: el amor es el culmen de la libertad, porque la libertad es una cuestión de amor.

El análisis de nuestros apegos interiores nos mostrará si nuestro amor a Dios y al prójimo es una mera teoría, o si tiene la capacidad de empapar lo más cotidiano de nuestra vida. Y es que el mundo de los apegos puede hacer que los ideales se queden en papel mojado. En definitiva, no es verdadera la libertad que nos lleva a depender de lo que no estamos llamados a amar.

7. Valor para permanecer. Quizá enamorarse sea fácil; lo difícil es permanecer fiel en el amor, tanto en las alegrías como en las penas. El amor, cuando verdaderamente es amor de Dios, se caracteriza por ser permanente y no estar sujeto a altibajos. Eso no quiere decir que la pasión de los inicios permanezca con idéntica fuerza en el tiempo, pero tampoco

significa que lo propio del amor sea disminuir o apagarse. No es verdad que el ideal de la fidelidad se reduzca a evitar las traiciones.

Estamos llamados a mantener el enamoramiento. Permanecer en el amor significa no dimitir nunca del ideal de santidad. Aunque el amor tenga muchas estaciones, todas son importantes para el ciclo completo de nuestra vida cristiana. Estamos llamados a redescubrir continuamente el amor primero y a no dimitir nunca del ideal de la santidad, en medio de las consolaciones, desolaciones y los altibajos de la vida.

Lo que cualifica la existencia y el amor del célibe no es la posesión tranquila de un amor fácil. Más aún, a veces puede incluso ser positivo el que tengamos que replantearnos las causas por las que se ha enfriado en nosotros el amor primero. Lo peligroso es dejar de cuidar la llama encendida de ese amor.

8. Presencia/ausencia. Para alcanzar la madurez afectiva es necesario aprender a vivir la presencia y la ausencia del otro, hasta el punto de ser capaz de vivir la presencia en la ausencia y la ausencia en la presencia. Así sucede también en la vida del célibe o del virgen. «Cristo me llena, pero mi satisfacción no es plena». Es lógico, porque yo sé que lo que he conocido todavía es parcial y espero firmemente que mi unión con Jesucristo sea plena en el Cielo. Se trata de aprender que la ausencia forma parte también de la relación con Dios. Es necesario saber esperar. Jesús me ha dado ya las arras de la felicidad, pero la felicidad plena solamente la voy a experimentar en el Cielo.

EL CIELO ESTÁ AQUÍ

Cuando me acerco a la Eucaristía me gusta pensar: «El Cielo no será más que esto. El Cielo será estar con Jesucristo como lo estoy ahora, solo que allí podré disfrutarlo plenamente y aquí mi capacidad de disfrute es limitada. Mientras tanto, voy a tener paciencia». Nosotros solemos querer disfrutar de todo de forma inmediata, pero no podemos perder de vista que lo esencial es estar con Él. ¿Qué es lo más importante del Cielo, *estar* con Dios o *el disfrute* de estar con Dios? Yo creo que es más importante estar con Él, ¿no? Uno tiene que tener la humildad de reconocer: «Señor, estoy aquí. Llevo una hora contigo, ¡y vaya rato de oración que estoy haciendo! Este rato de oración que he hecho deja mucho que desear, pero estoy contigo y esto es el Cielo. El Cielo está aquí».

Se trata de que ahora apreciemos las arras de la presencia de Dios, y que las consolaciones que Dios nos regale las entendamos como adelantos del Cielo. De este modo, poco a poco, nos iremos capacitando para rechazar la tentación de llenar con sucedáneos la insatisfacción que se produce por el vacío generado en los momentos de ausencia. No olvidemos que esto ocurre: cuando no somos capaces de vivir en plenitud de satisfacción la vida espiritual, buscamos inexorablemente sucedáneos.

No en vano, en la propia Revelación, es Jesús quien se manifiesta como el ausente y el presente. Cristo muere y resucita, se manifiesta y se oculta. Así es el misterio de presencia y ausencia. Jesús está cerca del corazón del amante y se puede alejar de él hasta ser perdido de vista. Esto forma parte de la vida espiritual.

El virgen —aunque él viva la presencia o la ausencia de Jesús— está encendiendo una luz en el mundo, está siendo anuncio de que hay una presencia de Dios, como la lamparilla que se enciende cerca del sagrario. Lo que el célibe muestra es: «Hay Dios. Dios está aquí presente y es capaz de llenar nuestro corazón y de hacernos felices».

LAICOS ENAMORADOS DE DIOS

Es de suponer que, a estas alturas, más de uno se haya hecho la pregunta de si el enamoramiento de Dios está reservado para los célibes o vírgenes. Por una parte, lo propio de la espiritualidad matrimonial es que el esposo ame a Cristo en su esposa y que la esposa ame a Cristo en su esposo. Es decir, el enamoramiento humano está integrado en el enamoramiento a Dios. Sin embargo, eso no quiere decir que no exista una relación de amor directa entre cada cónyuge y Jesucristo. Para iluminar este aspecto, me fijo en el punto 320 de *Amoris Laetitia*:

Hay un punto donde el amor de la pareja alcanza su mayor liberación y se convierte en un espacio de sana autonomía: cuando cada uno descubre que el otro no es suyo, sino que tiene un dueño mucho más importante, su único Señor. Nadie más puede pretender tomar posesión de la intimidad más personal y secreta del ser amado y solo él puede ocupar el centro de su vida. Al mismo tiempo, el principio de realismo espiritual hace que el cónyuge ya no pretenda que el otro sacie completamente sus necesidades. Es preciso que el camino espiritual de cada uno —como bien indicaba Dietrich Bonhoeffer— le ayude a «desilusionarse» del otro, a dejar de esperar de esa persona lo que solo es propio del amor de Dios. Esto exige un despojo interior. El espacio exclusivo que cada uno de los cónyuges reserva a su trato solitario con Dios, no solo permite sanar las heridas de la convivencia, sino que posibilita encontrar en el amor de Dios el sentido de la propia existencia. Necesitamos

invocar cada día la acción del Espíritu para que esta libertad interior sea posible.

Este punto de *Amoris Laetitia* subraya que el amor esponsal con Jesucristo no está reservado exclusivamente para los célibes o vírgenes, sino que es algo inherente a la espiritualidad de todo bautizado. El anillo de esposa de Cristo que se entrega a la religiosa en la ceremonia de sus votos religiosos no es sino una explicitación de algo que es inherente a todos los bautizados. Jesucristo vino al mundo a desposarse con todos y cada uno de nosotros.

Asimismo, el anillo que se entrega al obispo en la ceremonia de su consagración episcopal, visibilizando que es esposo de la Iglesia y que está llamado a entregar su vida por ella, como hizo Jesús, recuerda a todos los bautizados que ellos también tienen una vocación a ser apóstoles de Cristo, y a entregar su vida por la Iglesia, esposa de Cristo. Las distintas vocaciones existentes en la Iglesia no son compartimentos estancos e incomunicados, sino que se iluminan mutuamente; en última instancia, porque todas ellas se insertan en la común vocación que nace de la consagración bautismal.

CAPÍTULO 12

Discernimiento de la vocación

Capítulo basado en la conferencia «La vocación» y en un audio titulado «La vocación» disponible en la web www.enticonfio.org.

LA VOCACIÓN, UNA LLAMADA A SER COMO CRISTO

La palabra vocación significa «llamada». Dios no solo te ha creado y te ha dado la vida, sino que además tiene pensado para ti desde siempre un plan personal, único e intransferible, que coincide al milímetro con tu verdadero deseo de felicidad. Él nos da a todos una vocación común, la vocación a la santidad: nos ha elegido para que seamos santos e irreprochables ante Él por el amor. La santidad es ser como Cristo; ser otro Jesús, a imagen y semejanza de Jesucristo en esta vida. Cada uno de nosotros tiene que ir descubriendo por qué camino concreto debe llevar a cabo esa tarea, porque cada uno subimos por una ladera distinta a una misma cima. No tendría sentido que nos hiciésemos el siguiente planteamiento: «Voy a ver qué ladera es la que a mí se me ocurre escoger para subir». No, la que a ti se te ocurre, no. Hay que preguntarle una y mil veces al Señor: «Señor, ¿cuál es el camino que Tú has pensado para mí?». No se trata de lo que a mí se me ocurra, sino de lo que Dios haya dispuesto para mí.

Dios te quiere de una forma muy personal y quiere tu bien y tu felicidad. Por lo tanto, la primera condición para descubrir la vocación es caer en la cuenta de que *Dios tiene un plan de amor para cada uno*. Y la segunda, *quitarse el miedo a Dios y a su llamada*. No hay que tener miedo, porque, cuando uno tiene miedo a Dios, está temiendo a Aquel que más le

quiere. ¿Tus padres te quieren?... Pues solamente hay Alguien que te quiere más que tus padres: Dios. Que el Señor te quiere (y que te quiere bien) es el presupuesto de partida. Dios te quiere más de lo que tú te quieres a ti mismo. Nosotros muchas veces no nos queremos bien y la prueba es que hacemos cosas que nos perjudican y, con mucha frecuencia, podemos llegar a ser nuestros propios carceleros. En el Evangelio hay dos afirmaciones que no son contrapuestas, aunque la primera matice la segunda. El Señor nos dijo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»[\[93\]](#). Pero como se da el caso de que no siempre nos amamos correctamente a nosotros mismos, esa afirmación se queda corta. Por eso el Señor añadió: «Amaos unos a otros como yo os he amado». Tú estate plenamente abierto a lo que Dios quiere de ti, sin ningún tipo de miedo, porque tienes muchas más garantías de ser feliz descubriendo lo que Dios ha pensado para ti, que dando cumplimiento a tus deseos. Aunque sea una creencia muy extendida, la felicidad no consiste en la ejecución de tus deseos, sino en el descubrimiento y la aceptación de la voluntad de Dios para ti, sabiendo que Dios te quiere mucho más y mejor de lo que tú te quieres a ti mismo.

Los cristianos no somos inventores, sino descubridores. Tenemos que descubrir nuestra vocación, que está inscrita en el corazón del Señor: Dios sabe lo que tiene pensado para mí y yo tengo que descubrirlo. Él quiere que yo sea santo y me va a ir dando signos e indicaciones para que descubra por qué camino ir. Pero no pensemos con esto que el Señor juega al escondite; Él muestra su voluntad a todos los que humildemente quieren conocerla. El designio de Dios para cada uno se va mostrando poco a poco en la vida; si uno está esperando a que le den una hoja de ruta en la que esté todo explicado, puede esperar sentado. El discernimiento tiene lugar mientras uno camina y se entrega, siendo consciente de que una vocación no es fruto de una única llamada aislada en la vida, sino una concatenación de llamadas. Cada vez que respondemos a una llamada del Señor nos capacitamos para las próximas; por eso, se puede afirmar que tu respuesta de hoy condiciona la de mañana.

El sí de María es un sí sostenido que no nació el día de la Anunciación, sino que fue precedido por una concatenación de síes durante toda su infancia y adolescencia. Imitando el sí de María, debes confiar en que Dios

tiene pensado un camino para ti. Fíate de Él. Aunque aún no hayas descubierto a la pareja que Dios ha dispuesto para tu matrimonio, o no tengas la certeza suficiente para entregarte en la vida consagrada, Dios tiene ya un designio para ti. Piensa que tu camino es único e intransferible y no te distraigas mirando a la derecha y a la izquierda, ni imites el camino de los demás; no sufras de tortícolis espiritual por estar fijándote continuamente en los que te rodean. Tú mira hacia adelante, hacia Jesús, y deja que Él ilumine tu camino. Lo importante no es lo que tú has soñado, sino lo que Dios ha soñado para ti. El sueño de Dios es que tú seas santo y Él tiene un camino para que ese sueño se haga realidad. Ya lo descubrirás. Tú estate atento y tranquilo. Lo importante es que el sueño de Dios no se frustre.

EL MATRIMONIO, LA VOCACIÓN NATURAL

La vocación más frecuente para un cristiano es la familia, el matrimonio. Un chico que llevaba poco tiempo saliendo con su novia compartía conmigo que él le dijo cuando empezaron a salir: «Llevo rezando por ti dos años y medio». Y que la chica, sorprendida, le contestó: «¿Pero qué dices? ¡Si me has conocido hace un par de meses!». Él le explicó: «Sí, sí, pero yo le decía a Dios: “Señor, te pido por la chica que Tú tengas pensada para mí. Yo no sé quién es, pero Tú me la descubrirás”». Lo más curioso es la forma en la que se conocieron; él era guardia suizo y estaba en el Vaticano haciendo su ronda junto a la tumba de san Juan Pablo II. Esta chica se puso de rodillas y estuvo rezando un rato con sus amigas. El guardia suizo se fijó en ella y, cuando ya se iba, le dejó un papel con su teléfono y ni se inmutó. Ella hizo la «locura» de llamarle; sin embargo, lo sorprendente del asunto no fue que ella le llamara, sino que él llevara dos años y medio rezando por ella...

¿Y cómo sabe uno si lo suyo es la vocación al matrimonio? La vocación al matrimonio se suele discernir porque existe en nosotros el enamoramiento, que es un *indicio* de que puede haber una llamada de Dios; digo *indicio* porque solo con el enamoramiento no es suficiente. Es necesario también un discernimiento.

El Señor llama a la vida consagrada, llama al sacerdocio y llama también a la vida matrimonial. Esas llamadas generalmente —porque aquí no se puede elaborar un patrón para todo el mundo— suelen acontecer de dos maneras distintas, porque la llamada al matrimonio está inscrita en la naturaleza y en el propio enamoramiento, pero la llamada al sacerdocio y a la vida consagrada no están inscritas en la naturaleza. Si alguien dijese: «Yo creo que no me atraen las mujeres y por eso pienso que Dios me llama a ser sacerdote», podríamos concluir que no tiene vocación al sacerdocio, porque la llamada a la vida consagrada nace de Dios y no de nuestras atracciones

naturales. Así pues, las dos son llamadas del Señor, pero se perciben de manera distinta (lo que no quiere decir que una persona que esté llamada a la vida consagrada no pueda haberse enamorado nunca). He escuchado a alguna persona llamada a la vida consagrada decir: «¿Y por qué me ha puesto Dios a esta chica (o a este chico) en el camino de mi vida?». A ver, no le echas la culpa a Dios... No tiene por qué haber una llamada de Dios detrás de todo enamoramiento, de igual modo que una persona enamorada puede recibir la llamada de Dios a la vida consagrada. Conozco a más de un compañero que, teniendo novia, experimentó la llamada de Dios al sacerdocio y tuvo que hacer un discernimiento y descubrir cuál era su verdadera vocación.

No digamos ya nada del enamoramiento que se puede llegar a experimentar hacia una tercera persona, cuando uno ya está casado. Es obvio que tal enamoramiento no es otra cosa que una tentación disfrazada de amor que pretende apartarnos de la vocación que Dios nos ha manifestado. Ahora bien, hechos todos estos matices, es cierto que el enamoramiento es el camino ordinario por el que empieza a manifestarse la llamada de Dios al matrimonio.

LA VIDA CONSAGRADA, UNA LLAMADA SOBRENATURAL

Es posible que Dios dé otro tipo de llamada: la de la vida consagrada, bien sea al sacerdocio, a la vida religiosa o a otras formas de consagración. ¿Y eso cómo se puede llegar a saber? En ese caso no hay un enamoramiento hacia otra persona, sino una llamada especial, sobrenatural, por la que Dios les puede decir a algunos: «Yo he pensado para ti un amor esponsal directo conmigo». ¿Eso cómo lo percibe uno? Si uno tiene planes de tener un noviazgo, y de repente siente una llamada de Jesús que le proporciona una alegría interior y una paz enormes (que no se pueden explicar de manera natural) y es capaz de renunciar a todo por seguir a Jesús, podemos hallarnos ante una llamada de Dios. Cuando yo tenía dieciséis o diecisiete años, hice unos Ejercicios Espirituales. En la Misa final, el sacerdote puso delante del altar un brasero con carbones ardiendo, invitándonos a cada uno a echar un papel en el que previamente hubiera escrito un compromiso para ofrecerle a Jesús como culminación de los Ejercicios: «Iré a misa los domingos»; «no me quejaré de la comida»; «ayudaré en casa»... En el momento del ofertorio había que echar los papeles en el brasero. Recuerdo que yo estaba en la parte de atrás de la capilla sin saber qué poner, porque no se me ocurría nada. Me quedé el último y, como me daba vergüenza no echar ningún papel, escribí mi nombre, José Ignacio, y pensé: «Jesús, lo que tú quieras. Yo no tengo ni idea». Así terminaron aquellos Ejercicios. Cuando aquella noche volví a casa, por primera vez en mi vida (jamás se me había pasado por la cabeza), me vino la idea de que Dios podía querer que yo fuese sacerdote. Yo ya le tenía echado el ojo a una chica, pero dije: «Oye, Señor, yo he firmado el papel en blanco con mi nombre, pero si Tú quieres añadir algo en ese papel, lo que te pido es que me lo digas claro». Aquella noche experimenté una alegría interior tan fuerte, a pesar de que se me rompían totalmente los planes y todo se ponía patas arriba, que concluí:

«Esto tiene que ser de Dios». Se lo dije a mi madre esa misma noche y, a la mañana siguiente, a mis compañeros de clase. Y a lo largo de todos estos años, Dios me ha dado la gracia de no dudar nunca de ello. Cuando más tarde llegué al seminario, sentía una gran curiosidad por saber cómo habían sido las llamadas de los demás, por lo que les iba preguntando a mis compañeros. Al final saqué la conclusión de que todas las historias era distintas: Dios tiene una manera concreta de llegar a cada uno.

Algunas llamadas a la vida consagrada tienen lugar en la niñez, aunque eso es cada vez menos frecuente, debido a que nuestro mundo actual machaca la inocencia, lo que hace más difícil que surjan vocaciones tan tempranas. Que nadie se ría si en alguna ocasión escucha a un niño responder que quiere ser cura, ante la típica pregunta de: «¿Y tú qué quieres ser de mayor?». Ese tipo de vocación puede ser una de las que alcanzan mayor grado de certeza y autenticidad. Por ello, ahí donde haya un niño que diga tal cosa, recemos por él. Obviamente, esa posible llamada de Dios se discernirá con el tiempo, pero Dios se comunica con mucha facilidad en un corazón inocente.

La *vocación tardía* es otra forma de ser llamado. En nuestra cultura se están retrasando los procesos de maduración y no es de extrañar que los discernimientos vocacionales también lo hagan. Recuerdo haber ido al Seminario nada más terminado el Bachillerato y no dudo de que tuviera la edad adecuada para dar ese paso; ahora, sin embargo, veo a chavales de esa edad y pienso que hemos bajado un escalón en la madurez. Pero aunque en nuestros días estas vocaciones tardías sean más frecuentes, tampoco es bueno afirmar: «Mejor una vocación tardía, porque así la persona ya sabe lo que es la vida». No, no abogemos por esto, porque es un cálculo demasiado humano, que excluye la iniciativa de Dios. Además, las vocaciones tardías tienen también sus dificultades, como es el hecho de que a esa edad uno tiene hábitos adquiridos que dificultan la docilidad a la hora de vivir como consagrado.

La vocación a la vida consagrada es un regalo inmenso. Somos tan inconscientes de ello que, al hablar de este tipo de vocación, con frecuencia solemos enfatizar lo que tiene de renuncia: «Tú fíjate, tiene una hija clarisa y otra carmelita, y están ahí encerradas detrás de unas rejas y no pueden

salir». ¡No nos enteramos! Esto hay que entenderlo bajo el prisma de la parábola del tesoro escondido; cuando uno tiene la suerte de encontrar un tesoro, vende todo lo que tiene para comprar el campo donde está enterrado. Seguro que no ha hecho en toda su vida una operación más *rentable*.

Entonces, ¿cuál es el elemento determinante para decir que uno ha sido llamado por el Señor a la vida consagrada? San Ignacio de Loyola dice que para discernir si una llamada que hemos recibido es de Dios o no, primero tenemos que ponernos en su presencia. Una vez que estemos en esa presencia y nos encontremos sosegados, debemos preguntarle a Dios si nos está llamando a la vida consagrada. Si la «respuesta» que recibes en tu interior es de una paz y de una alegría muy grande (aunque te resulte costoso), es que Dios te llama. San Ignacio afirma que la consolación es como un sello, como un signo, de la voluntad de Dios. Sin embargo, si lo que produce en tu interior es desolación y falta de paz y alegría, es que no proviene de Dios. El método del discernimiento a través de las consolaciones y las desolaciones resulta de gran ayuda, ya que difícilmente podrán explicarse por razones naturales la paz y alegría que alguien pueda experimentar ante la propuesta de renunciar a todo por seguir a Jesucristo en la vida consagrada. Eso solamente se puede entender por una razón superior a la naturaleza, por una llamada sobrenatural de Dios.

Para discernir si una llamada es de Dios o no, es del todo necesaria la autenticación por medio de perseverancia. Un sacerdote o un catequista pueden recibir una consulta de alguien que les dice: «Yo no sé si tengo vocación al sacerdocio/a la vida consagrada, porque he experimentado/he sentido...». Lo prudente en ese caso es sugerirle: «Vamos a rezarlo los dos y hablamos dentro de dos meses». Pasados dos meses, habría que hablar otra vez con esa persona: «Sigamos rezando. Vamos a hablarlo dentro de otros dos». De lo que se trata es de acompañar con la oración la evolución de la llamada, para discernir su autenticidad.

FIRMAR A DIOS UN CHEQUE EN BLANCO

Es importante distinguir entre sueño y vocación. En ocasiones hemos soñado con un futuro determinado y Dios se ve en la situación de decir: «A ver cómo hago para que este hijo mío deje ese sueño a un lado y así pueda yo enseñarle lo que le quiero mostrar». Para descubrir mi vocación no tengo que jugar a construir sueños a modo de castillo de naipes, sino que tengo que despertar donde la voluntad de Dios me quiere. He de tomarme en serio la pregunta: «¿Dónde me quiere Dios?» y no tener miedo ni a la llamada ni a la respuesta. Tú fírmale a Jesús un cheque en blanco y Él te presentará a la chica, al chico o la vocación consagrada que ha pensado para ti.

Hay dos maneras de rellenar un cheque. Yo puedo empezar escribiendo el lugar, la fecha y una determinada cantidad, para después pedirle a alguien: «¿Me lo firmas? Yo ya te lo he rellenado todo». Una segunda forma es poner la firma y luego decir: «¿Me lo rellenas?». Es muy distinto, porque en el primer caso yo digo lo que quiero —mi sueño—, y luego le pido a Dios que me ponga el sello. Sin embargo, yo tengo que firmar el cheque en blanco y dejar que Dios lo rellene y vaya iluminando mi camino. Poco a poco iré viendo signos en mi vida que me irán descubriendo el qué, cuándo y de qué manera. Si tú te fías de Él, si tú te abandonas en Él, Dios te descubrirá su camino para ti. ¡Quítate el miedo! Nadie te quiere como Él.

Si bien es verdad que podemos decir que «la vocación es un zapato hecho a nuestra medida» (a la medida de nuestra felicidad), no debemos cometer el error de identificar *medida* con *gusto*. La vocación no está necesariamente hecha a medida de nuestro gusto, puesto que los gustos necesitan con mucha frecuencia ser purificados para que conjuguen con la voluntad de Dios, así como para que puedan llegar a ser verdaderamente nuestros gustos, y no los que el mundo nos ha introducido de contrabando. Ciertamente, la vocación es un zapato hecho a nuestra medida; pero

recordemos que el zapatero-Dios no solo es el que diseña el zapato, sino también el pie.

DIOS SE BUSCA EMBAJADORES

Hay pasajes en el Evangelio en los que se ve una primera llamada a la intimidad, a conocer a Jesús más de cerca: «“Maestro, ¿dónde vives?”. Él les dijo: “Venid y veréis”. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día»[94]. Si ellos no hubiesen respondido a esa primera llamada, si no hubieran ido a ver, no habrían recibido la siguiente llamada: «“Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres”. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron»[95]. Finalmente, esas primeras llamadas se consolidan en la elección definitiva que hace Jesús de los doce apóstoles, tras pasar una noche en oración: «En aquellos días, Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró apóstoles»[96].

Cuando uno lee los Evangelios, ve que las llamadas a los apóstoles siguen un proceso y que, además de la llamada directa del Señor, hay una figura que es la de los *introdutores* o *embajadores*, personas de las que Dios se sirve para hacer su llamada: «Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)”. **Y lo llevó a Jesús**»[97].

Es importante que los introductores se limiten a llevar a la otra persona ante Cristo, sin pretender ser organizadores de su vida; de lo contrario, nos puede ocurrir como a la madre de Santiago y Juan: «Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: “¿Qué deseas?”. Ella contestó: “Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu Reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda”»[98]. Un embajador tiene que ser un instrumento del Señor, tiene que dejar a Dios ser Dios. Él es un mero administrador y no el dueño

de la finca. El embajador no distribuye ni asigna las vocaciones, sino que hace como una partera: asiste al parto, pero no más.

En la Pastoral Vocacional, el embajador —el catequista, el sacerdote, o quien corresponda— debe orar ante Dios para ser instrumento suyo, consciente de que ser instrumento implica algo muy grande y muy humilde al mismo tiempo. Ambas cosas no son incompatibles, sino más bien inseparables. ¿Por qué hay que ser humilde para ser instrumento de Dios? Sería absurdo que un pincel, ante un cuadro acabado, exclamara: «¡Qué bien me ha quedado el cuadro! Me gusta. Me siento realizado». Pero a su vez, no deja de ser impresionante que el Señor pueda servirse de nosotros.

La primera condición en nuestra Pastoral Vocacional es una buena acogida de todos los carismas, siendo conscientes de que son de Dios. Yo a los seminaristas les explico que tenemos que formarnos para poder ser padres de todos los carismas, sin necesidad de ser hijos de ninguno en concreto. Y si tenemos la gracia de ser hijos de un carisma determinado, ello no nos debe incapacitar para acompañar a los demás carismas, descubriendo en todos ellos el don de Dios.

MEDIOS PARA EL DISCERNIMIENTO

Los medios principales a la hora de discernir la vocación son tres:

1. La oración: es absolutamente necesario dedicar un espacio importante de nuestra vida a ponernos en presencia de Dios, con el objetivo último de conocer su voluntad para con nosotros.

2. El acompañamiento espiritual: hay que dejarse acompañar para discernir eso que vamos intuyendo en el espacio de la oración. Ciertamente, la decisión la tienes que tomar tú, pero ayuda mucho el que alguien te diga si eso que estás sintiendo y experimentando tiene trazas de ser verdadero o no. Una llamada de Dios es un tesoro, ¿y qué solemos hacer con un tesoro? ¿Acaso lo dejamos en la mesilla para que lo coja cualquiera? No, lo metemos en una caja fuerte. Una posible llamada de Dios hay que ponerla a buen recaudo, para abrirla delante de quien pueda ayudarme a cuidarla.

3. Perseverancia: para saber si la vocación es de Dios, un indicio es la constancia, aunque tenga sus altibajos. Una vocación a la vida consagrada no es un fogonazo que me da un día. Es una llamada sostenida. Algo semejante pasa con el noviazgo, ya que sería imprudente juzgar como definitivamente discernida la vocación al matrimonio en el primer momento del enamoramiento. Y también con la vocación consagrada, ya que el ingreso en el seminario o en el postulante no es el paso definitivo, sino un paso más en el proceso de discernimiento. Es importante dar el tiempo necesario para ver cómo maduran las llamadas de Dios.

EL CRITERIO DEFINITIVO ES LA PALABRA DE LA IGLESIA

Para discernir la vocación, el criterio objetivo definitivo lo tiene la palabra de la Iglesia. Para eso están el seminario y los noviciados; un seminario o un postulante es un lugar de discernimiento, especialmente durante los primeros años, hasta recibir el *rito de admisión*. Conozco a muchas personas que han sido tan generosas con el Señor que, a la hora de responderle, al sentir un margen de duda, han procedido de la siguiente forma: «Voy a ir al seminario (o al noviciado), porque el grado de certeza que tengo es limitado. Desde la distancia no lo veo con seguridad». Quien ante el Señor obra así tiene un grado máximo de generosidad. La Iglesia da un margen y un tiempo a esas personas para que vean si han recibido una llamada del Señor a la vida consagrada.

Hasta que la Iglesia no nos llama oficialmente, no podemos tener la plena seguridad de que la vocación sea verdadera y auténtica. Desde el día en que experimenté la llamada del Señor, no dudé nunca de ella, pero llegado el momento del paso definitivo, la víspera de mi ordenación, recuerdo haber rezado de forma especial: «Señor, el obispo me impondrá sus manos sobre mi cabeza, y recibiré las sagradas órdenes. Yo nunca he dudado de que Tú escribiste tu voluntad en aquel papel que te firmé en blanco, pero he esperado a recibir la confirmación de tu llamada a través de la Iglesia, a cuyos apóstoles encomendaste: “Lo que atéis en la tierra, quedará atado en el cielo”. Por ello, desde mañana ya no tendré derecho a dudar nunca de mi vocación, porque la Iglesia va a llamarme por mi nombre, poniendo voz a lo que escribiste en mi corazón». Y por la gracia de Dios, no me he permitido dudas vocacionales en todos estos años. En el caso de que las hubiese habido, me habría tenido que recordar a mí mismo aquella máxima: *¡duda a destiempo, tentación encubierta!*

En el momento de la ordenación se objetiva el discernimiento. En el fondo, la vocación es algo más objetivo que subjetivo. Por eso, cuando alguna vez leo un testimonio vocacional a la vida consagrada que se expresa en términos de «he escogido esta vocación porque me siento en ella realizado», no termina de convencerme, porque es un enfoque demasiado antropocéntrico, que ignora o que oculta lo principal de la vocación. El discernimiento tiene que partir de buscar lo que Dios quiere de mí, a través de la llamada de la Iglesia, no de cómo me siento yo realizado.

Si Dios te ha dado suficientes signos de que la Iglesia no te llama, no te empeñes. No hagamos como el endemoniado de Gerasa, que fue curado por el Señor y quería seguirle: «El hombre de quien habían salido los demonios le pedía quedarse con él, pero lo despidió, diciendo: “Vuelve a tu casa y da a conocer cuanto te ha hecho Dios”»^[99]. El endemoniado pensaba que debía seguir a Jesús, pero en realidad aquel deseo salía de él, pues Jesús tenía para él otros planes. Es por eso que le dice que se vuelva con los suyos. Nos puede pasar lo mismo. Hay personas a las que la Iglesia les dice: «No te vemos como seminarista» y ellos buscan otro seminario para poder seguir adelante con su idea. A esas personas habría que decirles: «¿No te han dicho que no? No te empeñes, que estás buscando tu autorrealización y no estás buscando la voluntad de Dios». Y si siguen con lo suyo y nos responden: «A ver si me busco un obispo que me ordene», sería bueno preguntarles: «¿Tú estás buscando la voluntad de Dios o un obispo despistado?».

¿DIOS LLAMA A LOS CAPACITADOS O CAPACITA A LOS QUE LLAMA?

A san Agustín le salió una sentencia redonda: «Dios no elige a los capacitados, sino que capacita a los que elige». Si tuviésemos que hacer una teología de la vocación a partir de la Sagrada Escritura, veríamos que no parece que Dios elija a los más capacitados. David era el menor de ocho hermanos y, sin embargo, el Señor lo escogió de entre todos ellos: «Tú que asientas tu majestad sobre los cielos, por boca de chiquillos, de niños de pecho, cimentas un baluarte frente a tus adversarios, para acabar con enemigos y rebeldes»[\[100\]](#).

Mateo es otro ejemplo. Si contemplamos el cuadro de *La vocación de san Mateo*, de Caravaggio, vemos a Mateo sentado a la mesa de los impuestos, con cara de sorpresa ante la entrada de Jesús, que le señala con el dedo y pronuncia su nombre. ¿Cómo es posible que Jesús se haya fijado en un recaudador de impuestos? En su sorpresa, Mateo señala a su vez a otra persona que tiene a su espalda, como diciendo: «Debe referirse a alguien que está detrás de mí». No podía creer que fuera a él a quien elegía Jesús...

Parece como si una condición para poder ser llamado tuviera que ser la conciencia de la propia incapacidad o miseria. Viendo la elección de los apóstoles, uno podría decir: «Puestos a elegir, Señor, yo habría elegido mejor. Seguro que allí había doce mejores que los que elegiste». ¡Seguro que los habría! Pero el Señor eligió a aquellos doce y nunca se avergonzó de haberlo hecho. Por expresarlo un poco en clave de humor: si Dios tiene que meter un gol, le cuesta lo mismo hacerlo sirviéndose de Messi que de alguien que tiene el tobillo lesionado.

Ahora bien, la experiencia de la Iglesia nos advierte que debemos distinguir entre nuestra conciencia de pequeñez (que no impide el crecimiento) y determinadas heridas psicológicas que pueden impedir que

una persona sea apta para la vida consagrada, o que requiera unas sanaciones previas para poder recibir la llamada de Jesús. Y añado aquí un párrafo de un documento de la Iglesia^[101] referido a la admisión y formación de candidatos al sacerdocio:

En algunos casos, sin embargo, el desarrollo de estas cualidades morales puede venir obstaculizado por particulares heridas del pasado, aún no resueltas. En efecto, aquellos que hoy piden entrar en el Seminario reflejan, en modo más o menos acentuado, los inconvenientes de una vida caracterizada por el consumismo, por la inestabilidad en las relaciones familiares y sociales, por el relativismo moral, por visiones equivocadas de la sexualidad, por la precariedad de las opciones, por una sistemática obra de negación de los valores, sobre todo, por parte de los medios de comunicación.

Todas estas heridas y situaciones tienen que ser previamente discernidas y valoradas.

Entonces, ¿el Señor llama a los capaces o capacita a los que llama? Sin duda, lo segundo. Pero puede haber determinadas heridas sobre las que no se puede construir si no han podido ser previamente sanadas. Uno no puede estar pensando en si el Señor le va a capacitar para una vocación matrimonial o religiosa sin haber abordado previamente la sanación de sus heridas, porque si se construye sobre estas, puede llegar a producirse una infección generalizada, hasta el punto de dinamitar la vocación y romper del todo a la persona. Esto no anula lo que hemos dicho: el Señor no llama a los perfectos, sino a quienes tienen la capacidad de ponerse en un proceso de sanación de su vida.

¿EXISTE LA VOCACIÓN A LA SOLTERÍA?

Ni en la Sagrada Escritura ni en la tradición de la Iglesia aparece en ningún sitio el que Dios llame positivamente a la soltería. Si un joven me dijese: «Yo me siento llamado por el Señor a la soltería, no a casarme ni a consagrarme», no dudaría en decirle que eso no suena nada bien. Así como hay una diferencia a la hora de discernir la llamada al matrimonio y a la vida consagrada, la soltería se caracteriza por ser discernida, no al modo de una llamada directa, sino por vía indirecta: en este caso se llega a descubrir la voluntad de Dios desde una realidad aceptada, no desde una realidad elegida (y no por eso es menos voluntad de Dios. De hecho, es mucho más seguro descubrir la voluntad de Dios cuando me toca aceptar que elegir).

En la vida de muchas personas hay circunstancias a las que se llega sin haberlas elegido directamente; es el caso, por ejemplo, de las personas que se quedan solteras por haberse volcado en el cuidado de sus padres, lo que ha limitado el desarrollo de sus relaciones sociales. En este sentido, está claro que ese estado es una vocación de Dios.

Pienso que la vocación de un soltero está a medio camino entre la de un consagrado y la de un casado. Por una parte, tiene una similitud en su espiritualidad a la de un consagrado, porque está configurado desde su consagración bautismal hacia la sponsalidad directa con Jesucristo, aunque no tenga unos votos añadidos de vida religiosa que lo especifiquen. Pero, por otra parte, el soltero está llamado a una inserción en el mundo, al igual que el casado. No olvidemos que los laicos consagran el mundo a Dios; están llamados a hacer presente a Cristo en medio del mundo, a *crisificar* el mundo, sin dejarse mundanizar. Me atrevería a decir que la vocación de un soltero coincide con la del casado y la del sacerdote o religioso, en la siguiente oración del ofrecimiento de obras, que muchos solemos rezar todas las mañanas:

Señor mío y Dios mío Jesucristo,
por el Corazón Inmaculado de María,
me consagro a tu corazón,
y me ofrezco contigo al Padre
en tu santo sacrificio del altar,
con mi oración y mi trabajo,
sufrimientos y alegrías de hoy,
en reparación de nuestros pecados
y para que venga a nosotros tu Reino.

Ahora bien, ¿cuál suele ser la tentación más frecuente de un soltero? El pensar que no tiene vocación propia, que Dios se ha olvidado de él y que está en tierra de nadie. Esa tentación surge probablemente ligada a una idea previa que uno se había hecho sobre su futuro; cuando ve que no se cumplen sus sueños, no es raro que entre en crisis. No olvidemos que estamos siempre teniendo que reconstruir las películas que nos montamos. A mí uno de los pasajes del Evangelio que más respeto y a la vez más devoción me produce es aquel en que Jesús le dice a Pedro: «”En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras”». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: “Sígueme”»[\[102\]](#). Jesús le profetiza a Pedro un futuro que está muy por encima de su elección personal, para añadir a continuación: «Sígueme». Así sucede en la vida real: lo más auténtico de mi vida no es lo que yo he elegido, sino aquello donde he sido llevado; no es lo que yo he escogido, sino lo que la Providencia ha plantado delante de mí. Esa es la espiritualidad del soltero, que en el fondo está consagrado a Jesucristo, por supuesto, aunque no tiene una estructura externa en la que sentirse seguro. Como nos suelen gustar las estructuras para tener seguridad, hay un punto de despojamiento en el soltero, que tiene que fiarse del Señor sin sentirse la pieza del puzle que no encaja.

Un signo de que el sentido de la vocación lo tenemos bien planteado es la confianza que mostramos en los caminos que Dios nos presenta.

Otro signo es el de ser capaces de valorar y disfrutar con todas las vocaciones, aunque no sean la nuestra. Es una mala señal que uno defienda su vocación minusvalorando las otras: «¿Qué hacen las monjas de clausura ahí metidas? ¡Más les valdría salirse!». Quien habla así no es que no comprenda la vocación de esas monjas; es que no comprende la suya propia.

CAPÍTULO 13

Guiados por el Espíritu Santo

Capítulo basado en la charla «Los dones del Espíritu Santo».

Necesitamos los dones del Espíritu Santo como una planta necesita agua para crecer o como un pájaro necesita el aire para volar. Los necesitamos para poder ser iluminados y movidos por las inspiraciones del propio Espíritu. No es lo mismo que una barca se desplace en el mar solamente a fuerza de remos a que lo haga impulsada por la fuerza del viento que empuja sus velas. Esta imagen que compara la barca de remos con un velero nos sirve para explicar la diferencia que existe entre la vida espiritual del que es conducido meramente por el ejercicio de las virtudes, y la vida del que es asistido por los dones del Espíritu Santo. Podría añadir que las virtudes nos permiten participar de la vida de Cristo de un modo humano, mientras que los dones nos introducen en una participación de la vida de Cristo de un modo divino.

Ciertamente, no son dos aspectos excluyentes, porque el hecho de que el Espíritu sople cuando quiera hacerlo, regalándonos sus dones, no descarta la existencia de otros momentos en los que uno tenga que volver a agarrar los remos para seguir avanzando. De hecho, ambas cosas pueden estar aconteciendo al mismo tiempo: remar y desplazarse por la fuerza del viento. Los planes de Dios para nuestra vida espiritual integran estos dos aspectos: hay que ser perseverante en la disposición para remar sin cansarse, pero también hay que disponerse para que el Espíritu mueva nuestra barca, pues de hecho lo hace si somos dóciles y no ponemos obstáculos.

Todos tenemos experiencia de ciertos momentos en nuestra vida espiritual en los que, de repente, percibimos un progreso sorprendente e inesperado; o acaso conozcamos personas que estaban paralizadas por una herida del pasado (por ejemplo, un rencor que no conseguían perdonar, y cuyo recuerdo les sobreveníá con reiteración e intensidad: «Intento perdonar, me confieso veintiocho veces de lo mismo, y vuelvo a estar

siempre en el mismo lugar»), y que de pronto reciben el don del Espíritu que les capacita para perdonar con prontitud y autenticidad.

Esto no les ha ocurrido solo a ciertos santos. Cada uno de nosotros ha sido asistido por los dones del Espíritu Santo en circunstancias determinadas: «Pues yo soy más bien perezoso, pero hubo un momento en mi vida en que no sé de dónde saqué fuerzas para aquello. Jamás habría pensado que iba a tener la capacidad de afrontar un reto tan grande».

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

La existencia de los dones del Espíritu Santo tiene su respaldo bíblico en un conocido texto del profeta Isaías: «Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahvé»[\[103\]](#).

El Catecismo de la Iglesia Católica se expresa de la siguiente forma: «La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo»[\[104\]](#).

De los siete dones del Espíritu Santo, cuatro inciden especialmente en la razón (entendimiento, sabiduría, ciencia y consejo) y los otros tres, en la voluntad (fortaleza, piedad y temor de Dios).

DONES QUE ILUMINAN LA RAZÓN

1. Don de entendimiento

Nos permite penetrar la verdad y nos ilumina para que podamos entender el misterio de Dios, que nos sobrepasa. El don de entendimiento es el que asiste a la fe. Nos da connaturalidad con los misterios de Dios; en cierto modo, permite que la fe nos parezca casi de sentido común. Nos permite adherirnos con plena confianza a la Revelación que Dios ha puesto en manos de la Iglesia. Además, el don de entendimiento permite que nos acerquemos a la palabra de Dios y lleguemos a un grado de comprensión al que antes ni tan siquiera hubiésemos aspirado. Uno recibe una luz especialísima de un texto evangélico que había leído en muchas ocasiones y se pregunta: «¿Cómo es posible que ahora lo haya entendido, y que antes me hubiese pasado desapercibido?». Esto ha ocurrido, entre otras cosas, porque has recibido el don de entendimiento, que te ha revelado lo que antes no eras capaz de comprender solo por la razón. El mismo Espíritu que iluminó al autor sagrado para escribir el texto bíblico te ilumina ahora a ti para que lo comprendas.

Cleofás y su compañero iban camino de Emaús. Jesús, poniéndose a su lado, sin que le reconociesen, les iba explicando las Escrituras. Hay un momento en que ellos dicen: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»[\[105\]](#). Así actúa el don de entendimiento.

Por este don, el cristiano está llamado a ver las cosas desde la perspectiva divina. Recordemos aquellas palabras que Jesús dirige a Pedro: «Tú piensas como los hombres, no como Dios»[\[106\]](#). Un cristiano está llamado a tener la mirada de Dios, no solo para entender la Escritura, sino también para releer los acontecimientos de la vida desde los ojos de Dios.

Y, por cierto, el don de entendimiento no solo nos capacita para conocer en mayor plenitud la Revelación de Dios, sino también para relativizar muchas cosas que nos angustian en exceso. Muchos de nuestros agobios no tienen razón de ser desde la perspectiva de Dios.

2. Don de sabiduría

El don de sabiduría asiste a la virtud de la caridad. La verdadera sabiduría no es un aprendizaje meramente teórico; la parte emocional también es importante. El don de sabiduría está relacionado con el *saborear*. Tiene mucho que ver con lo que, en el monte Tabor, exclaman Pedro, Santiago y Juan: «Qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas»[\[107\]](#).

El don de sabiduría nos permite gustar las cosas divinas. Hay veces que a nosotros las cosas de Dios, que sabemos que son buenas, nos aburren o nos cansan; mientras que, paradójicamente, nos resultan sabrosas otras que no hacen bien al alma. Es posible que nuestro paladar no esté bien educado. El don de sabiduría nos permite saborear las cosas buenas y encontrar gusto en ellas: saborear la Eucaristía, la oración, la vida de familia, el silencio interior o disfrutar de los dones de Dios. En muchas ocasiones somos bendecidos con algunos dones que no disfrutamos. Es frecuente pensar: «A ver si Dios me da más dones para ser feliz». Sin embargo, lo que nos falta por hacer es disfrutar de los dones que ya hemos recibido, y que son muchos.

Así es el don de la sabiduría, que asiste a la virtud teologal de la caridad para que podamos aprender a valorar gozosamente nuestra propia vida y lo que recibimos en ella.

3. Don de ciencia

El don de ciencia nos permite juzgar rectamente sobre el conjunto de la Creación, percibiendo la naturaleza y la ciencia humana como reflejo de la ciencia divina. En nuestra cultura, con frecuencia se contraponen la ciencia a la religiosidad, como si el hombre tuviese que hacer una opción: «¿Tú qué quieres ser, un hombre de ciencia o un hombre religioso?». Pensamos que

son dos caminos incompatibles, que la ciencia se refiere a lo cuantificable y experimentable, mientras que la religiosidad es el refugio apropiado para las sensibilidades espirituales. Pues bien, la existencia del don de ciencia deja en evidencia la falsedad de esa contraposición.

Alguien dijo que el don de ciencia nos permite ver las «huellas dactilares» de Dios, presentes tanto en la Creación como en todos los adelantos científicos que están verdaderamente al servicio de la dignidad humana. La distancia entre lo natural y lo sobrenatural, entre la naturaleza y la Revelación, queda acortada por el don de ciencia. Se trata de ver y comprender a Dios en el mundo.

San Ignacio de Loyola, en los últimos momentos de su vida, «convivía» con las plantas y las flores en la terraza de aquella primera casa generalicia de la Compañía de Jesús —en las camaretas del *Gesù*, donde falleció—, y les susurraba: «No habléis tan alto, que ya os escucho». Las flores le hablaban de su Hacedor, al igual que a san Francisco de Asís, que mantenía una cuasi interlocución con la naturaleza.

Ahora bien, los cristianos no hablamos de la «madre tierra», sino de la «hermana tierra». La naturaleza es para nosotros una hermana menor. Eso sí, compartimos con la naturaleza un Padre común: el Creador del mundo.

El cristiano que recibe el don de ciencia vive todo lo natural, por muy sencillo y cotidiano que sea (comer, trabajar, descansar), como algo sobrenatural, al mismo tiempo que vive en Dios como si fuese algo espontáneo.

4. Don de consejo

El don de consejo consiste en una asistencia especial del Espíritu Santo, para saber discernir lo que Dios quiere de nosotros. Nos ayuda a conocer el camino concreto que la voluntad de Dios ha dispuesto para nosotros en esta vida y a distinguir lo que proviene de Dios de lo que no proviene de Él. Podríamos definirlo como una *prudencia sobrenatural*.

Ahora bien, aunque el don de consejo puede asistir a una persona que camina en soledad, lo normal es que se infunda de una forma especial en el contexto del acompañamiento espiritual. Dios no ha querido que seamos

autosuficientes, sino que, al contrario, nos enseña el camino de la humildad, de forma que caigamos en la cuenta de la necesidad que tenemos de acompañamiento. Y es por ello que el plan de Dios cuenta con que seamos asistidos con el don de consejo, para así poder también acompañar a otros.

Es frecuente que nos hagan preguntas y consultas a los sacerdotes y a los consagrados. Yo personalmente me doy cuenta, y lo he dicho además públicamente, que percibo cierta facilidad para responder las consultas que otros me formulan; pero eso no significa que luego tenga la misma luz para solucionar mis propias dudas. Dios quiere que recibamos el don de consejo para acompañar a otros, así como se lo otorga a otros para acompañarnos a nosotros. Esto nos ayuda a tomar conciencia de que no caminamos en solitario, sino que formamos parte de esa gran familia que busca a Dios.

Hay momentos en la vida en que a uno le asaltan muchas dudas y no sabe qué hacer, porque no ve con claridad. En otros momentos, sin embargo, ve las cosas con certeza: «Está claro por dónde debo ir». Para poder recibir este don de consejo, tiene que haber un ejercicio interior de purificación de intenciones. Es muy difícil discernir bien lo que Dios quiere de mí si resulta que estoy interiormente afectado por celos, rencores o heridas, que seguramente condicionarán mi elección. Para elegir bien hace falta un doble discernimiento de prudencia: primero, cuál es el motivo que me lleva a tomar esta decisión; y segundo, qué consecuencias previsibles pueden desprenderse de la elección. Se trata no solo de purificar el motor o el motivo de mi actuación, sino también la finalidad que quiero alcanzar. Todo ello necesita tanto de la razón como del don de consejo del Espíritu Santo.

DONES QUE ILUMINAN LA VOLUNTAD

5. Don de piedad

El don de piedad permite dirigir plenamente el afecto hacia la paternidad de Dios y vivir la filiación divina de forma plena. Concede una atracción hacia la oración: uno se siente atraído por ella, porque descansa en Dios y tiene su gozo y alegría en Él. El don de piedad es el que posibilita vivir una verdadera intimidad con Dios. Es llamarle a Dios *Abbá* (Padre), y no cansarse nunca de repetirlo.

El cardenal Van Thuan, que está en proceso de beatificación, estuvo preso en las cárceles de Vietnam en unas condiciones de una dureza impresionante. Cuando llegó a aquel sitio de terror, vio que todo el mundo suspiraba por salir de allí y empezar su vida de nuevo. Él, sin embargo, se dijo: «Pues yo no pienso esperar. Yo voy a ser feliz ahora, en este momento en el que estoy». ¿Y cómo consiguió ser feliz en aquella situación de tortura? Viviendo en intimidad con Dios. Viviendo el don de piedad. Celebrando eucaristías clandestinas (cogía un pedacito de pan y lo ponía en su mano, lo consagraba y lo comulgaba). En esto consiste el don de piedad: en que Dios sea verdaderamente nuestro consuelo.

El don de piedad implica tener una connaturalidad con Dios. Como dice santa Teresa de Jesús: «Quien a Dios tiene nada le falta. Solo Dios basta»[\[108\]](#). Añado a lo anterior que, cuando uno vive esa intimidad con Dios, la vive también con los demás en la familia y en el resto de relaciones sociales, porque es imposible tener intimidad con Dios sin hacerla extensiva a los que nos rodean.

6. Don de fortaleza

La fortaleza puede ser una virtud y un don. Disponemos de cierta fortaleza como capacidad natural; por eso podríamos decir que, hasta un cierto nivel, la fortaleza es una virtud, pero llega un momento en el que los retos sobrepasan nuestras fuerzas humanas y necesitamos la asistencia del don. La fortaleza es el don del Espíritu Santo cuando nos capacita para la perseverancia, y nos concede mantener los retos de nuestra vida con plena constancia y generosidad.

Es propio de nuestras fuerzas humanas batallar por algo con intensidad en un primer momento, para luego irse cansando e incluso terminar abandonando. La fortaleza es un don del Espíritu Santo cuando te capacita no solo para acometer algo, sino también para encajar la adversidad. Se dice que el mejor boxeador no es aquel que da más golpes, sino el que los recibe sin venirse abajo. La fortaleza no consiste en ser agresivo, sino en la capacidad de aguante, sin desesperarse ante las adversidades. Uno tiene fortaleza, por ejemplo, cuando las faltas de delicadeza de los demás no le dejan hecho polvo, ni se queda descolocado al comprobar las miserias de la gente. Sabe que su fortaleza está en Cristo.

7. Don de temor de Dios

Hay que reconocer que el don de temor de Dios tiene mala prensa. Sin embargo, es significativo que no se formule como «temor a Dios», sino «temor de Dios». Es decir, a Dios no le tememos; lo que tememos es apartarnos de Él.

El don de temor de Dios es un don de reverencia, de respeto a lo divino, que nos permite tomar viva conciencia de que nada somos sin su gracia. Es el don perfecto para superar la presunción del «yo puedo». Nos permite ser respetuosos con Dios y caer en la cuenta de que el don de Dios supera todo merecimiento. A Dios no me lo merezco, a pesar de que lo necesite como el aire que respiro.

El hombre actual no tiene conciencia de la grandeza de Dios. Siendo párroco en Zumárraga, estaba explicándoles a un grupo de chavales el «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con todo tu ser», y me interrumpe uno diciendo: «Qué egoísta es Dios, ¿no? ¡Todo para Él!».

Me quedé perplejo ante semejante salida, pero enseguida me di cuenta de que ese chaval había expresado una cosa que para mí era una barbaridad y que, sin embargo, no lo era para él, porque no había sido educado en el sentido de la trascendencia divina. Le contesté: «¿Tú no te das cuenta de que, si Dios a ti y a mí en este momento nos dejase de sostener, volveríamos a la nada? ¿Qué te has pensado que es Dios? ¿Tienes conciencia de la grandeza de Dios, y de que nosotros existimos porque Él nos ha creado y nos mantiene en la vida?».

Necesitamos del sentido de la trascendencia para ser conscientes del amor de Dios y lo que supone que Él, el Dios Altísimo, se haya abajado por nosotros. Si tú no te das cuenta de que es el Dios Altísimo el que se abaja hasta ti, no apreciarás a ese Dios tan cercano y lo confundirás con un «colega». Confundirás la confianza con tomarte confianzas; confundirás la amistad con la falta de respeto. ¡Por eso es tan importante el don de temor de Dios!

Uno podría preguntarse: «¿Cuál es el don del Espíritu Santo que más precisamos?». ¡Necesitamos los siete! Todos los dones están interrelacionados.

En momentos determinados de la vida, uno se da cuenta de que hay algún don en concreto que le resulta especialmente necesario; puede ser el don de entendimiento, cuando uno está atormentado por su falta de fe; el don de piedad, cuando le cuesta mucho hacer oración; el don de consejo, cuando está hecho un lío en la vida; el don de fortaleza, cuando flaquea en su camino porque le falta perseverancia...

Los necesitamos todos y tenemos que pedirselos al Espíritu Santo.

CAPÍTULO 14

Asistidos por la Virgen María

Capítulo basado en la charla «La Virgen protagonista de los últimos tiempos».

LA VIRGEN MARÍA, PROTAGONISTA DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

¿Qué entendemos por *los últimos tiempos*? Se presta a interpretaciones que pueden resultar morbosas, pero nosotros, con esa expresión, nos referimos a los tiempos inaugurados con la llegada de Jesucristo. En la Sagrada Escritura se habla de la plenitud de los tiempos introducidos por una mujer: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley»[\[109\]](#). En la festividad del 8 de septiembre, la Natividad de la Virgen María, se proclama el Evangelio de la genealogía de Jesús. Nuestro Papa emérito, Benedicto XVI, comentando ese Evangelio dice que ha sido escrito para enfatizar la perspectiva de la plenitud de los tiempos que han llegado a través de la descendencia de María. Por eso María es protagonista de los últimos tiempos.

LA HORA DE MARÍA

A María se le ha hecho una gran encomienda, tal y como está expresado en el evangelio de san Juan: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»[\[110\]](#), al mismo tiempo que a nosotros se nos ha dicho: «Ahí tienes a tu Madre»[\[111\]](#). Jesucristo le pide a María que sea Ella la que nos cuide a todos sus hijos durante la «ausencia» de Jesús. A ese Evangelio de san Juan se le llama el *Evangelio de la hora*: «Padre, ha llegado la hora»[\[112\]](#). Pues bien, si es la hora de Jesús, la hora de entregar su vida al Padre por la salvación del mundo, podríamos decir que la hora de María comienza después de Pentecostés.

Es misteriosa la traducción de las palabras que siguen al texto de «ahí tienes a tu Madre, ahí tienes a tu hijo». Existen diversas versiones: «El discípulo la acogió en su casa»; «y desde esa hora el discípulo la tomó como cosa suya»; «desde esa hora el discípulo la recibió como algo propio»[\[113\]](#). Los traductores no se ponen de acuerdo a la hora de optar por una traducción u otra, aunque obviamente todas ellas son confluyentes. María ha recibido en esa encomienda una vocación de estrecha y profunda relación con cada uno de nosotros: «como cosa suya», «como algo propio», «la tomó en su casa». Es un misterio en el que vamos a adentrarnos.

Estamos, pues, en la hora de María. Ella ha sido elegida por Jesús como «capitana» de la nueva evangelización. El Padre Rey, SJ., explica catequéticamente la siguiente imagen de la Iglesia: «La Iglesia es como una nave, que tiene por mástil la cruz, por velamen la confianza en Dios, por viento impulsor el Espíritu Santo, por capitana a la Virgen María, y por timonel al Papa».

En el fondo, esto es una prolongación de la dinámica de la Encarnación. ¿A qué me refiero con *dinámica de la Encarnación*? Dios ha querido llevar a cabo la Redención, no desde lo alto, no desde lejos, sino descendiendo hasta nosotros, compartiendo nuestras circunstancias y tomando nuestra

carne humana. La Redención se ha hecho a través de la asunción de nuestra condición, hasta el extremo de que hay una conocida máxima teológica que dice que «lo que no ha sido asumido no ha sido redimido». Jesús ha asumido nuestras experiencias de soledad, de pobreza, de hambre, etc., y las ha redimido. Es decir, la *dinámica de la Encarnación* nos explica cómo Jesús nos salva implicándose en nuestra propia historia. Nos salva por su amor omnipotente, al tiempo que nos comprende porque ha pasado por nuestra experiencia.

Siguiendo esa misma dinámica, María se implica en nuestra historia. De ahí, por ejemplo, las distintas advocaciones de María, en las que se hace mestiza con los indios, negra con los africanos, oriental con los asiáticos... María se integra en nuestras circunstancias y en nuestra historia.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR REVELACIÓN?

¿Qué entiende la Iglesia por revelación? Podríamos hablar de tres niveles de revelación muy diferentes: la Revelación pública, las revelaciones privadas y la revelación interior.

1. Revelación pública

Cuando hablamos de la Revelación, generalmente nos referimos a todo ese depósito de la fe que Dios nos ha ido descubriendo a lo largo de la historia de la salvación y que culmina en Jesucristo. Una Revelación que comenzó su andadura con la elección del Pueblo de Israel por medio de Abraham, nuestro padre en la fe, y en la que Dios fue mostrando un camino que apuntaba hacia la plenitud: la llegada del Mesías, el enviado de Dios a nosotros. Toda la Revelación del Antiguo Testamento apunta a Jesucristo. La explicitación de esa Revelación concluye con la muerte del último de los apóstoles. El Apocalipsis es el último libro de la Revelación y termina con la expresión: «*Marahnatá*», «ven, Señor Jesús». Hasta aquí la Revelación pública.

Dice san Juan de la Cruz que Dios pronunció una palabra y luego se quedó mudo. Es decir: «Después de que Dios ha hablado en Jesucristo, no estés esperando que te diga cosas que anteriormente no te dijo. En Jesucristo te lo ha dicho todo ya». Dios ha pronunciado una palabra y se ha quedado en silencio. ¿Y qué palabra es esa? El Verbo, Jesucristo. Por eso la Revelación pública no es para nosotros un capítulo más, sino la totalidad.

2. Revelación privada

Por la encomienda de «ahí tienes a tu hijo», la Madre, siendo como es, está continuamente preocupada por nosotros. Quiere que recibamos la

Revelación que ha sido entregada al mundo en Jesucristo. Las llamadas *revelaciones privadas* constituyen la acción pedagógica de la Virgen María que, en momentos clave de gran necesidad o de crisis, interviene acercándose a nosotros. En determinadas apariciones, María se muestra a personas elegidas para recordar la Revelación pública (no para decir cosas distintas de la Revelación, sino para hacer memoria de ella).

La Iglesia discierne y puede aprobar, como parte de una pedagogía para explicar y comprender mejor la Revelación pública, determinados mensajes expresados en revelaciones privadas, tanto por Jesucristo (recordemos el caso de las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque), como por la Virgen María u otros santos. La Iglesia se compromete, no tanto con el hecho de las apariciones, sino con los mensajes que se han transmitido en esas revelaciones privadas, garantizando que son acordes con la Revelación pública.

3. Revelación interior

Existe otra forma de referirse al concepto de revelación, que es el de revelación interior. Dice san Pablo: «El Evangelio anunciado por mí no es de origen humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo»[\[114\]](#). En momentos de conversión podemos tener una cierta experiencia, a modo de conocimiento interno, del misterio de Dios. Este ha sido un don especialmente entregado a María en la encomienda que Dios le dio como Madre nuestra: el don de asistir a la conversión de muchas almas. Ella «asiste» al encuentro de esas almas con Dios, para que la luz de Jesús, la luz de la fe, se revele en almas que vivían a oscuras.

María es la primera receptora de la Revelación pública y, excepcionalmente, es protagonista de algunas revelaciones privadas. Al mismo tiempo, Ella nos asiste en las revelaciones interiores que Dios hace para ayudarnos en la conversión, de una manera mucho más frecuente, continua y ordinaria.

LAS REVELACIONES PRIVADAS

Con respecto al discernimiento sobre las revelaciones privadas, hemos de reconocer que tenemos muy pocas referencias de los primeros siglos de la Iglesia. La razón es doble: por una parte, la dificultad de guardar los testimonios de los primeros siglos, y por otro lado, nos encontramos con que en el año 1512, en el V Concilio de Letrán, se tomó la decisión de que fuese el Papa el que discerniese la autenticidad de las apariciones y de las revelaciones privadas. Es mucho más difícil acceder a la información anterior a esa fecha, al carecer la Iglesia de un cauce de discernimiento universal.

Desde dicho Concilio, entre los discernimientos que ha hecho la Iglesia sobre revelaciones privadas encontramos veintinueve casos de revelaciones explícitas (algunos de ellos anteriores a 1512). El primer caso sería el de la Virgen María en el Pilar, cuando esta vivía en carne mortal y no había sido aún asunta al cielo, por lo que podríamos considerar que se trata más de un caso de bilocación que de aparición. La Virgen se le apareció al apóstol Santiago en Zaragoza para animarle a continuar con la evangelización de aquellas tierras del *Finis terrae*.

Conocemos otros casos como el de santo Domingo de Guzmán y la Virgen del Rosario en 1208; el de san Simón Stock y la Virgen del Carmen en 1251; el de san Juan Diego y la Virgen de Guadalupe en 1531; el de santa Catalina Labouré y la Virgen Milagrosa en 1830; el de Melanie Calvat y Maximino Giraud en La Salette en 1846; el de santa Bernardita y la Virgen de Lourdes en 1858; el de los tres pastorcillos de Fátima en 1917, etc.

Más de la mitad de las revelaciones privadas aprobadas pertenecen al siglo XX, lo que da a entender que la encomienda que el Señor le ha dado a María ha alcanzado especialmente su cénit en los últimos tiempos. La explicación, como hemos dicho anteriormente, podría estar en nuestro

desconocimiento de lo acontecido en los primeros siglos; sin embargo, creo que hay motivos para suponer que María va interviniendo de una manera más decisiva en la medida en que los hijos lo necesitan y en la medida en que la secularización y el olvido de Dios se hacen más patentes en nuestro mundo. Una madre no se puede quedar con los brazos cruzados viendo cómo se pierden sus hijos y por eso piensa en diferentes estrategias para salir a su encuentro.

¿QUÉ TIPO DE ACCIONES REALIZA MARÍA?

1. Venir en socorro de la evangelización

La asistencia que María brinda en las revelaciones privadas se manifiesta de un modo especial en momentos decisivos para la historia de la salvación. Cuando Santiago experimentó cierto desaliento mientras seguía el mandato de Jesús: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación»[\[115\]](#), el que la Virgen le confortase para que continuara su camino fue determinante para la propagación del Evangelio en Hispania.

Cuando en Guadalupe, en México, quedó patente que iba a ser difícil transmitir la fe cristiana a los indígenas por el salto cultural tan grande que existía entre conquistadores y nativos, el hecho de que la Virgen María se mostrase a san Juan Diego con los rasgos propios de una mujer indígena fue decisivo para abrir el camino de la evangelización del Nuevo Mundo.

Después de la crisis que el racionalismo y la Revolución Francesa provocan en Europa (en la que se ridiculiza el sentimiento religioso y se dice que solo la *diosa razón* puede salvar al mundo), en Lourdes se manifiesta la Virgen a santa Bernardita de manera que todo el mundo pudo comprender que, por muchas revoluciones francesas y muchos desenfoces que el hombre pueda hacer por su soberbia, solo los que se hagan como niños podrán ser herederos del Reino de Dios. El camino de la humildad, el camino de Bernardita, es el único camino del Cielo para todos los tiempos, los anteriores y los posteriores a la Revolución Francesa.

En Fátima, en otro impasse de la historia, cuando comienza ese terrible siglo XX de las ideologías genocidas, María aparece como el amparo de los que son perseguidos por causa de la fe, prometiendo que el comunismo será derrotado en la medida en que nos encomendemos a su Inmaculado Corazón.

Las acciones e intervenciones de María tienen lugar en momentos clave en los que necesitamos la luz del Señor.

2. Asistirnos maternalmente ante el escándalo de la cruz

En segundo lugar, María nos asiste de una forma especial no solo en los cruces de la historia, sino también ante el escándalo de la cruz. ¿Quién no está condicionado por el peso del sufrimiento en su vida? Jesús, viendo los sufrimientos de la gente, realizó algunos milagros: sanó enfermos, resucitó muertos, etc. En los milagros que Jesucristo realizó nos quiso transmitir la promesa de que en el Cielo no habrá sufrimiento ni dolor. La promesa de vida eterna que Él nos hace se presenta como el triunfo ante el sufrimiento, que es consecuencia del pecado. Ahora bien, aunque es cierto que Jesús hizo una serie de milagros, está claro que esos milagros fueron excepcionales. Fueron, de alguna manera, signos que no le ahorraron al hombre la necesidad de afrontar el sufrimiento en su vida. Los milagros e intervenciones de Jesús no anulan nuestra vocación a abrazar la cruz.

La Virgen María hace lo mismo. La acción principal de María no está en eliminar la cruz, sino en ser para nosotros Madre y Maestra de nuestra vocación a descubrir en la cruz de Jesucristo un camino de purificación y de redención. Ahora bien, aunque nosotros entendemos que Ella es intercesora y tiene la encomienda de Dios de conceder gracias a sus hijos, y sabemos que a veces Ella puede evitarnos un determinado sufrimiento, hemos de ser conscientes de que, si desaparece un sufrimiento de nuestra vida, aparecerá otro, porque vivimos bajo el signo de la cruz. María no ha venido para evitarnos la cruz, sino para ayudarnos a desposarnos con ella, asistiéndonos en esa unión esponsal con Cristo crucificado. De hecho, la historia de los pastorcillos de Fátima no está libre de cruces, ni tampoco la de santa Bernardita. Hay un pequeño testamento de santa Bernardita, que no está escrito por ella literalmente tal y como lo presento aquí, sino que está compuesto de recopilaciones de algunos escritos. Llama la atención que sea el testamento de una persona que había sido escogida por el Señor para ser la vidente de la Virgen María en Lourdes. Desde nuestra mentalidad, cabría esperar que, habiendo sido tan predilecta, sería preservada de todo tipo de

sufrimientos. Ella, sin embargo, da gracias por el don de la cruz, porque sabe que María no ha venido, como el hada madrina de un cuento, a liberarla de ella con una varita mágica:

Por la pobreza en la que vivieron papá y mamá, por los fracasos que tuvimos, porque se arruinó el molino, por haber tenido que cuidar niños, vigilar huertos frutales y ovejas; y por mi constante cansancio... te doy gracias, Jesús.

Te doy las gracias, Dios mío, por el fiscal y por el comisario, por los gendarmes y por las duras palabras del padre Peyremale...

No sabré cómo agradecerte, si no es en el paraíso, por los días en que viniste, María, y también por aquellos en los que no viniste. Por la bofetada recibida, y por las burlas y ofensas sufridas; por aquellos que me tenían por loca, y por aquellos que veían en mí a una impostora; por alguien que trataba de hacer un negocio..., te doy las gracias, Madre.

Por la ortografía que jamás aprendí, por la mala memoria que siempre tuve, por mi ignorancia y por mi estupidez, te doy las gracias.

Te doy las gracias porque, si hubiese existido en la tierra un niño más ignorante y estúpido, tú lo hubieses elegido...

Porque mi madre haya muerto lejos. Por el dolor que sentí cuando mi padre, en vez de abrazar a su pequeña Bernardita, me llamó «hermana María Bernarda»..., te doy las gracias.

Te doy las gracias por el corazón que me has dado, tan delicado y sensible, y que me colmaste de amargura...

Porque la madre Josefa anunciase que no sirvo para nada, te doy las gracias. Por el sarcasmo de la madre maestra, por su dura voz, por sus injusticias, por su ironía y por el pan de la humillación..., te doy gracias.

Gracias por haber sido como soy, porque la madre Teresa pudiese decir de mí: «Jamás le cedáis lo suficiente»...

Doy las gracias por haber sido una privilegiada en la indicación de mis defectos, y que otras hermanas pudieran decir: «Qué suerte que no soy Bernardita»...

Agradezco haber sido la Bernardita a la que amenazaron con llevarla a la cárcel porque te vi a ti, Madre... Agradezco que fui una Bernardita tan pobre y tan miserable que, cuando me veían, la gente decía: «¿Esa cosa es

ella?». La Bernardita que la gente miraba como si fuese el animal más exótico...

Por el cuerpo que me diste, digno de compasión y putrefacto... Por mi enfermedad, que arde como el fuego y quema como el humo, por mis huesos podridos, por mis sudores y fiebre, por los dolores agudos y sordos que siento..., te doy las gracias, Dios mío.

Y por el alma que me diste, por el desierto de mi sequedad interior, por tus noches y por tus relámpagos, por tus rayos... por todo. Por ti mismo, cuando estuviste presente y cuando faltaste... te doy las gracias, Jesús.

3. Socorrer la falta de autoestima de nuestra generación

La sociedad actual sufre una herida afectiva interior por falta de autoestima. Y cuando uno no se quiere a sí mismo, huye y busca compensaciones. No sabemos querernos a nosotros mismos. Es María la que nos descubre cómo somos amados y hasta qué punto tenemos que confiar en que tenemos dignidad por el hecho de ser amados por Dios. El término «María», etimológicamente hablando, significa «amada de Yahvé». Dios te ama. Por muchos problemas que tengas en tu vida, por muy débil que te sientas, por mucha fragilidad que experimentes, Dios te quiere como eres, al tiempo que te «sueña» distinto.

Creo que este es un gran mensaje de María para el mundo de hoy. Ella, la amada de Yahvé, quiere que sepamos que también nosotros somos amados por Dios. María nos ayuda a descubrir el amor incondicional que Dios nos tiene, fundamento de nuestra dignidad y de nuestra autoestima.

4. Pisar la cabeza de Satanás

María sale en nuestro socorro cuando el mal se hace presente de una forma escandalosa. Sabemos que el demonio actúa de manera ordinaria a través de las tentaciones, pero en ocasiones hay acontecimientos en los que el mal se muestra de una manera tan patente que adquiere como una entidad propia.

Hay personas que, al ver el mal en toda su crudeza, comienzan a preguntarse por la existencia de Dios. Son personas que han creído antes en

el demonio que en Dios y que, desde el padecimiento de una experiencia terrible del mal, han percibido la necesidad de auxilio. Y Dios las ha socorrido y rescatado.

María tiene esa intervención en la historia. Hablamos, por ejemplo, de regímenes políticos en los que el rostro del mal ha alcanzado un grado extremo, de situaciones en que el mal parecía omnipotente y omnipresente. En estos momentos de la historia, Dios ha querido que María manifestase la victoria sobre la serpiente pisando su cabeza, demostrando así que el único omnipotente es Dios. En los momentos duros, María sale en nuestro socorro. Cuando parece que el demonio está desatado (y alguno pudiera llegar a pensar que a Dios se le ha escapado la historia de las manos), Dios nos envía a una Madre capaz de transformar el mayor momento de prueba en el mayor momento de salvación. Ella, pisando la cabeza de la serpiente, nos rescata después de que hayamos experimentado nuestra impotencia y nos hayamos purificado en la prueba.

En el centenario de las apariciones de Fátima es importante subrayar algunos aspectos en torno a lo que conocemos como los tres secretos de Fátima: el primer secreto, especialmente relacionado con la visión de las almas que se condenan en el infierno, es una llamada a tomarnos en serio la tarea de la salvación a través de la oración, del sacrificio y de la conversión; el segundo está relacionado con la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la extensión de los horrores de Rusia por todo el mundo, y la petición de la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María. Y con respecto al tercer secreto hay algo que considero muy esperanzador: se habla de un obispo vestido de blanco que subía a una colina y que era abatido por las balas. Sin embargo, en el atentado de Juan Pablo II, a diferencia de lo que el tercer secreto parecía revelar, el Papa había sido herido pero no había muerto. Pudiera parecer que el tercer secreto no se habría cumplido en su integridad: «¿Será que, si Juan Pablo II no murió en el atentado, el tercer secreto se podría referir a otro nuevo atentado o a otro futuro papa?». Benedicto XVI fue tajante: «No, no, el misterio está cumplido». Pero entonces, ¿por qué Juan Pablo II no fue asesinado? La interpretación que Benedicto XVI expuso consistió en explicar que María interviene en la historia por designio de Dios, hasta el punto de que administra la oración y

la penitencia para el bien y la salvación del mundo. María tiene la capacidad de intervenir en los designios del mundo.

Nuestro destino no está irremediablemente determinado. La mejor página de nuestra vida todavía está por escribirse, porque María es capaz de reconducir siempre nuestra historia hacia la salvación. La predestinación, esa concepción de que mi vida está predeterminada y no tengo nada que hacer, está totalmente superada por una presencia de María que puede redirigir los acontecimientos de la historia. Ocurre algo así como cuando nos perdemos en coche por el camino, y el GPS anuncia: «Recalculando». Te vuelves a perder, y entonces vuelves a escuchar: «Recalculando». Yo creo que María está haciendo esa función de GPS. A pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestras contradicciones, Dios ha querido que el destino no esté escrito en sentido fatalista, sino que la Virgen tenga la capacidad de recalcular, para derivarlo todo hacia la salvación. Y si eso cabe decirlo del tercer secreto de Fátima, de lo que le ocurrió al Papa, ¿no cabrá decirlo de ti? ¿No cabrá decirlo de mí?

A veces uno piensa: «Pues si yo hubiera podido evitarme estas tres cosas que me han pasado...»; «si hubiera podido evitarme esos cuatro pecados que cometí...»; «si pudiese borrar de mi historial determinadas cosas...». No, no, déjate. Todo lo que acontece en tu vida está perfectamente integrado en ese «recálculo» de María, que te quiere conducir hacia esa coronación de la que Ella ha sido partícipe.

Vamos a alegrarnos todos de que María sea la protagonista de los últimos tiempos, de tus últimos tiempos, de mis últimos tiempos, de que Ella sea la Madre que nos cuida en este camino providencial hacia la santidad.

CAPÍTULO 15

Peregrinos en lugar de turistas

Capítulo basado en la charla «El reto de crear cultura cristiana en el siglo XXI».

Nuestra cultura actual está fragmentada y desorientada. Tocamos muchas teclas, pero no terminamos de saber adónde vamos. Hacemos muchas cosas, pero carecemos de un proyecto que marque un rumbo, de modo que podamos decir: «Vamos a por él con todas nuestras energías». Es como si en vez de ser peregrinos fuésemos turistas. Un peregrino tiene muy claro que tiene una meta y todo el resto de su vida está condicionado a alcanzar esa meta. El turista va de curioso: un poquito por aquí y otro por allá. Hay una gran diferencia entre ser peregrino y ser turista. Los peregrinos dejan huella en el camino; en cuanto un peregrino empieza a andar, comienza a marcar flechas para el siguiente que pase por allí. Un peregrino va dejando señales para los que vienen detrás. El turista, no; a lo sumo contempla las huellas, las curioseas, pero no las sigue.

LO QUE MARCA LA DIFERENCIA

Vivimos bajo una cultura cada vez más minúscula, a la que solemos llamar *sociedad del bienestar*. «Bueno, ¡tampoco es malo el bienestar!», se podría objetar. Podría parecer que detrás de esta cultura no hay nada malo; sin embargo, os aseguro que el hecho de que nuestra vida tenga como primer objetivo el bienestar no es inocuo, porque detrás de esto nos encontramos inevitablemente con la frivolidad. Y tras la frivolidad se esconde el nihilismo, el no creer en nada. Se confunde el concepto de cultura con el de hábito social; se confunde carisma con hobby, oración con vacío, ayuno con dieta, ascesis con gimnasio, encarnación con mundanización, autonomía con autosuficiencia... Todo se trastoca con la frivolidad. Detrás del relativismo ha llegado la dictadura del relativismo, cuya acción asfixiante comenzamos ya a percibir.

En el mundo de la política constatamos también un auténtico problema. Entiendo por problema político el intervencionismo estatalista que organiza la sociedad desde una legislación que lo quiere controlar todo, una legislación en la que todo son iniciativas públicas. Hoy en día hablar de *público* ha llegado a ser una idolatría: todo tiene que ser público. La iniciativa privada es vista con antipatía. Lo público se identifica con lo social. Es el Estado el que construye la sociedad (a modo incluso de ingeniería social, arrogándose la capacidad de rediseñar hasta la concepción de la antropología y de la misma familia). Y todo ello se traduce en multitud de normas y de leyes, que van reduciendo el margen de la iniciativa social. La idolatría de lo público deja a la sociedad anulada. Creo que la clave no está ni en la economía ni en esa pretensión estatalista de que solamente lo público tenga validez, sino en la cultura que nace de la sociedad, de esos peregrinos que caminamos con una meta compartida y que vamos dejando huella con nuestro paso por la historia. En nuestros días, un secularizado de derechas piensa sustancialmente lo mismo que un

secularizado de izquierdas. Las diferencias, en muchísimos órdenes de la vida, son casi inexistentes. En realidad, mientras que la derecha se ha dedicado a la economía, la llamada izquierda ha sido la que ha marcado el rumbo cultural hacia la visión estatista. La derecha ha ido por detrás con el freno de mano puesto; pero al final, en la medida en que el incuestionado pensamiento único ha marcado la dirección, ese freno de mano termina por perder la capacidad de contención.

La única alternativa posible es un proyecto cultural cristiano. Lo que constituye la diferencia en la sociedad actual, sin duda alguna, es el cristianismo. Sin Jesucristo todo el resto es más de lo mismo. Aquí, son el Evangelio y la doctrina social católica los que verdaderamente permiten que alguien piense distinto, que sienta distinto, que juzgue distinto. No nos equivoquemos: esa es la alternativa y no ciertos populismos que están surgiendo en un lado y en otro. Los vemos en Francia, en Austria, en Estados Unidos, en Italia... Los populismos tienen muy poco recorrido porque son el fruto de un efecto rebote: cuando a la gente la hartas mucho con lo políticamente correcto, de vez en cuando experimenta una explosión, pero no se puede elaborar un proyecto real de construcción de la sociedad desde un planteamiento meramente reactivo.

Solamente desde la doctrina social y desde la inspiración cristiana del Evangelio puede hacerse un proyecto cultural alternativo. Que nos quede muy claro que lo determinante en la cultura es la fe: el reconocimiento de la presencia de Dios es el fundamento imprescindible para alcanzar la felicidad y la prosperidad del hombre.

Es una gran falacia el que la inspiración religiosa tenga que quedar para el ámbito privado de la conciencia y que no deba empapar la presencia pública. Con eso, de alguna manera están intentando cercenar la fuerza del Evangelio y su capacidad catalizadora de una sociedad nueva.

DIACONÍA CULTURAL

La Iglesia y los cristianos estamos llamados a ejercer una *diaconía cultural* en este mundo. Hay una cita en la que el Papa Benedicto XVI utiliza esa expresión referida al nuevo mundo digital: «La Iglesia y los cristianos estamos llamados a ejercer una *diaconía cultural* en el actual continente digital». Creo que podemos utilizar esa expresión para extrapolar ese mismo mensaje del Papa emérito a toda nuestra sociedad, al mundo de la enseñanza, al mundo político y a todos los demás órdenes. Ahora bien, aunque esa idea es muy bella, creo que tenemos que poner los pies en el suelo y preguntarnos: «¿Cuál es el mayor impedimento para que eso se pueda realizar?». Yo lo tengo muy claro: nuestra secularización interna. No es que allí fuera esté el mundo y que aquí estemos los cristianos; es que los cristianos estamos muy mundanizados. Los valores mundanos se nos han metido hasta el tuétano. Pensemos por un momento en la educación. La secularización se nos ha introducido en los proyectos educativos, hasta el punto de que muchos de ellos se reducen a tan poca cosa que, al final, uno duda si ha pasado por un colegio católico.

En España la Iglesia tiene once facultades de comunicación (no hay ningún país en el mundo en que tenga tantas), y piensa uno: «Pues no es que se note mucho, porque los comunicadores católicos brillan por su ausencia». ¿Qué ocurre? ¡Que nos hemos secularizado! Y si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?

San Juan Pablo II decía que «una fe que no se hace cultura es una fe que no está suficientemente acogida»[\[116\]](#). La clave está en que la fe sea vivida en toda su integridad. ¡No demos por supuesto que ya somos cristianos! Para poder hacer cultura, uno tiene que sentirse en un reto permanente de conversión. Esa es la primera condición. Para poder aspirar a dejar una huella cultural, uno tiene que asumir: «Estoy en proyecto permanente de

conversión. Me doy cuenta de que yo soy el primero que necesito lo que predico».

Un cristiano está siempre cursando primero de Primaria en ese decir «sí» a Jesucristo. Necesitamos una formación que nos redescubra nuestros fundamentos y nos haga capaces de dar una explicación a los demás, para poder así dar razón de nuestra fe a los que nos cuestionan y nos hacen preguntas. Para vivir en estado permanente de conversión hace falta acompañamiento espiritual, una vida de oración intensa y una participación frecuente en los sacramentos. Una vez que eso es factible, al mismo tiempo y no después, tenemos que crear minorías creativas capaces de influir en la sociedad y transformar la cultura.

INSTRUMENTOS DE DIOS

Rezo para que el Señor suscite liderazgos en la Iglesia, pero también en el mundo civil. Necesitamos líderes, porque vemos a muchísima gente como ovejas sin pastor. Pido que se susciten liderazgos capaces de ser catalizadores de las cualidades de todos y cada uno.

Jesucristo ha dado su vida en la cruz no para que nos abstengamos de hacer cosas malas, sino para que seamos santos, hagamos el bien y nuestra vida sea fecunda. Estamos llamados a ser instrumentos de Dios ante los demás. Ahora bien, si es cierto que son importantes los liderazgos, más importante es la humildad. Porque hay ocasiones en que faltan líderes, pero otras veces nos encontramos con mucho gallo para poco gallinero... A menudo preferimos ser el general de un ejército derrotado, antes que un soldado humilde de un ejército en marcha. Hacen falta muchos soldados humildes. Una tía mía, que ya ha fallecido, me contó un día cómo empezó a trabajar cuando era jovencita. Era una chica de caserío que casi no sabía hablar castellano y entró a trabajar en Bilbao, en casa de una «buena familia». ¿Cómo lo consiguió? Me contaba que, mientras estaba esperando junto al resto de las candidatas para ver si era seleccionada, vio en el pasillo una escoba caída. Se agachó y la puso en pie. En ese mismo instante le dijeron: «Entras tú a trabajar». Habían puesto la escoba de señuelo para ver quiénes de las que iban a la entrevista de trabajo se paraban a recogerla. Así fue como mi tía consiguió aquel puesto, en el que trabajó durante muchísimos años, hasta convertirse casi en el alma de la casa. ¡Y entró por una escoba caída! Yo creo que Dios hace esa jugada de la escoba caída muchas veces con nosotros. ¿Por qué? Porque tenemos que tener tanta disposición al liderazgo si el Señor nos lo pide, como a ser el último de todos y a desempeñar el servicio más humilde. Las cosas funcionan así. Esa competencia por el servicio más humilde es lo que mueve al Señor a bendecir un proyecto que sea fermento de cultura cristiana.

DEBILIDADES COMPARTIDAS

La corrección fraterna debiera ser realizada siempre en primera persona del plural, porque en el fondo estamos corrigiendo cosas en las que el primer corregido debiera ser uno mismo. Al mundo le ayuda cuando te ve consciente de que tú eres el primer necesitado de corrección; a la gente le ayuda comprobar que tú no vas de sobrado... Atrae mucho ver a alguien que, a pesar de sentirse débil, no deja de proponer los ideales cristianos, compartiendo su propia experiencia: «Esto a mí me ha hecho mucho bien, porque yo he tenido una necesidad y a mí me ha servido. A lo mejor a ti también te podría servir». Por ejemplo, ¿qué hace el Papa? Ir él a confesarse, y después de que él se ha confesado, se sienta a confesar. Yo creo que con ese gesto nos quiere comunicar algo muy importante.

Dios ha querido que compartamos nuestras miserias, que nos ayudemos unos a otros desde nuestra debilidad. La fidelidad consiste no en ser un supermán, sino en dejarnos acompañar en nuestras carencias.

Dios ha querido que todos tengamos debilidades. He comenzado hablando de los peregrinos. Yo recuerdo que hice el Camino de Santiago desde Roncesvalles con un grupo de jóvenes de Zumárraga. Al terminar el camino, hicimos una evaluación. Habían sido unos días inolvidables, aunque todos habíamos tenido momentos de cansancio donde nos vinimos abajo, pero gracias a Dios fue por turnos: a uno le pegó en Burgos, a otro en León... Cuando nos dimos cuenta de esa providencia, comentamos entre nosotros: «Esto debe de ser también una imagen de la vida». Hay una debilidad en nosotros y Dios quiere que nos apoyemos mutuamente, porque Dios no quiere superhombres para llevar adelante sus proyectos. Quiere gente consciente de su debilidad, que necesite compartirla para poder perseverar en la peregrinación de esta vida. Nuestra debilidad es buena porque nos hace humildes; si no, seríamos un peligro viviente. Lo curioso

es que nos fortalecemos compartiéndola. Como dice san Pablo: «Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte»[\[117\]](#).

CONCLUSIÓN

Vivir
en presencia
de Dios,
en permanente
estado de
conversión

Hay pocas cosas en las que hoy en día podamos ponernos todos de acuerdo, pero, sin lugar a dudas, una de ellas es el deseo de felicidad. Salvo que hayamos perdido la cabeza, todos queremos ser felices. Pero donde ya nos dividimos profundamente es en el cómo. A lo largo de las páginas de este libro, espero haber demostrado que la felicidad y la santidad no son dos cosas distintas, sino una misma realidad. Es imposible ser santo sin ser feliz, esto es obvio. Pero es importante que entendamos igualmente que es imposible ser feliz sin ser santo. La sentencia de Léon Bloy no deja lugar a dudas: «Solo hay una desgracia: no ser santo».

VIVIR EN PRESENCIA DE DIOS

La clave fundamental para alcanzar la felicidad y la santidad se encuentra en vivir en presencia de Dios, en ser conscientes de que todo cuanto hacemos alcanza su sentido ante su mirada. Ahí es donde se concentra todo. Todo se reduce a eso, a descubrir que hay una presencia superior a todos nuestros líos, dificultades y problemas: la presencia de Dios Padre, que no nos va a dejar nunca de la mano. La vida cristiana se traduce en confiar en la infinita bondad de Dios y en buscar su voluntad, en discernir qué es lo que Él quiere de mí.

El problema surge cuando perdemos la conexión con la presencia de Dios. La tecnología moderna me va a servir para ilustrar mejor esto: cuando uno pierde cobertura en el móvil al descender a un sótano, comienzan los problemas. ¿Cuándo se siente el hombre desorientado? Cuando pierde la cobertura, cuando deja de vivir en la presencia de Dios. Nadie peca mientras tenga una conciencia viva de la presencia de Dios. El pecado se introduce por defecto. Cuando el hombre da la espalda a Dios, solo ve su propia sombra.

Para vivir en presencia de Dios hemos de procurar mantenernos en la inocencia. ¿Que las circunstancias son muy complejas? Sí, pero Dios es sencillo, luego no perdamos la inocencia. Recuerdo haber enviado a las redes sociales un mensaje que alcanzó una difusión sorprendente. Consistía en la fotografía de un niño pobre que, sentado, tocaba la flauta ante la mirada atenta de un gatito. Acompañaba la imagen el siguiente texto: «La vida es sencilla, luego vamos nosotros y la liamos».

Jesús nos pide: «Tened fe». Y eso, ciertamente, lo simplifica todo. Dios hará lo que tenga que hacer, tú tranquilo. No caigas en la tentación de pensar que las estrategias son las que te van a salvar. Solo Dios salva. Sé coherente con tu fe y no tengas miedo. No pierdas la inocencia. Tenemos que ser como el niño pequeño que, agarrándose a la mano de su padre,

exclama: «Yo estoy con papá y que se caiga el mundo. Yo sé que con él lo tengo todo».

LOS MIEDOS EN LA PRESENCIA DE DIOS

Ponerse en presencia de Dios da luz. Dios nos ilumina para que caigamos en la cuenta de las heridas que padecemos y para que confiemos en la sanación de Jesús. Hay una expresión del Papa Francisco que a mí me ha rondado a menudo, haciéndome meditar: «El cristiano no tiene derecho a tener una psicología de huérfano»[\[118\]](#). Ya hemos dicho que todos arrastramos heridas, pero eso no nos da derecho a entonar el «pobrecito de mí». Si permanecemos en presencia de Dios, mantendremos la plena conciencia de que somos amados incondicionalmente, relativizando todo lo demás como secundario.

La presencia de Dios es eficaz, porque es reordenadora del resto de los aspectos de nuestra vida. El Himno al amor de Dios de san Pablo expresa cómo nada ni nadie nos puede quitar la paz y la alegría interior. Vivir en presencia de Dios nos permite vencer todos nuestros miedos, y yo creo que debiéramos tener el coraje, en esos ratos que pasamos a remojo en la contemplación, de presentárselos a Dios, y así poder ser testigos de cómo Él es capaz de desintegrarlos. ¿Cuáles son mis miedos? ¿Qué cosas me están impidiendo a mí vivir la presencia de Dios? ¿La angustia del destino, de cómo será el futuro? ¿El miedo a los demás? ¿Las inseguridades interiores? ¿La enfermedad? ¿El miedo a la muerte? ¿El miedo a Dios, a lo que me pueda pedir?

Nuestros miedos son ridículos puestos en la presencia de Dios. Cuando yo tenía unos quince años, teníamos un capellán en el colegio, el Padre Manuel Armalé, que nos transmitió a los alumnos el que debiera ser nuestro abecé de la fe. Nos repetía muchas veces lo mismo que dice la canción: «Dios es mi Padre. ¡Qué feliz soy! Soy hijo suyo, soy hijo de Dios». Nos animaba a rezarla: «Rezadla, afianzaos firmemente en ella. Teniendo esto claro, todo lo demás es relativo. Que nada os quite la presencia de Dios». Al concluir unos Ejercicios Espirituales que hicimos con él, nos repartió a cada

uno una estampa con el Cristo de Velázquez, en cuyo reverso estaba escrito el que debiera ser el compromiso clave de nuestra vida: «Viviré habitualmente en gracia de Dios, y si caigo, me levantaré».

EN ESTADO PERMANENTE DE CONVERSIÓN

¿Cómo llevar a cabo este abecé en nuestra existencia? Algunos de nosotros hemos tenido la suerte de recibir esta enseñanza en el seno de la familia. Otros lo han descubierto en un momento determinado de su vida. Pero, en cualquiera de los dos casos, podríamos caer en el error de pensar que ya hemos llegado a la meta, o que ya hemos alcanzado la voluntad de Dios. Sin embargo, no podemos perder de vista que la vida cristiana consiste en un continuo crecimiento, porque a Dios no se le puede llegar a poseer en plenitud, sino que es Él quien nos posee a nosotros. En nuestra relación con Dios no podemos vivir de las rentas. Me viene a la mente aquel lema publicitario que decía: «Hoy te quiero más que ayer pero menos que mañana».

Si la primera conversión de nuestra vida es importantísima (algunos la recuerdan con mucho detalle), estamos, sin embargo, llamados a avanzar camino de una segunda conversión. El lenguaje de la tradición espiritual de la Iglesia se refiere a ello como un vivir en permanente estado de conversión.

Permitidme que barra para casa, y recurra al ejemplo de nuestro santo y patrono, san Ignacio de Loyola, hacia el que siento un cariño muy especial. Cuando experimentó su primera conversión durante la convalecencia en la Casa Torre de Loyola, tras haber sido herido en la defensa del castillo de Pamplona, inevitablemente pensaría que ya había alcanzado la meta. De hecho, cuando uno visita la habitación donde se recuperaba de sus heridas, puede leer la siguiente inscripción: «Aquí se entregó a Dios Íñigo de Loyola». Pero esa no fue más que la primera conversión, que se centra en el deseo de ser de Jesucristo. A partir de ahí, la vida es lo suficientemente larga, y el demonio lo suficientemente astuto, como para que el panorama se complique con multitud de *circunstanciales*: «Bien, ¿pero de qué

manera? ¿En qué momento? ¿En qué circunstancias?...». Ahí es cuando comenzamos a poner condiciones a Dios: «Yo quiero ser de Jesucristo, pero a mi manera» (como yo lo he pensado, como yo lo he querido).

San Ignacio también pasó por eso. Él decidió que quería servir a Jesucristo, pero de una forma muy concreta: peregrinando a Tierra Santa y viviendo allí su entrega como un ermitaño. Pero los franciscanos que custodiaban los Santos Lugares no se lo permitieron, porque era un peligro que un peregrino viviese allí solo. Ante su resistencia a aceptarlo, le mostraron una bula por la que el Papa les capacitaba para excomulgar a quien se negase a obedecerles. Así las cosas, le metieron en un barco y le hicieron regresar a Europa. Pero san Ignacio no se rindió: «Si aquí no se puede permanecer solo, ya volveré acompañado». Comienza así a formar su primera Compañía, con el objeto de ver realizado su sueño de establecerse en Tierra Santa, en un ideal un tanto romántico. Aquellos primeros jesuitas hicieron una promesa por la cual se dedicarían a predicar y mendigar en torno a Venecia, para poder pagar el pasaje hasta Tierra Santa. La providencia quiso que introdujesen una cautela en su promesa: si en un año no salía barco alguno hacia los Santos Lugares, irían a Roma y se presentarían ante el Papa para ponerse a su disposición. Ignacio Tellechea, autor de la conocida biografía *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, descubre tras investigar en los anales del puerto de Venecia que el único año en todo el siglo en el que no zarpó barco alguno desde allí a Tierra Santa fue precisamente aquel. La navegación no era segura porque los moros estaban atacando en alta mar. San Ignacio y los suyos tuvieron que deshacer los planes que ellos mismos habían trazado, obedeciendo a la cautela introducida en su promesa. Cuando se presentaron ante el Papa, este les dijo que les necesitaba en Roma para explicar el Catecismo, y que en Tierra Santa ya eran suficientes los franciscanos. En la citada biografía se describe bellamente: «Soñó en Jerusalén, pero despertó en Roma».

He aquí una gran lección para entender en qué consiste la segunda conversión: dejar que Dios escriba en nuestra vida la letra pequeña, no solo la letra grande. Sin esta segunda conversión, la primera conversión podría tener mucho de romanticismo y también de búsqueda de uno mismo.

La vida cristiana debe conservar la inocencia de la primera conversión, propia de quien ha descubierto por primera vez el misterio del amor del Corazón de Cristo; pero, a la vez, tiene que estar plenamente abierta a la segunda conversión, a la purificación y a la iluminación del Espíritu Santo a lo largo de toda la vida.

Como decía san Pío de Pietrelcina: «El pasado lo arrojamos a su misericordia; el futuro lo confiamos a su providencia; y solo nos quedamos con el momento presente para vivirlo en intensidad de amor», o en palabras de José María Cabodevilla, «no sabemos cuál es el mayor don divino: si el que Dios nos ame, o el que nos permita amarle».

NOTAS

[1] *Mt* 16, 23.

[2] *Mt* 16, 24.

[3] *Mt* 12, 30.

[4] *Mt* 6, 24.

[5] *Mt* 15, 25.

[6] *Mt* 19, 6.

[7] José Ignacio Munilla, Begoña Ruiz, *Sexo con alma y cuerpo*, Editorial Freshbook, Madrid 2015.

[8] Amedeo Cencini, *¿Ha cambiado algo en la Iglesia después de los escándalos sexuales?* Ediciones Sígueme, 2016.

[9] *Jn* 15, 15.

[10] Gregory K. Popcak, *Dioses rotos. Los siete anhelos del corazón humano*, Ediciones Palabra, Madrid 2017.

[11] *Sal* 37, 4.

[12] Mark Shea, citado por Gregory Popcak en *Dioses rotos, Los siete anhelos del corazón humano*.

[13] *Jn* 10, 10.

[14] *Mt* 6, 33.

[15] San Ignacio de Loyola.

[16] *Mt* 6, 34.

[17] *Jn* 6, 26.

[18] *Gn* 2, 18.

[19] G. K. Chesterton, citado por Gregory Popcak en *Dioses rotos, Los siete anhelos del corazón humano*.

[20] *Lc* 13, 24.

[21] *Jn* 6, 67.

[22] *Jn* 6, 68.

[23] *Mt* 5, 48.

[24] *Hb* 3, 15.

[25] *Mt* 6, 10.

[26] *Hb* 13, 8.

[27] *Mt* 18, 22.

[28] *Mt* 6, 6.

[29] *Sal* 118.

[30] *Flp* 4, 13.

[31] *Mt* 16, 24.

[32] *Col* 3, 23.

[33] *Lc* 5, 5.

[34] *Jn* 5, 17.

[35] Conferencia Episcopal Española, *La verdad sobre el amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar*. Año 2012.

[36] *I Jn* 4, 16.

[37] *Ef* 5, 25.

[38] *Mt* 19, 6.

[39] José Luis Rodríguez Zapatero, *El dilema: 600 días de vértigo*, Editorial Planeta, Barcelona 2013.

[40] Conferencia Episcopal Española, *La verdad sobre el amor humano*. Año 2012.

[41] *Ibidem*, *La verdad sobre el amor humano*.

[42] *Ibidem*, *La verdad sobre el amor humano*.

[43] En las siguientes páginas me baso en el documento *La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo*. Relación final del Sínodo de los Obispos al Santo Padre Francisco. Ciudad del Vaticano 2015.

[44] *Mc* 10, 8.

[45] *I P* 2, 9-10.

[46] *Rm* 15, 1.

[47] *Me enseñarás el camino de la vida*. Carta Pastoral Conjunta de Pentecostés, Obispos del País Vasco y Navarra. Año 2017.

[48] *Jn* 11, 41ss.

[49] *Mt* 18, 3.

- [50] *Jn* 8, 3.
- [51] *Jn* 8, 7.
- [52] *Mt* 11, 29.
- [53] *Mt* 6, 3.
- [54] *Is* 49, 15.
- [55] *Jn* 18, 37.
- [56] *Jn* 17, 17.
- [57] *Jn* 18, 38.
- [58] *Jn* 14, 6.
- [59] Papa Benedicto XVI. Misa de Epifanía. Enero de 2013.
- [60] *Lc* 22, 42.
- [61] *Jn* 18, 32.
- [62] Miguel de Unamuno, *Diario íntimo*, Alianza Editorial, 2006.
- [63] *Lc* 7, 23.
- [64] *Jn* 21, 22.
- [65] Juan Pablo II. *Acto europeo en Santiago de Compostela*. Discurso del Papa, 1982.
- [66] *Mc* 4, 26.
- [67] Juan Manuel de Prada, Artículo publicado en *XL Semanal*, 2015.
- [68] *Rm* 8, 35.
- [69] *Lc* 7, 23.
- [70] *Lc* 13, 7-9.
- [71] *Mt* 21, 18-19.
- [72] *2 Co* 5, 14.
- [73] *Jn* 13, 34.
- [74] *Jn* 3, 3.
- [75] *Jn* 3, 4.
- [76] *Jn* 3, 5-7.
- [77] *Mt* 23, 23.
- [78] Benedicto XVI, *Spes Salvi*, 44.
- [79] Benedicto XVI, *Caritas in veritate*.
- [80] Papa Francisco. Vigilia de Oración preparatoria de la XIV Asamblea General del Sínodo de los Obispos. Año 2015.
- [81] *Lc* 19, 5.

- [82] *Flp* 4, 13.
- [83] Pío XII, *Humani Generis*, 1950, DH 3891.
- [84] *Sal* 126.
- [85] Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*.
- [86] *Ef* 6, 12.
- [87] *Gn* 1, 28.
- [88] *I Jn* 4, 16-18.
- [89] Etty Hillesum, *Diario de Etty Hillesum: una vida conmocionada*, Anthropos, 2007.
- [90] *Ap* 3, 16.
- [91] *Mc* 12, 30.
- [92] Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*.
- [93] *Mt* 22, 39.
- [94] *Jn* 1, 38-39.
- [95] *Mt* 4, 20-22.
- [96] *Mc* 1, 35; *Lc* 6, 12-13.
- [97] *Jn* 1, 40-42.
- [98] *Mt* 20, 21.
- [99] *Lc* 8, 38.
- [100] *Sal* 8, 4-8.
- [101] *Orientaciones para el uso de la psicología en la admisión y en la formación de candidatos al sacerdocio.*
- [102] *Jn* 21, 18-19.
- [103] *Is* 11, 1-2.
- [104] *CIC* 1830.
- [105] *Lc* 24, 32.
- [106] *Mt* 16, 23.
- [107] *Lc* 9, 33.
- [108] Teresa de Ávila, Poema «Nada te turbe».
- [109] *Ga* 4, 4.
- [110] *Jn* 19, 26.
- [111] *Jn* 19, 27.
- [112] *Jn* 17, 1.
- [113] *Jn* 18, 27.

[114] *Ga* 1, 11.

[115] *Mc* 16, 15.

[116] Juan Pablo II, Carta por la que se instituye el Consejo Pontificio para la Cultura.

[117] *2 Co* 12, 10.

[118] Papa Francisco. En el *Encuentro con miembros del Movimiento Schönstatt con motivo del centenario de su fundación*, 25 de octubre de 2014.